

DIARIO DE UNA PROSTITUTA ARGENTINA

Minoliti, Claudia

Diario de una prostituta argentina / Claudia Minoliti. – 1a ed. – Bogotá:
Editorial Pontificia Universidad Javeriana, 2004.
204 p.

ISBN: 958-683-680-0

1. CLAUDIA MINOLITI 2. PROSTITUCIÓN – RELATOS PERSONALES 3. PROSTITUCIÓN - ASPECTOS SOCIALES - ALEMANIA 4. MUJERES – CUESTIONES SOCIALES Y MORALES - ALEMANIA 5. DIARIOS ÍNTIMOS I. Pontificia Universidad Javeriana. Editorial Pontificia Universidad Javeriana.

CDD 306.74 ed. 20

Catalogación en la publicación - Pontificia Universidad Javeriana. Biblioteca General

DIARIO DE UNA PROSTITUTA ARGENTINA

Claudia Minoliti



Pensar
Instituto de Estudios Sociales y Culturales



Pontificia Universidad Javeriana



Reservados todos los derechos

© *Claudia Minoliti, 2004*

Pontificia Universidad Javeriana - Instituto Pensar, 2004

Editorial Pontificia Universidad Javeriana

Transversal 4 N° 42 - 00 Primer piso

Edificio Rafael Arboleda, S.J.

Bogotá D.C.

Dirección

Selma Marken Farley

Editorial Pontificia Universidad Javeriana

Coordinación editorial

Alfredo Duplat Ayala

Corrección de estilo

Santiago Gutiérrez Villar

Coordinación autoedición

Miguel Fernando Serna Jurado

Autoedición

Lisbet Riveros Vanegas

Mauricio Castro Navarrete

Fotomecánica e impresión

Javegraf

Primera edición junio de 2004

Número de ejemplares 500

ISBN: 958-683-680-0

Impreso en Bogotá

Diseño de portada

Alexánder Cano

a Judith, mi compañera de agisra
a nuestras latinas
a Günter

Y mientras recuperaba y anotaba, sentía que esa actividad – la escritura– era un vehículo a través del cual podría comenzar a explicarse algunas de las cosas que todavía le faltaba entender de esta larga etapa de su vida

Antonio Dal Masetto, *La tierra incomparable*

De vez en cuando me asalta una sensación extraña: me siento doble, desdoblada, espectadora y protagonista. Como si estuviera afuera, sentada en la platea, me veo parte de esta escenografía, con los movimientos marcados, dos o tres líneas de texto por decir, un vestuario acorde. Y no puedo creerlo.

Los clientes quizá también se sorprendan al encontrarse con una mujer semidesnuda, recostada sobre una cama doble o cruzada de piernas sobre un taburete, leyendo. La aparente contradicción tal vez provoque algún comentario más o menos punzante, aunque tampoco es que entiendan lo que dicen. Los anteojos circulares, de finos marcos de carey, elegantes, caros (tengo astigmatismo) parecen darme un aire intelectual según afirman algunos de mis clientes en un castellano primitivo. Mis compañeras prefieren mirar la tele, escuchar música o charlar bobadas, en las pausas, en ocasiones largas, entre cliente y cliente. A mí me aburren las conversaciones sin fin sobre cuánto hiciste hoy, lo duro que está el trabajo desde que empezaron los controles policiales, los hijos en Colombia o en la República Dominicana. Y como hay tan poco contacto con el mundo exterior, disponemos de muy poca variedad temática. De ahí los libros... Los compro en Hugendubel, cerca del Kaufhof de

Hauptwache y los leo casi sin abrirlos para poder cambiarlos, ahorrando así el costo del nuevo ejemplar. Cada tanto me quedo con alguno si me gusta mucho o quiero regalárselo a alguna de las chicas que festeja su cumpleaños y demuestra algún interés por la lectura. De esa manera procuro evitar que en la librería se den cuenta de que utilizo la sección de libros en español como una biblioteca circulante. He intentado aplicar el mismo método en una librería que queda cerca de aquí, sobre Kaiserstrasse, pero no funciona porque hay solamente una vendedora que asume el antiguo rol del librero: conversa con los clientes sobre libros y autores, sugiere tal o cual novedad y, haciendo gala de una memoria envidiable, también pregunta si te gustó el último libro que compraste allí, recordando puntualmente el título, o si tendrías interés en seguir leyendo al mismo autor que acaba de publicar un nuevo libro que...

Encima habla español, de manera que no puedo aparecer a cada rato para cambiar los libros que le compro. Cada tanto lo hago, pero no debo abusar. Por suerte Estelita me trae libros baratos de Buenos Aires. Más adelante, si sigo escribiendo esto que no sé bien qué es y qué acabo de empezar más o menos por casualidad, voy a contar la historia de ella: mi gran amiga, Estela.

Un tipo flaco, alto, rubio y de ojos azules, bastante feo, parado en el vano de la puerta, me mira mientras escribo y sonrío de manera sobradora. Seguro que está pensando que cómo puede ser, ¿estará garabateando?, si todas las putas, sobre todo las latinas, son analfabetas.

Empieza el show. Dejo el cuaderno a un lado, le muestro los dientes y lo miro lánguidamente por encima de los anteojos. Me pregunta cuánto cobro y le respondo: para vos, papi, ciento cincuenta. Se ríe y se va. Te la perdiste. Hay otro, un gordito con aire jovial que me contempla desde el pasillo sin animarse a entrar. Yo le hago una tierna caída de ojos, vuelvo a abrir el cuaderno y sigo escribiendo, porque si no se le pone un poco de condimento cerebral, este trabajo resulta de lo más tedioso. La mayor parte de las discusiones en el piso son producto del aburrimiento y últimamente de la tensión que provocan los controles policiales, las razzias, como les decimos acá. Ahí vuelve el delgaducho sobrador y arrepentido. Lo invito a pasar y él cierra solito la puerta a sus espaldas.

El resto no lo cuento porque esto no es una novela erótica. Además, en el fondo, es siempre lo mismo. En definitiva esto se transforma en un trámite, como ir a pagar el gas o cobrar la jubilación. Hay que ver la poca inventiva que tienen los clientes, más allá de ciertas perversiones que, si reúno el coraje necesario, relataré en algún momento. La verdad es que no entiendo por qué da tanto que hablar la prostitución, si no es nada del otro mundo. Bajar los pantalones y manipular lo que cuelga. Gran cosa.

Yo aplico el método de poner la mente en blanco. Me desconecto del resto de mí y en última instancia es como si estuviera lamiendo un helado envuelto en un forro de látex, porque sin... no lo hago ni siquiera en caso de extrema necesidad o urgencia. No son pocas las colegas que sí corren el riesgo, y a mi modo de ver están chifladas. Es el hambre. Quieren hacer plata lo antes posible y se juegan la vida. Son como soldados mercenarios. A veces el tiro del final da en blanco y terminan bajo tierra. ¿Para qué les sirvió tanto apuro?

En este momento me mira un petizo regordete. Tiene pinta de extranjero. Qué pena, pagan poco. Los peores son los de Europa del Este. Con el rollo del comunismo quieren hacerlo gratis. *No, thanks*, les digo porque de alemán, poco y nada (de inglés, mucho, tampoco). Algunas de las colegas lo hacen por treinta o cuarenta marcos. Es decir, quince o veinte dólares, como para que se hagan una idea las que piensan que trabajando en esto se llenan los bolsillos. No saben lo que dicen. El problema es que tiran los precios al piso. Porque esto es capitalismo puro, la más implacable ley de la oferta y la demanda. Y ni siquiera tenemos un sindicato que nos negocie convenios colectivos de trabajo.

Casi todas mis colegas tienen varios hijos que mantener, sin padre que colabore. Envían dinero a sus familias todas las semanas, y si trabajan bien, hacen incluso más de una transferencia semanal. Entre el cambio de moneda y las comisiones que deben pagar, siempre salen

perdiendo, pero no hay alternativa. Guardar la plata en el burdel es una locura. Hace poco un cliente le pagó a una de las chicas con un billete de mil marcos y ella le dio los 850 marcos de vuelto con muy poca discreción, de manera que el tipo, ni corto ni perezoso, desenfundó un revólver y le apuntó directo al tercer ojo, gritando que ella le había robado su dinero. Yo escuché los gritos, pero justo estaba en plena *fellatio*, así que me quedé en el molde esperando que mi cliente terminara de una vez. Mi compañera tocó el timbre de emergencia que suena en la cantina (para nuestra seguridad hay un timbre en cada habitación) y parece que al rato subió cansinamente el *Chef* (que no es un cocinero sino el tipo que regentea el edificio) y de mala gana convenció al cliente de que se fuera, en la medida de lo posible, sin disparar antes.

Mientras tanto la mujer, una venezolana morena con una inmensa pechera, como nunca he visto en la vida, y eso que he visto unas cuantas, seguía en estado de *shock*. Temblaba como una hoja (eso ya tuve oportunidad de presenciarlo, porque cuando despaché a mi cliente me fui corriendo a ver qué pasaba). Sin perder más tiempo la chica quiso hacer la denuncia en la estación de policía del barrio, pero el *Chef* se interpuso en su camino argumentando que el cliente era *habitué* y que siempre se había comportado como un caballero. *So what?*, le pregunté, pero él no entiende inglés. Que en buen romance quiere decir que sólo entiende lo que le da la gana. De manera que, con los 50 marcos que siempre cobra cuando tiene que subir en auxilio de alguna de nosotras, anunció que él no había visto nada y volvió a su puesto de (no) observación en el primer piso del burdel, su refugio, donde pagamos las habitaciones y compra-

mos comida, bebida, papel higiénico y condones (a precios exorbitantes). Robi (nombre de guerra de mi colega venezolana de inmensa pechera), que encima tiene papeles porque se casó con un holandés, lo que significa que en teoría podría pasar por la estación de policía del barrio sin correr riesgos por lo menos de deportación, en lugar de hacerlo, enganchó a una de las asistentes sociales que vienen a ayudarnos en onda Madre Teresa y le pidió que la acompañara a la estación de trenes para desaparecer del distrito rojo por un tiempo y así poner un poco de distancia, no sea cosa que este loco vuelva a reclamar lo que considera suyo. Los hombres son a veces insaciables. Ya tengo a otro esperándome en la puerta a que termine de redondear la idea. Venga, papi, que redondeemos juntos...

Sentada sobre mi taburete, con las piernas cruzadas y los anteojos puestos, cubierta parcialmente por un *body* rojo, semitransparente, medias caladas y zapatos de taco aguja, leo *Viuda por un año*. Encontré la traducción al castellano en Südseite, la librería de la Kaiserstrasse que tanto me gusta y que tan cara me sale. Fue una tarde lluviosa mientras caminaba desde burdel hacia la estación central. La tormenta se desató con una furia bestial. Inusual en Frankfurt, donde predominan las lloviznas débiles que mojan poco y molestan mucho, y no encontré mejor lugar donde guarecerme que la librería con librería hispanoparlante. Sabía por un cliente que la novela contaba la historia

de una prostituta y me dio curiosidad ver cómo se muestra a una chica como yo. Hace unos días comencé a leer el libro, pero como hay feria, entre cliente y cliente la lectura se me hizo cuesta arriba. Además este autor sí que sabe llenar páginas. En resumen: me tuve que comer más de cuatrocientos folios, como dicen las colegas españolas: no son muchas, pero que las hay, las hay, hasta llegar al personaje de la puta. No sin cierta decepción, porque la novela es bastante entretenida, debo concluir que lo que el libro presenta como una interpretación innovadora de la prostitución, no es más que una de las dos interpretaciones extremas del oficio más viejo del mundo...

Tengo un cliente bien trajeado que parece interesarse por mi actividad literaria. Si no hago algo para atraparlo, Diana, mi vecina del cuarto de al lado, se lo va llevar. Entonces sonrío, me bajo del taburete, dejo mi cuaderno, la lapicera fuente y los anteojos sobre la mesita de luz, y voy a su encuentro. Diana también sonrío. Cuando me doy vuelta, manotea el cuaderno de la mesa y los anteojos se caen al piso cubierto por una alfombra mugrienta que supo ser roja y ahora es gris oscura. Diana me pide disculpas mientras se aleja riendo y bamboleando unas caderas monumentales. Era todo lo que quería, afirma, cerrando la puerta de mi cuarto a sus espaldas.

Mi cliente deja el maletín sobre la cama y se abre la bragueta. Yo lo miro a los ojos y le digo, en un rapto filosófico rioplatense: la curiosidad es la madre del borrego. Me arrodillo a sus pies y pongo manos (y boca)

a la obra, mientras escribo mentalmente lo que escribiré después, cuando Diana se acerque a devolverme el cuaderno.

Al rato volvió mi colega y me confesó que no entiende la mitad de las palabras que utilizo. Y eso que todavía no había completado mi comentario crítico sobre la novela de Irving. Precisamente lo que quería decir cuando me interrumpió la última bragueta... ¡Ay, no, papi! ¿Vos también querés conmigo?

Parece que, en realidad, esta vez es sin mí. Mejor, menos trabajo. El se manipula como más le gusta y me pide que siga hablando en un lengua que no entiende (supongo) mientras me quito muy lentamente lo poco que llevo puesto, hasta que él me salpica el vientre y yo hago de cuenta de que gozo mucho, mucho, de que casi muero de placer.

La interpretación que se presenta en la novela, supuestamente contraria a la perspectiva usual (la puta como víctima), no es más que la otra cara de la misma moneda, es decir, la puta como victimaria, la puta como desenfrenada seductora, insaciable corruptora de encomiables cuerpos masculinos (y sus almas, que también las tendrán, ¿no es cierto?).

Sin embargo, la verdad es que no somos ni una cosa ni la otra. Ni somos pobres desgraciadas que vendemos nuestros cuerpos por un men-drugo (aunque la mayor parte de las putas trabajemos por mendrugos o

equivalentes, porque, si los tuviéramos, no nos dedicaríamos a este negocio), ni somos ninfómanas ardientes que fornican hasta con los postes de teléfonos, aunque sin duda habrá alguna por ahí perdida que esté convencida de que es en el burdel donde puede desarrollar libremente su vocación más profunda, producto de su inagotable voracidad sexual. Aunque la mayor parte de nosotras necesitemos el dinero, y no tengamos modo de ganarlo en tan poco tiempo, salvo que nos ganemos la lotería o escribamos un *bestseller*, como Irving. Aunque la mayor parte de nosotras hagamos este trabajo para mantener a nuestras familias (en este burdel, por ejemplo, no hay una sola puta sin hijos, y muy pocas que además de la prole tenga a mano al padre de los chicos), aunque sea la estrechez económica y la falta de alternativa realista (¿hay tanta diferencia, al margen de lo que reditúa cada cosa, entre lavar un calzoncillo sucio y hacer una *fellatio* con condón?), aunque sea la estrechez económica la que no nos deja opción, de todas maneras esto no nos hace pobres víctimas de las circunstancias.

Nadie, o muy pocos, reconocen el valor, la constancia, la voluntad, la decisión y también el arte que requiere un oficio como éste. Sin embargo, esto no significa que la otra versión, la que aparece en la novela, que hoy en día les sonará a muchos como políticamente incorrecta, pero que es tan vieja como el oficio mismo, sea atinada. Como dije hay muy pocas putas por vocación, que a cualquier precio, contra viento y marea, elegirían libremente continuar ejerciendo este oficio si tuvieran una alternativa mejor.

Si ella se muestra excitada, procura seducir, avanza provocativamente sobre el hombre que la busca, es sólo porque ésas son facetas de su personaje: de esa manera se gana al cliente. El caso extremo es el de la dómina, cuyo personaje es el de arrastrar, maltratar, torturar y humillar al varón. Sin embargo, no todos los clientes se excitan con putas dominantes que los seducen y los satisfacen ejerciendo el arte de la manipulación, en todos sus sentidos posibles. Muchos hombres necesitan sentir que son ellos los que conquistan. Pagar por la conquista es un elemento más que reafirma su virilidad, como también ocurre afuera del burdel, en la así llamada «vida real». Para ellos la puta debe actuar de un modo más bien sumiso, dejándolos creer que son ellos los que en realidad están a cargo de la situación.

A algunas mujeres les sale mejor un papel que el otro. Como los actores: a algunos les sienta mejor la comedia que el drama, o *viceversa*. Son pocos los que de tan versátiles pueden hacer bien una cosa y la otra. Con esto quiero decir que no hay una esencia de la prostitución. La prostitución es ficción, un gran invento para saciar el deseo sexual masculino (y cada vez más, el deseo sexual femenino, aspecto que también suele callarse). Algunas mujeres pueden dedicarse a esto y otras, la mayoría, no. No todos pueden ser corredores de seguros, visitantes médicos o asistentes sociales. Simplemente no tienen las cualidades necesarias. Como la carga negativa es tan fuerte en nuestro oficio y el trabajo concreto de la puta, tan duro, una de las cualidades imprescindibles para dedicarse a este negocio es la disociación. Es decir, llevar al extremo la capacidad de actuación, aguantándose las mugres, los olores y las fealdades que a veces, doy fe, dan ganas de vomitar.

La que ahora está gimiendo enloquecidamente mientras ese gordo grasiento con un sexo del tamaño de un maní, la penetra por atrás, no soy yo, sino mi personaje de latina insaciable. Yo cuento los marcos que voy a mandarle a mi hijo cuando llegue Estelita, me alegro porque ésta ha sido una buena semana de trabajo y porque no hemos padecido razzias, y escribo mentalmente el texto que en un rato voy a sentarme a escribir mientras espero al próximo gordo o flaco, alto o petizo, limpio o sucio, tierno o brutal, blanco o moreno, generoso o tacaño, comprensivo o hijo de... mala madre.

Las horas de la mañana, si no cuantitativa, por lo menos cualitativamente, son las mejores porque los clientes vienen recién duchados y fresquitos para liberarse antes de entrar a la oficina. Las horas de la noche, en cambio, los encuentran sucios y en ocasiones alcoholizados. Durante el día a menudo se acercan viejitos jubilados que a veces son más cálidos y generosos que los que tienen más poder de compra. Más de uno termina proponiendo matrimonio, si es que no tienen a la viejita jubilada esperándolos en la casa con las salchichas y el *chucrut* a punto. Los desempleados también son clientes habituales durante las horas más o menos muertas del día (así se utiliza parte del seguro de desempleo o de la ayuda social del generoso estado de bienestar alemán). Las horas del almuerzo, digamos entre las doce y las dos de la tarde, son igualmente bastante activas. Algunos oficinistas aprovechan la pausa para cortarse el pelo, darse

un masaje o mandar a lavar y planchar la camisa que llevan puesta. Otros prefieren pasar por el burdel.

El que me visita ahora habla un poco de español. Aprendido seguramente de vacaciones o en los prostíbulos, que a menudo coinciden en el mismo lugar del planeta. Para él soy la dulzura personificada. Si fuera soltero, se casaría conmigo sin pensarlo dos veces. Fantasea permanentemente con librarse de la bruja prusiana que tiene por esposa desde hace más de quince años (son sus palabras, no las mías, yo por supuesto no conozco a la señora). Siempre dice que soy cálida y amable y que le doy todos los gustos. En cambio en casa, tiene que soportar gritos, insultos y peleas por cualquier pavada. Pobrecito. Yo lo escucho atentamente, y también escucho sus silencios mientras pague el tiempo de la escucha. Ahora mismo escribo mientras él, recostado, mirando el techo, me cuenta sus penas. Parezco una psicoanalista tomando notas en una libreta. Le pregunté si le molestaba que escribiera mientras él se desahogaba por vía oral (lo otro ya sucedió y con suma rapidez, entre párrafo y párrafo). A él no le importa que yo escriba, siempre y cuando permanezca cerca y no le pida que se vaya. Bueno, papi, lo tranquilizo.

A todos les gusta un poco de exotismo caribeño. A eso jugamos: a la latina caliente y comprensiva, puta y maternal. Algunos hasta quieren que les demos de comer en la boca. Hay cosas peores, así que cuando me toca, me arremango y a hacer de enfermera. Comen nuestras comidas

picantes y sabrosas, las de mis colegas. Creo que no se sentirían tentados por un bife de lomo con ensalada mixta sin cebolla. Yo no tengo a nadie que me prepare un asadito. Las argentinas en los burdeles alemanes somos una rareza, por lo menos por el momento, aunque quién sabe qué ocurrirá en el futuro si los planes económicos siguen mostrando tanta eficacia para aumentar la pobreza. Por ahora las pobres siguen trabajando en Constitución, en Palermo o en la Panamericana, según el humor de los vecinos y los legisladores de turno. Pero allá se gana poco, y se corren riesgos de ser descubierta por algún conocido. Mejor trabajar en la 45, en la 39, en la 36 o en alguna otra casa, lejos y en el más puro anonimato. ¿En qué puedo servirlo, caballero?

Mientras espero a Estelita, cuyo vuelo llega con retraso, leo las páginas escritas y me doy cuenta de lo difícil que es pensar a la prostitución con todas sus ambigüedades y contradicciones, tanto del lado de la prostituta como del lado del cliente. Hay pocos oficios que generen tanto rechazo como el de la puta. Ni siquiera el de militar o dictador, con tantos adeptos siempre. La prostituta es la mala mujer que se vende al deseo del hombre. O es la pobre desgraciada que se somete al deseo masculino. ¿Y si no fuera ni una cosa ni la otra? ¿Y si hubiera distintas maneras de ser puta, distintas motivaciones para ejercer el oficio, diferentes preferencias e incluso ciertos márgenes de elección? ¿No es esto, en definitiva, lo que ocurre en el ejercicio de cualquier oficio o profesión? ¿Por qué la prostitución tiene que ser definida en términos de

«blanco o negro», de forma simplista, maniquea? ¿Por qué razón indefectiblemente provoca un juicio de valor casi siempre condenatorio? ¿Tendrá que ver el silencio de las putas, el hecho de que ellas mismas no son las que hablan, siendo normalmente habladas por otros, usuarios o no? La prostitución es el negocio de la noche o del burdel en penumbra, del ocultamiento, del secreto. ¿Será también por ese motivo que no hay tonalidades ni matices en la visión que se tiene de la prostitución desde afuera? ¿Por qué a las mujeres que no son putas les produce tanto rechazo la prostitución? ¿Se sentirán amenazadas? Si es así, ¿por qué razón? ¿Porque la puta le roba al marido? ¿Porque la puta le da al marido el placer que ella hace tiempo que no quiere o no puede darle? ¿Porque a ella le gustaría en secreto, muy en secreto, jugar a la puta aunque sea por un rato? ¿Porque ella también se siente puta cuando abre las piernas para que el marido se vacíe en casa y no afuera, para seguir teniendo esa casa y ese auto y esa ropa y esas vacaciones en la costa, sobre la arena fina, frente al mar azul? ¿Porque ella también podría vender su cuerpo si quisiera o si no tuviera alternativa? ¿Porque en definitiva todas las mujeres somos putas en potencia? ¿Por qué hay tanta gente que está convencida de que ser puta es tanto peor que ser empleada doméstica u obrera textil? ¿Cómo saben?, si seguramente no tienen experiencia en ninguno de los tres oficios.

Sigo esperando a Estela en la Terminal 1 del aeropuerto de Frankfurt, en el subsuelo de la sección A, adonde llegan los vuelos de Lufthansa. El *hall* de arribos está repleto de gente porque los vuelos llegan con mucho retraso por la bestial tormenta de nieve que se desató hace algunas horas.

Escribo parada, como puedo, muy incómoda, porque tuve que cederle el asiento a una viejita que estaba a punto de caerse redonda al suelo. La interrupción por lo menos sirvió para dejar de hacerme preguntas sin respuesta.

Finalmente anuncian el arribo del vuelo de Estelita. Cuando salga, como siempre, ligera de equipaje, nos abrazaremos, descenderemos al segundo subsuelo para tomar el tren, yo en una dirección y ella en la opuesta, nos preguntaremos cómo van las cosas y responderemos brevemente. Le daré «el paquete», ella sonreirá, preguntará hasta cuándo, y yo diré: falta poco, ahora sé que falta poco.

De vuelta en el burdel, que en realidad no es un burdel, sino una sucesión de habitaciones que dan a un pasillo por el que pasean los hombres en busca de su puta de alquiler. Los hombres no se miran cuando recorren los pasillos de «las casas». Tampoco hablan entre ellos. Simplemente se ignoran. Los únicos que se acercan en grupos, a excepción de algunos extranjeros de espíritu gregario, son los chicos que vienen a debutar (o más o menos). Es muy gracioso verlos de lo más conmocionados, riendo nerviosos, haciendo comentarios entre dientes, quizá no precisamente halagadores sobre una u otra mujer.

Mientras tanto, las que estamos desocupadas, dejamos la puerta del cuarto abierta y esperamos con paciencia que pase el siguiente. En general no hablamos con nuestros potenciales clientes. No tratamos de con-

vencerlos de que somos la mejor. Los dejamos elegir. Hay, por cierto, algunas excepciones: colegas que se les tiran encima, papi de acá, papi de allá, e incluso quienes se animan a manipularles en público las partes pudendas. Sin embargo, la mayoría silenciosa se limita a mirarlos y a responder brevemente la pregunta de rigor: ¿cuánto?

Esperamos sentadas en sillones o taburetes, o recostadas sobre la cama. Muchas miran televisión mientras aguardan pacientemente que caiga el siguiente. Otras se reúnen en grupitos de dos o tres para matar charlando el tiempo de la espera. Algunas están prácticamente desnudas o llevan *bodies* que dejan ver los pechos o las nalgas. Las hay más discretas, vestidas con ropa de calle, no llevan nada particularmente llamativo. Pero también las hay desenfadadas, aunque son muy pocas. Una colega, por ejemplo, espera a sus clientes recostada boca arriba sobre su cama, con las piernas flexionadas y abiertas, y sin ropa interior ni exterior que le cubra el sexo. Cada vez que la veo en esa posición tan poco pudorosa, como diría mamá: con todo al aire, pienso en la cara que pondrán las chicas que vienen de la calle a repartir sus volantes de ayuda a la puta inmigrante. Yo estoy acostumbrada, después de todo, éste es mi paisaje cotidiano. Pero viniendo de la calle, estando completamente vestida, siendo una mujer «decente» y con espíritu de ayuda y vocación de servicio, estoy segura de que esa escena debe ser muy violenta.

Mientras escribo, escucho a una colega con una pechera de soprano (como tanto saben apreciar los alemanes, especialmente aquellos inclinados por las así llamadas «francesas») que canta a los gritos. Se ve que hoy ha tenido un buen día de trabajo. En cambio, a mi colega de la

habitación de al lado se le ha dado por disfrazarse de tímida mucamita. Sostiene que, en tiempos de escasez, hay que procurar ofrecer algún servicio fuera de lo común, porque la competencia es impiadosa y los alemanes no consiguen distinguirnos, sobre todo porque casi todas jugamos el mismo papel, el de latina caliente y afectuosa.

Un norafricano, seguramente marroquí porque habla un castellano entrecortado y con mucho acento, me pregunta desde la puerta de mi cuarto qué estoy escribiendo. Poemas, le digo, sonetos, para ser más precisa. El puterío es una gran fuente de inspiración. Me muestra unos dientes perfectos, aunque dudo mucho que su español básico heredado de los godos que les robaron entre otras cosas las Islas Canarias le alcance para comprender la profundidad de mis palabras. Igual cierra la puerta a sus espaldas y yo me saco los anteojos. Me paro y soy mucho más alta que él. Sí, papi, como dicen mis colegas del Caribe, lo que quieras.

Esto de escribir mientras espero es una buena estrategia para matar el tiempo por varios motivos:

- 1) Me pone de buen humor.
- 2) Hace que las horas pasen rápidamente.
- 3) Sale más barato que comprar libros en la «biblioteca circulante».
- 4) Prueba ser una buena manera de interesar a una clientela en franca disminución.

Hace un rato vino uno muy trajeado (Armani o Boss), con gafas de diseño (también leo literatura española) y un maletín de cuero cargado de papeles. Lo sé porque lo abrió frente a mí para sacar un preservativo de su propiedad porque los que le ofrecí no fueron de su agrado. Deseaba un veloz encuentro sexual (sin duda los mejores, por lo menos para mí) antes de iniciar la jornada de trabajo. Me pidió, mirada lasciva mediante, que no me quitara los anteojos y que le colocara el preservativo con los labios.

Pero no pienso dar más detalles del episodio, porque en algún momento afirmé que esto no es una novela erótica y quiero cumplir mi palabra. Además escribo para olvidarme de que es precisamente eso lo que debo hacer cotidianamente. Por otra parte, la experiencia me indica que hay pocas cosas menos eróticas que este oficio, por lo menos para mí. Yo más bien lo veo como una simple estrategia para ganar dinero, y ellos, los que pagan, seguramente lo tomarán como un modo de proveerse de aquello que no consiguen en casa o por otros medios, no siempre gratuitos. Lamentablemente no tengo otra forma de ganar dinero, por lo menos tanto, en tan poco tiempo. Pero no me malinterpreten, no pienso empezar con el *blues* de la prostituta.

Sin duda, podría cuidar chicos o limpiar casas, pero igual hay que poner el cuerpo y por mucho menos plata que en un burdel. De manera que mi decisión se basa en un simple análisis de costo-beneficio: lo que ganaría en un mes limpiando casas lo gano acá en un par de días. Cuando me di cuenta de esto, es que hice de tripas corazón y aprendí a dividirme. Mientras trabajo pongo en funcionamiento dos manos y algunos

agujeros. El resto de mi cuerpo me pertenece. Hago plata rápido y cuanto antes me borro de este mundo y vuelvo a ser una chica normal.

Una colega muy inteligente (ella sí que debería escribir un ensayo sobre este oficio) opina que seguramente una de las razones por las cuales las latinas tenemos tanto éxito con los alemanes es que prácticamente ninguna de nosotras es puta de profesión. Todas, o casi todas, nos dedicamos al oficio porque no tenemos opción más tentadora (morirse de hambre no es tentación para nadie que no sea anoréxico) y entonces muchos hombres tienen la fantasía de que están haciéndolo con una que sólo por error está allí, y no por libre elección, siguiendo su más íntimo deseo. De allí que haya tantos que se esfuerzan en salvarnos, aquéllos que están perpetuamente enamorados de alguna puta, preferentemente extranjera e indocumentada, y quieren casarse y sufren y lloran por ella: los que en la jerga prostibularia reciben la denominación de “*Ottos*”. El *Chef* dice que ni se nos ocurra hacer público este apodo, porque los *Ottos*, en su desesperación, son excelentes clientes, que gastan fortunas con nosotras en «las casas».

Hay tres curiosos que me miran desde la puerta. Estoy sentada en el sillón que tengo junto a la cama. Más de una vez me ha tocado escuchar las historias de los que se demoran en mi lecho, como si yo

fuera un psicoanalista y la cama, un diván, aunque los psicoanalistas cobran más que yo y sudan bastante menos. Los curiosos siguen observándome sin animarse a cruzar el umbral. Yo descruzo las piernas, las abro un poquito, suspiro y sigo escribiendo. Cada tanto los miro y les sonrío para que no crean que no tengo interés. No quiero que piensen que estoy escribiendo cosas feas sobre ellos. Faltaba más.

En eso estamos cuando llega esa chica rubia que reparte volantes, la que el otro día salvó a Robi de la amenaza de ese loco llevándola a la estación terminal de trenes y sacándole un pasaje al distrito rojo de Amsterdam. La chica, que es asistente social, está muerta de calor. Con tanto pulóver y tanta bufanda, tanto guante y tanto sombrero en un ambiente preparado para estar semidesnuda, la rubia se sofoca. Es uruguay, de Montevideo, y a toda costa quiere ponerse a charlar conmigo. Trabaja en una asociación de mujeres donde ayudan a latinoamericanas en problemas. ¿Pensará que los tengo porque soy latina y trabajo en un burdel? No te digo que este trabajo sea lo mejor a lo que puede aspirarse en la vida, pero seguro que gano mucho más que ella.

¿Por qué será que debemos justificarnos si nos dedicamos a este oficio? Tal vez sea precisamente porque lo que corresponde es callarlo. El secreto es una parte esencial de la prostitución. Las que la ejercemos, callamos, y los que pagan por nuestros servicios, aunque por otras razones, también callan.

Uno de mis admiradores se decide a preguntarme el precio de esto y aquello. Me acomodo los anteojos, que se me habían deslizado hacia la punta de la nariz y le digo: para vos, este cincuenta y el otro cien, papi. Se ve que resulto convincente porque sin demoras cierra la puerta y se abre la bragueta. ¿Querrá éste? ¿O querrá aquél?

Los alemanes en general no son expeditivos, pero por lo menos son casi siempre limpios. No hablan pavadas y pagan bien. Hay excepciones, claro, pero en términos generales las mujeres que tenemos experiencia internacional llegamos a la misma conclusión. Hasta hace poco yo no podía comparar, pero ahora sí puedo.

Cuando en Frankfurt el trabajo se puso feo por la frecuencia e intensidad de las razzias, tuve miedo y entonces me fui a Mallorca con una compañera que tenía contactos allá. Yo no había estado nunca en las Islas Baleares, ni en casi ningún otro sitio que no fuera Buenos Aires, para qué mentir, de manera que los primeros días fueron muy divertidos porque hasta me daba la sensación de estar disfrutando de unas merecidas vacaciones. Tomé sol y visité Puerto Pollenza, donde tuve oportunidad de rememorar los tiempos en los que escuchaba a Marilina Ross y era una chica con todo el futuro por delante.

Pero pronto volví a la realidad y pude comprobar que el trabajo en España es muy duro, entre otras cosas porque es una la que tiene que ganarse al cliente. Y allá hay tipos que son muy guarros y se creen que

porque una es puta no se merece ni el más mínimo respeto. Tienen la mala costumbre de abusar de las mujeres que trabajan. Las toquetean, las manosean mientras beben sus buenas copas de alcohol, y después no quieren nada más, porque por todo lo otro deben pagar extra. Además las maltratan, si las consideran viejas o feas. También ocurre en América Latina, no hace falta recordarlo, como dice mi colega de la pieza del al lado: en Colombia a una de 40 la cambian sin problemas por dos de 20.

Esto, no sabría decir por qué, no ocurre en Alemania, por lo menos no con tanta frecuencia. Los hombres son más respetuosos y nunca se burlan si la mujer no se parece a Claudia Schiffer: ninguna de nosotras se le parece, porque de ser así trabajaríamos en su negocio, también con el cuerpo, pero por mucho más dinero y reconocimiento social.

Además, en España hay que dejarse invitar las copas y yo seré puta pero no soy borracha. En rigor a la verdad tampoco soy puta. Soy una mujer sin dinero ni perspectivas de conseguirlo decentemente, como le dicen, que entonces se limita a aprovechar la debilidad masculina de comprar sexo. Como creo haber dicho, lo mío, y lo de casi todas las putas que conozco, que no son pocas, no es vocacional, sino simplemente una estrategia de sobrevivencia. Si pudiera vender mis memorias, quiero decir, esto que estoy escribiendo desde hace unos cuantos días, ni loca vuelvo al trabajo corporal. Estela se ríe cuando llamo a mi trabajo de esa manera. A mí me gusta porque le da un toque *new age*.

Sin querer estoy otra vez justificándome. Será una deformación profesional. En el tiempo que llevo dedicándome a esto no he conocido una sola mujer que no necesite justificar su paso remunerado por la cama. Hasta las putas vocacionales suelen tener algún argumento más o menos racional que intente disculpar su vocación putaniera. Seguramente el hecho de ser permanentemente atacadas nos mantiene en guardia, a la defensiva. Como con tanta frecuencia se leen o escuchan comentarios del tipo: la prostitución, qué asco, una actividad indigna, repulsiva, inmunda, cómo puede ser que haya mujeres que se rebajen a eso, lo más bajo de lo bajo, nos vemos obligadas a estar siempre listas para dar una respuesta.

Una cree que escuchó todo y resulta que la vida en este medio siempre nos depara alguna sorpresa: hoy llegó una dominicana que dice haber pagado 30.000 marcos (unos 15.000 dólares) para casarse con un alemán. El tipo voló a Santo Domingo para consumir el matrimonio y la mujer, certificado en mano, pidió la visa de «reunificación familiar», necesaria para tramitar su permiso de residencia en Alemania. Algunos meses después, cuando tuvo la visa de ingreso al país en su poder, sacó el pasaje a Berlín para reunirse con su cónyuge, pero la vecina que había obrado de intermediaria, la conminó a cambiar su destino a Frankfurt, donde la dominicana en cuestión podría conseguir fácilmente trabajo o una plaza en la universidad para continuar sus estudios. La chica, que no sabe cómo son las cosas aquí, le hizo caso a su vecina y

terminó encerrada por un mes y medio en una pieza de dos por dos. La amable vecina, ahora en Frankfurt custodiando a su presa, le quitó el pasaporte, le prohibió salir a la calle o comunicarse con otras latinoamericanas, casi no le pasa alimento y la amenaza con denunciarla a la policía o a la extranjería por haber pagado para conseguir su permiso de residencia, si no acepta seguir trabajando en un burdel del distrito rojo. Hace varios días que la chica está en la casa de al lado, donde las latinas son contadas con los dedos de una mano. Trabaja un poco y llora el resto del tiempo. Acaba de cumplir 18 años.

Estoy cenando en Stern Kebab Haus, sobre la calle Taunus casi esquina Elbe, frente al *Showcenter Sexyland*: 128 programas de video en cabinas individuales, muy económico con la *Bonus Karte* (incluso se ofrecen los últimos avances en tecnología digital: programación en *DVD*). Este es un pequeño restaurante al paso, o *Imbiss*, como le llaman aquí, con cinco o seis mesas altas y algunos taburetes. Debe ser relativamente nuevo porque está en buenas condiciones, no como la mayoría de los locales de comida en la zona. En este momento está vacío. Soy la única comensal. El dueño del local, de cuyas paredes cuelgan algunos paisajes idílicos de su Turquía natal, me pregunta si mi *Börek schmeckt*. Le digo que está delicioso y no le miento: es una masa de hojaldre, como un milhojas, pero relleno de queso de cabra. La música funcional es acorde a la decoración y a la comida. El *Börek* está de verdad muy sabroso, pero no puedo terminarlo, es bastante grasoso, como al-

gunos de mis clientes. Entonces le pido al dueño que por favor me envuelva el resto para llevármelo a casa. Le pago y él me invita el té que pedí para disminuir el impacto grasoso de la comida. Le agradezco y él me pregunta si soy alemana. Qué curioso, un alemán jamás haría semejante pregunta.

Salto de un tema a otro, tal como hago con los hombres, con la misma velocidad, liviandad y alegría. Ahora, mientras se acerca el mediodía sin que me mueva de mi puerta, cuando comienzo lentamente a sentir hambre, no puedo evitar discurrir una vez más sobre temas gastronómicos. Prefiero economizar en las comidas. Hay chicas que gastan hasta 25 marcos por ingesta (es decir, casi un cliente de un cuarto de hora). Encargan la comida en el «restaurante» colombiano: una señora que cocina en su casa. Comen dos veces por día, cuando no tres, porque este trabajo despierta el apetito. La ventaja no sólo es comer autóctono (chorizo, tamales, arroz, frijoles), sino que cuando no tienen con qué pagar, comen fiado y cancelan la cuenta pendiente durante el fin de semana, cuando repunta el trabajo.

Yo, en cambio, camino al burdel prefiero pasar por alguna de las panaderías de la estación central y comprar una *baguette* con queso o salami, como para variar un poco, aunque ahora esta última opción no es recomendable por el problema de la vaca loca, que tanto inquieta a la población alemana en estos tiempos. Con seis o siete marcos ya estoy servida,

contando la botella de agua mineral o jugo multivitaminas que compro en el supermercado, porque es sustancialmente más económico que en el kiosco. Cuando termino mi turno paso por algún *Imbiss*, lo que en Argentina sería un barcito o *snack-bar*, donde a veces escribo, y al llegar a casa, si me quedan energías y voluntad, me preparo un café con leche que acompaño con algo dulce.

Uno de los problemas que ocasiona ganar dinero (tampoco es que ocasione tantos) es que para la mayor parte de las chicas es la primera vez y entonces gastan descontroladamente. A mí me deprime la idea de comerme (y luego defecar) el dinero que tanto me cuesta ganar, por eso tengo esta tendencia casi suicida al ahorro. Estela me resulta de una gran ayuda al retirar regularmente el producto de mi trabajo, lo que metafóricamente llamo «mi propiedad horizontal».

Ayer me tomé la noche libre porque recibí un llamado de Estelita informándome que estaba nuevamente de paso por Frankfurt. Recogí mis cosas, subalquilé el cuarto a una colega sin techo ni lecho y salí a los piques para el aeropuerto. En la terminal dos, en los asientos que se encuentran frente a los mostradores de Air France, me encontré brevemente con mi amiga. Tuvimos muy poco tiempo para conversar, porque su vuelo estaba por salir. Pasaba por Frankfurt a buscar a su amiga, Frauke, para irse con ella unos días de vacaciones. Pero de todas maneras aproveché para contarle de mi diario y ella fantaseó con publi-

carlo y convertirlo en *bestseller* de la noche en la mañana, como corresponde a una puta que se precie, llenarnos de plata y dejar nuestros respectivos trabajos y comprarnos una casa en un *country* o en un barrio privado y con custodia, o mejor todavía, un piso en el centro, o quizá las dos cosas, y no tener que pasar penurias nunca más por el resto de nuestros días. Amén. También dijo que le parece una idea excelente, que a todo el mundo le gusta saber, aunque no lo reconozca abiertamente, sobre ese mundo prohibido y tentador, aunque no precisamente para ella, que ve un hombre desnudo y le dan náuseas. Nada mejor, dijo, que la perspectiva de una *insider*: una puta que escribe sobre su vida y sobre su obra.

Escribo en un bar decadente en la esquina de Mosel y Taunus. Me da un poco de aprensión tomar de este vaso agua mineral sin gas, pero en fin, una en este oficio se acostumbra a posar sus labios en cualquier lado. Mi habitación sigue ocupada por una colega ecuatoriana recién llegada. La pobre está en período de prueba, o de adaptación como le llamarían en el jardín de infantes, y entre todas la vamos entrenando de a poco y como podemos, aplicando nuestros distintos métodos pedagógicos.

En este momento no podría asegurar si la recién llegada estará en condiciones de tolerar el ritmo lamedor que se impone en estos días de feria de no sé qué demonios. De hecho parece que la chica ya está su-

Claudia Minoliti

friendo síntomas psicosomáticos severos: se le cae el pelo de a mechones y padece una gastritis que esperemos no llegue a úlcera. Cuando venga alguna de las asistentes sociales que suelen visitarnos, vamos a ver si podemos conseguirle la dirección de un médico que atienda gratis o por poca plata a gente sin papeles ni seguro de salud. Si no, tendremos una vez más que hacer una vaquita para pagar una consulta particular, antes de que la nueva colega, como consecuencia del estrés, se nos transforme en una pelada de mal aliento crónico.

Hace un rato visité la casa 42, sobre Moselstrasse, y me dio bastante buena impresión. El ambiente es agradable, las escaleras amplias, las paredes recién pintadas, las habitaciones decoradas de manera sobria, en términos relativos, claro, y los precios de los cuartos no son exorbitantes. Estoy contemplando una mudanza, porque en esta actividad, con el tiempo, una también termina quemándose y entonces cada tanto es conveniente cambiar el lugar de trabajo para evitar que los clientes se aburran y se vayan a probar la competencia. Además tengo la intuición de que habrá una razzia en la casa donde alquilo ahora. Continúo con el invicto en materia de controles policiales y sería una pena perderlo justo ahora que estoy tan entusiasmada escribiendo mi *bestseller*, y necesito imperiosamente material de primera mano para llenar páginas jugosas y atrapantes.

Hago una pausa en Taunus Eck, donde atiende una polaca muy simpática y agradable y no da asco tomar café de sus pocillos. Los de la mesa de al lado comentan que el gobierno municipal está por instalar cámaras de video en Konstablerwache, cerca de la Breite Gasse y en la Hauptbahnhof, cerca de aquí, los puntos neurálgicos del «crimen», donde solemos circular los ilegales y otros criminales de poca o mucha monta.

He seguido explorando burdeles y lo mejor de mi pequeña investigación de campo es la Uno, una «casa» inmensa compuesta por varios edificios conectados internamente, pero con un sólo acceso sobre la Breite Gasse, cerca de Konstablerwache. Las habitaciones no son amplias, pero están en buenas condiciones. En los pasillos de acceso a las piezas está prohibido fumar, lo que es una verdadera extravagancia en este medio. La cantina se encuentra en el subsuelo, bajando una escalera estrecha y empinada, tanto que un letrero escrito en español con letra movediza reza: «Por favor, no bajar a la cantina con zapatos de tacón, es una orden (gracias)». Se accede a ella luego de tocar un timbre que acciona una cámara de video y después de cruzar una puerta que da la impresión de estar blindada. Del lado de adentro hay dos machetes colgando amenazadoramente de un gancho.

Lástima que no acepten mujeres sin papeles. Intenté conseguir un turno pero me lo negaron. Pensé que utilizando mi simpatía natural y

Claudia Minoliti

una buena estrategia de convencimiento, prefiero no consignar detalles, lo conseguiría, pero me equivoqué de medio a medio, como diría mi madre. En la Breite Gasse sólo quedan tres burdeles de los cinco que supo haber en otros tiempos, antes de que comenzaran las razzas y clausuras subsiguientes por atentar contra la ley de extranjería o por razones de higiene, que para muchos viene a ser lo mismo.

Hablando de higiene... Menstruar en este oficio es un lío, porque no es posible dejar de trabajar cinco o seis días por mes, no sólo por el lucro cesante sino porque, si no encontramos reemplazo, debemos seguir pagando la habitación para no perderla en los días sin regla. De manera que todas debemos aprender a trabajar en nuestros días rojos. Esta suele ser una de las primeras lecciones que recibimos de nuestras colegas más experimentadas cuando debutamos en este negocio: nos enseñan a cubrirnos el cuello del útero con unas esponjitas que cumplen la misma función que los tampones, pero son más grandes, suaves, livianas y absorbentes, y no ocupan el canal vaginal ni entorpecen la labor del caballero cuando emprende la arremetida contra el fin.

Ya no se salva nadie, o casi nadie, siempre hay raras excepciones. Los controles policiales terminan con mucha más frecuencia que antes en deportación y la consecuente prohibición de reingreso no sólo

al país sino a la comunidad europea. De hecho, no son pocas las chicas que, incluso luego del primer control, pasan directamente de la comisaría al aeropuerto, es decir, de los agentes de policía a la policía de fronteras. El otro día se llevaron a una mujer joven que hacía sólo tres días que había llegado de Colombia y casi no había tenido oportunidad ni de ponerse el *baby-doll*, con la consecuencia catastrófica para ella y su familia de no tener manera de recaudar el dinero con que pagar las deudas contraídas para costear el viaje a Alemania.

Otras mujeres al ser controladas por la policía en pleno ejercicio de la prostitución pasan del calabozo policial, donde por ley no pueden permanecer más de 48 horas, a la cárcel, sobre todo si no se las puede deportar de inmediato por tener pasaporte falso, por haber sido objeto de algún control anterior o simplemente porque no hay asientos disponibles en los vuelos directos a sus países de origen. Los pilotos tienen el derecho de negarse a transportar deportados, pero supongo que hay muy pocos que se animan a hacerlo porque el negocio de la deportación para las líneas aéreas no es despreciable.

Hasta el inicio de este período de razzias, cuando las prostitutas eran controladas y se comprobaba que no disponían del debido permiso de residencia, se las instaba a abandonar el país en el término de siete días. Por supuesto muy pocas lo hacían y casi todas continuaban trabajando por lo menos hasta el control siguiente, y ahí sí normalmente se las deportaba. Pero de un tiempo a esta parte se ha comenzado a implementar la política de la mano dura, es decir, control y deportación inmediata, con el objeto de limpiar a Alemania de extranjeros ilegales: ya bastante

Claudia Minoliti

tenemos con los extranjeros legales y con los que injustamente abusan de la buena voluntad y de la generosidad alemana pidiendo, casi siempre sin motivo válido, asilo político.

Acabo de enterarme de que clausuraron la 34. Se murmuraba que la clausura se debe a razones de higiene (obviamente, falta de). Es cierto que era un tugurio maloliente, pero no creo que ése sea el verdadero motivo de la clausura. Más bien me parece que esta gente tiene grandes dificultades para llamar a las cosas por su nombre. De caza de ilegales nadie habla, pero no son pocos los que hacen o esperan silenciosamente que otros hagan.

Como hay tantas chicas sin trabajo, por temor a ser deportadas o porque no encuentran dónde trabajar, la policía está controlando en los edificios de la zona donde todo el mundo sabe, siempre supo, que viven ilegales. Ayer detuvieron a unas cuantas, entre ellas a una chica colombiana jovencita que está a punto de parir. Me contaron que de la comisaría tuvieron que llevarla al hospital porque de los nervios se le desataron contracciones prematuras. De todas maneras, en el más estricto cumplimiento de su deber, los policías le retuvieron el pasaporte y lo mandaron a la extranjería. Hoy tuvo que presentarse con un miedo bárbaro de que la mandaran a la cárcel, cosa que de hecho no ocurrió porque los de la extranjería le hicieron el gran favor de prorrogar la expulsión hasta pocos días después de dar a luz, y no por buena

gente, sino porque saben que con semejante panza no hay línea aérea que acepte transportarla. A la extranjero fue con su novio alemán. El quería explicar que tenían pensado casarse, pero al funcionario a cargo del caso sólo parecía interesarle si el novio compungido era el padre del bebé: padre alemán, bebé alemán, ergo, madre con legítimo derecho a permanecer legalmente en Alemania.

Habría seguramente alemanes que se sienten culpables por serlo. Pero para la mayoría de los alemanes, ruidosos o silenciosos, no hay nada mejor que otro alemán.

A veces me pregunto por qué motivo los políticos no comprenderán que la prostitución es una forma de ayuda para el desarrollo y encima autogestionada. De verdad, familias enteras, en los países de origen de las chicas, viven con el dinero ganado por sus mujeres / madres / hijas / hermanas con el sudor de su frente, y otras partes del cuerpo, en los burdeles europeos. Y no sólo sobreviven: los familiares compran terrenos, construyen viviendas, instalan negocios, educan a la mano de obra del futuro. Más de un hijo de puta, no como grosería, sino literalmente, quizá sea en el futuro un requerido informático en los países desarrollados que, como Alemania, no dan abasto a preparar a la mano de obra calificada demandada por la industria de alta tecnología. Es más, dejarnos a nosotras trabajar tranquilas es una manera muy poco costosa para el estado alemán, salvo que alguna se embarace o tenga una

emergencia médica, de evitar que más «indeseables» se les cuelen por las rendijas que dejan las fronteras «para robarles los puestos de trabajo.» Me atraganto de la risa. Porque las putas vienen, trabajan, ganan su dinero y se van. Son muy pocas, poquísimas, las que tienen la esperanza o el proyecto de traerse a la prole hasta Alemania, entre otras cosas porque su prole, en el 99 por ciento de los casos, desconoce la actividad a la que se dedica la madre pródiga.

En fin, me cansé de escribir de política migratoria. Si sigo así, me van a llamar para dar conferencias sobre el tema. Mejor me voy a la cantina del burdel, donde empolla durante horas el *Chef*, mientras mira cada tanto las pantallas del circuito cerrado de video que controla el acceso al edificio, donde se prohíbe la entrada a menores de edad y a mujeres. Nosotras, desde luego, estamos excluidas de semejante prohibición.

Como en la vida afuera del burdel, una debe aprender a ponerse límites y a ponérselos a los otros. Hoy vino uno que me ofreció 500 marcos por cagarle la cara. ¡Ay, papi, que no sos un *tualé*!, respondí en tono de gatita-remolona-caribeña. Insistió dos o tres veces y lo mandé de paseo. Estos tipos sí que están locos, ya no saben qué inventar para demostrar su virilidad. Y encima le llaman sexo natural. Pero yo tengo mi dignidad. Hay colegas que apechugan y se aguantan cualquier cosa. Algunas se especializan en deslizar puños en traseros ajenos. Los clientes que tienen esta preferencia se sienten más hombres porque la del

puño es una chica y no un muchacho. A veces me pregunto qué demonios pasaría si no existiéramos nosotras para darles los gustos. Si éstos quedaran sueltos por ahí, quién sabe los trastornos que causarían. En lugar de juzgarnos, el mundo debería comprender la importante función social que cumplimos nosotras, las «indeseables».

También aumentan los clientes que nos piden que juguemos a las fálicas, pero de a de veras, como dice una colega mexicana, es decir, desean ser penetrados por la retaguardia utilizando un adminículo de látex, como un taparrabo pero con rabo incluido y erecto. Seguramente éstos tampoco se sienten disminuidos en su hombría porque lo hacen con una en lugar de con un hombre vestido de mujer o con un hombre vestido como tal.

Justo ahora, que tengo oportunidad de sentarme nuevamente a escribir, aparece un cliente que me está resultando de lo más útil: es de la policía y me alerta cuando se viene una razzia sin pretender servicios gratuitos —y normales— por el favor, todo un caballero. Mientras cierra la puerta de mi habitación me dice que debemos apurarnos porque a la noche tendremos un control.

Lo más curioso de todo esto no es que los clientes quieran realizar sus más perversas fantasías en nuestras manos y pies y demás partes del cuerpo humano. Lo más curioso de todo es que cuando se habla de la prostitución, de lo único que se habla es de la prostituta. Los clientes brillan por su ausencia, aunque de hecho la prostitución existe porque hay tantos hombres que gastan fortunas por hacer realidad sus fantasías sexuales, ordinarias o extravagantes. Hay muchísimos más hombres que compran, que mujeres que venden, sin embargo, prostitución parece ser sinónimo de prostituta. Sobre todos éstos que en este mismo instante recorren despaciosamente el pasillo de mi piso, se paran frente a mi puerta, me miran de arriba abajo, me sonríen (o no), me preguntan cuánto cobro por esto o aquello, siguen de largo, vuelven, etcétera, etcétera, sobre ellos, nada.

La asistente social uruguaya me contó hace poco que una colega de ella tiene intenciones de hacer una investigación sobre la demanda del servicio que ofrecemos nosotras. Pero no consigue financiamiento: en los comités de evaluación de los proyectos, las mujeres suelen estar muy interesadas en conocer los pormenores de la demanda, pero los hombres se muestran reticentes o desinteresados, y como constituyen la mayoría, terminan rechazando el proyecto. Para mí que lo que tienen es cola de paja. Ellos prefieren financiar investigaciones sobre cuestiones relacionadas al tráfico de mujeres. De esa manera pueden poner mayor distancia. Con una investigación sobre clientes comunes y corrientes, seguro que se sienten expuestos y preferirían seguir pasando desapercibidos. ¿Cuántos de ellos mismos han pagado alguna vez por disfrutar de algún servicio sexual?

Será por eso, por la doble moral, que disfruto tanto poniéndolos en evidencia, delatándolos públicamente. En el fondo son pobres tipos (hoy tengo un día compasivo), aunque sean cerdos, mugrientos, olorosos, repugnantes, agresivos, son pobres tipos que necesitan pagarle a una mujer para sentir vaya a saber uno qué. Y lo digo consciente de que vivo de ellos. Pero no por mucho tiempo, estoy segura.

Uno alto, delgado, joven, elegante, bien vestido, de maletín de cuero y anteojos carísimos, me pide que siga escribiendo mientras él se libera. Libérate tranquilo, querido, para mí es dinero fácil, ni siquiera tengo que tocarte, y hasta puedo tomarte el pelo por escrito sin que te des cuenta, porque aunque quieras pagarme el doble, ni pienso leerlo lo que escribo. Mi texto me pertenece.

Ya está. Fue expeditivo. Ahora está higienizándose las partes pudendas. Los eyaculadores precoces son los clientes perfectos. Aquello que en la vida real tantos problemas ocasiona, en el teatro del burdel es la alternativa perfecta. Que pase el que sigue. A éste parece que no le gustan las intelectuales, con éste tengo que hacer de latina caliente y maternal: esa es la combinación más requerida y el motivo por el cual tantos nos prefieren a nosotras por sobre las europeas, para continuar con el mito del buen salvaje, pero aquí mismo, no desde los libros o las películas, sino desde la cama.

Hace un rato me encontré con Estela que pasaba rápidamente por Frankfurt y quería llevarse mi dinero. Mi objetivo es guardar 2000 dólares por mes. Estela sabe que del monto que lleva, el piso de 2000 dólares de ahorro es sagrado. Luego debe pasarles dinero a mis padres, para ellos y para el nene. Con frecuencia queda más, a veces bastante más, pero tampoco es que después de tres o cuatro años «de servicio» vaya a quedar rica para el resto de mis días. Si uno lo piensa, con lo duro que es este trabajo, no es tanta plata. El problema es que el cambio no nos favorece y la vida en Buenos Aires es carísima. En Colombia o en la República Dominicana, el dinero ganado en Europa vale mucho más que en la Argentina del uno a uno, pero en fin, todavía allí tenemos beneficios que no existen en otros países latinoamericanos como la escuela pública, la universidad gratuita o los hospitales. Cuánto tiempo durará esto, no sé. Mientras tanto me consuelo, porque no quiero ni pensar que lo que hago no dará los frutos esperados.

En el barcito que está al lado del Mc. Donald's de la Terminal 2, le conté a mi amiga la anécdota del buen cliente que quiso prodigarse un momento de felicidad con sus propias manos mientras yo continuaba escribiendo con las mías. Estela, que en su temprana juventud era una gran cinéfila, más que nada para conseguir chicas, me preguntó si había visto *La decadencia del imperio americano*, una película canadiense en la que un profesor iba al sauna para que una bella joven le masajeara los genitales al tiempo que le exponía sus tesis filosóficas o históricas, Estela no se acordaba y yo no había visto la película, de manera que tampoco me acordaba. En fin, le di el dinero que había recaudado desde su última

visita y un regalo para mi hijo. Un telescopio para mirar las estrellas del sur, que son tanto más lindas que las del norte. Nos abrazamos y se fue.

Escribo desde la Pizzería Roma, sobre la calle Taunus, entre Elbe y Weser, un local que me da un poco de nostalgia porque es muy parecido a algunas viejas pizzerías de Buenos Aires, como Güerrín o Las Cuartetas. Cuando quiero flagelarme un rato con el tango que todo porteño lleva grabado en el corazón, me vengo a comer acá.

Extraño mucho a mi hijo. Estelita me trajo fotos de la fiesta de cumpleaños del nene. Está tan grande y tan lindo... Extraño su cabecita apoyada sobre mi pecho esperando una caricia, un abrazo fuerte.

Estela dice que nuestros ahorros aumentan y que entonces para qué seguir torturándome con este trabajo infame. Sin embargo, para mí no es tan fácil tomar la decisión de irme, y no sólo porque podría hacerme unos pesos más y engordar nuestras cuentas bancarias en Buenos Aires (por razones de seguridad tenemos varias y estamos contemplando la alternativa de llevar el dinero a Uruguay antes de que devalúen el peso y/o congelen los depósitos en dólares), sino también por orgullo, porque no quiero darles el gusto de irme por miedo a que me echen. Quiero irme por decisión propia, porque yo considero que esta etapa de mi vida ha llegado a su fin. No quiero que ellos decidan por mí. Yo no les hago daño ni les saco nada: les doy, no sólo mis servicios, no sólo mi cuerpo, sino también mi dinero. Cientos de miles de marcos llevo gastados en

Claudia Minoliti

alquiler. Parte de ese dinero habrá ido a parar a las arcas del estado en forma de impuestos. En realidad, bien mirado, nosotras también somos un factor no reconocido de crecimiento económico.

Escribo sentada sobre mi taburete a la entrada de mi habitación mientras saboreo un tamal de carne de cerdo con zanahoria, papas y arvejas, envuelto en hoja de plátano, doblada en cuatro y ajustada como un paquetito con las nervaduras del mismo plátano. Jhon (*sic*), un colombiano que vende en las casas los platos típicos que prepara su esposa en algún antro de ilegales en las inmediaciones, acaba de traernos el pedido.

Para los hombres sin papeles es más difícil conseguir trabajo que para nosotras, salvo, quizá, que sean polacos y trabajen en el rubro de la construcción, por eso muchos terminan en las casas, pero no de clientes sino de cadetes o «gariteros», como los llaman las colombianas: se encargan de organizar las comidas, pasan a buscar la ropa sucia de las chicas, lavan y planchan, compran medicamentos, en fin, hacen los mandados, en una curiosa inversión de los roles tradicionales. Muchos, sin embargo, no lo toleran. Se sienten disminuidos en su hombría: en lugar de pagarle a una puta por sus servicios, reciben de ella dinero como compensación por las tareas domésticas realizadas.

Hablando de inversión de roles, quizá con el objeto de evitarme el tedio de las estocadas por al espalda, propinadas o recibidas, estos días he tenido dos o tres clientes que me pagan por depilarles el pubis, para nada angelical. A otros, en cambio, les agrada depilarnos. No entiendo qué placer puedan sentir en ese acto, pero lo piden, lo hacen y encima pagan por dejarlos hacer. Serán pedófilos reprimidos, no sé. Les gustará tal vez vernos lisitas allá abajo, como de niñas, vírgenes puras. No en vano en alemán el vello púbico se denomina «de la vergüenza».

Y hoy, como broche de oro de una jornada particularmente transpirada (hay feria), se me apareció El Doctor, con mayúsculas porque es uno de mis clientes predilectos. El Doctor es un tipo culto, buen mozo, padre de familia, una eminencia de altísimos ingresos, que cada vez que pasa por Frankfurt no deja de visitarme por lo menos una vez. Me paga dos o tres horas, de manera generosa, y friega el piso, las paredes, el lavatorio. Mi función es simplemente observarlo, recostada sobre mi cama, mientras él, friega que te friega. Cuando se cansa, se masturba dándome la espalda y cuidándose de no salpicar fuera del impoluto lavatorio, repasa un poquito, se viste y se va. ¡Si todos fueran así! Este trabajo sería sin duda mucho más agradable y llevadero.

Trabajar de empleada doméstica, (para peor sin papeles), también es entregarse en bandeja al abuso. No faltan los patro-

nes que nunca tienen una palabra de reconocimiento o aprecio. Ella es la sierva, que encima no debería estar allí, porque no tiene papeles. La amiga de una colega, por ejemplo, trabaja de empleada doméstica en una casa de familia de un alemán casado con una abogada española, y cobra seis marcos por hora, es decir, tres dólares. Normalmente la tarifa mínima de la empleada doméstica es quince marcos por hora, aunque suele pagarse más, hasta 20 marcos. Pero siempre hay quienes, como acá en el burdel, que por falta de trabajo se venden por un plato de lentejas. Esta señora, la ilegal, tiene dos hijos, también sin papeles, y debe pagar el alquiler, alimentar a la familia y mandar a los chicos a la escuela. Pero esto no parece conmover a sus patrones.

En cambio, en la prostitución, exceptuando los casos de maltrato, que sin duda también existen, como el de la venezolana amenazada con un arma de fuego por un cliente o el de la dominicana menor de edad, víctima de tráfico de mujeres, generalmente los clientes son amables, respetuosos y valoran tu trabajo, de verdad, no lo digo irónicamente. Además, hay que reconocerlo, en cierta forma una se siente poderosa esos minutos en los que consigue dominar al hombre que tiene entre las piernas o delante de los labios. Es una sensación extraña, tan nítida como difícil de explicar, sobre todo ante quienes ven a la puta como el más claro objeto del deseo masculino, no como sujeto que reflexiona, sopesa y decide. Sin embargo, en cierta forma, es la mujer quien detenta el poder cuando trabaja. Ellos se acercan a nosotras y nos pagan, pero nosotras decidimos cuánto, qué, cómo, cuándo. Son ellos los que gozan,

los que se pierden en nosotras. En cambio nosotras simplemente actuamos y cobramos por nuestra actuación, y bastante bien, por cierto.

Además hay muchos hombres que pagan 15 minutos sólo para apoyar la cabeza sobre nuestro pecho y ser acariciados. Suena tierno, cariñoso, romántico y para los escépticos, imposible en este medio, pero es la más pura de las verdades. Esto es lo que bien podría denominarse «el costado terapéutico de nuestra actividad.» Tampoco lo digo irónicamente. La soledad y el vacío que muchos de nuestros clientes arrastran en sus historias personales es sorprendente. Por eso, acá, en este lugar promiscuo e inmoral, no dejan de unirse dos necesidades: la nuestra, escapada de la pobreza, la violencia y el desempleo, y la de ellos, que es individual y viene de lejos, quizá desde que eran chiquitos y nadie los mimaba.

Por este motivo seguramente es que tantos hombres se encariñan con nosotras. Todas recibimos por lo menos una propuesta de matrimonio por día. Tampoco falta el que quiera redimirnos, sacarnos del fango, hacernos una señora de su casa. Éste, hay que decirlo, es el sueño de algunas. Y si él se parece a Richard Gere, mejor todavía. Pero no de todas, como muchos creen, incluso si ella se asemeja a Julia Roberts. Más de una, me incluyo orgullosamente en este lote, ha tenido una o más relaciones deprimentes, que dejaron además del mal recuerdo, uno o más hijos sin padre o con padre en cuentagotas, de manera que lo último que desean es reincidir en el matrimonio o la convivencia. Pero a

veces el amor las sorprende en el burdel y terminan de blanco. Todo es posible en la viña del señor. A algunas les va bien. No sabría decir a cuántas, pero se me ocurre que no son la mayoría. Las otras, las que pasan del burdel al lecho conyugal, son fácilmente chantajeables, sobre todo aquéllas que deben seguir callando su pasado en la prostitución frente a hijos y demás familiares. Pero no sólo las ex-putas al casarse ingresan en una nueva situación de vulnerabilidad y, con frecuencia, de sometimiento. Incluso las que no tienen la página negra de la prostitución en su *curriculum*, son fácilmente chantajeables por los maridos alemanes que les piden a cambio cualquier cosa, incluso prostituirse, para que ellas puedan llegar a los tres años requeridos para tener un permiso de residencia independientemente del cónyuge. Por supuesto ni la espera ni la concesión absoluta de los deseos del marido son necesariamente garantía de que el tipo no vaya un par de días antes de la fecha clave a la extranjería para «confesar» que su mujer en realidad nunca lo quiso, que sólo se casó con él por los papeles y que ya no viven juntos.

Con esa declaración basta para que a la señora le hagan la vida imposible al intentar conseguir su permiso de residencia indefinido, corriendo el riesgo de que nunca se lo den si el tiempo de convivencia con el marido es inferior a los dos años. Hasta hace poco eran cuatro. Lamentablemente, no son pocos los alemanes que coleccionan esposas extranjeras, «devolviéndolas» cuando se cansan de ellas, siempre antes de que ellas puedan quedarse en el país independientemente de su status civil. Muchos de los que se consiguen esposas por «catálogo» en las agencias de turismo que organizan viajes al exterior con mujer incluida —en

Tailandia, Filipinas, o Brasil—, aplican encantados esta estrategia. Después de todo, una deportación siempre resulta más económica para el atribulado marido que un divorcio. Y cada dos años tener una nueva y sumisa esposa extranjera que no habla el idioma ni conoce sus derechos (pocos) en Alemania, suele justificar la inversión y redituarla con creces.

Por eso digo que los que se llenan la boca victimizando a la puta foránea deberían comprender que frecuentemente ellas son (nosotras somos) mucho más poderosas que buena parte de las honradas, obedientes y aisladas esposas extranjeras.

Estoy sentada a una mesa exactamente en la esquina de Elbestrase y Taunus, en un bar cuyo baño no tiene nada que envidiarle al de cualquier barcito mugriento de Buenos Aires: es como un nicho al que se accede subiendo dos o tres escalones y en el que es recomendable no rozar, ni siquiera superficialmente, paredes ni sanitarios.

Hoy hice un turno en la 45, acá a la vuelta. ¡Qué lugar más sórdido! Los cuartos son carísimos y algunos no llegan a superar un cuadrado de dos por dos, pintados de azul oscuro, con paredes sucias y escaleras orinadas por las que hay que desplazarse conteniendo la respiración, muy difícil de contener en el recorrido de cuatro pisos que separaba la puerta de calle de mi habitación. Pero es cierto que, a pesar de las pésimas condiciones de trabajo y de la infraestructura deplorable, o tal vez por eso mismo, quién sabe, se trabaja mejor ahí que en otras casas. Se

Claudia Minoliti

cobra menos por el servicio y se paga más por la habitación, pero hay clientes subiendo y bajando las escaleras malolientes casi sin interrupción. De hecho, no he podido escribir ni leer una palabra durante las 12 horas de mi turno. Además, ésta es una de las pocas casas donde siguen recibiendo a mujeres sin papeles, de manera que los cuartos están casi todos ocupados y la actividad es constante.

Razzia en la 47, es decir, cerca, temerosamente cerca. Sigo con mi turno de 12 horas en el cuarto piso de la 45.

Dos africanas intentaron escaparse por la terraza. Los policías se asustaron de la repercusión mediática que podría llegar a tener el incidente y entonces rápidamente extendieron redes de seguridad para detener la caída de las potenciales suicidas y así tener la oportunidad de detenerlas a ellas, como corresponde a un estado de derecho que considera a los extranjeros —ni hablar de los ilegales— como una amenaza pública.

Uno de los problemas que se presentan en las razzias, obviamente para nosotras, las mujeres que trabajan, es que la policía confisca el dinero hallado en la habitación. Algunas mujeres, cuando perciben la llegada de la ley, hay algunos códigos secretos, como por ejemplo, el cambio abrupto de la música funcional, enrollan los bille-

tes que tienen a mano, los introducen en un condón, y éste en la vagina. Lamentablemente los agentes de policía ya se han dado cuenta de que ése es un escondite muy utilizado y entonces efectúan los controles pertinentes.

El dinero confiscado en la razzia, por el cual debe otorgarse un recibo, sirve teóricamente para cubrir los gastos de detención, procesamiento judicial y deportación. Si queda algo de dinero no utilizado por las diferentes instancias oficiales implicadas en el caso, la imputada puede pedir que se lo devuelvan, previa presentación del recibo de marras en la fiscalía correspondiente, pero muchas mujeres no se lo reclaman a la policía cuando ésta les retira el dinero porque sencillamente no saben que tienen derecho a recibirlo, y a veces los funcionarios, que tienen la obligación de entregarlo sin que medie pedido alguno, en el ajetreo de la razzia se olvidan de hacerlo. Pobrecitos, es el estrés. De todas maneras, el asunto de qué parte del dinero se utiliza para qué, por qué, cuándo, cuánto y cómo es tan complejo que tampoco es que yo comprenda muy bien cómo funciona la cosa y qué derechos tenemos. Lo que sí queda claro es que cuanto menos dinero se guarde en la habitación del burdel, menos riesgos se corren de perderlo.

Sin embargo, los envíos de dinero a la familia también traen aparejadas ciertas complicaciones que pueden llegar a ser dramáticas, no sólo por el porcentaje que se pierde con el cambio, las devaluaciones de la moneda local y las comisiones pagadas a los intermediarios, sino porque no faltan familiares y amigos que utilizan el dinero proveniente de la riquísima Europa para usufructo personal, y no de la manera estipulada

por la mujer que ganó cada marco con el sudor de su frente y otras partes de su cuerpo.

Dado que los bancos en Alemania exigen la presentación del pasaporte con su debido permiso de residencia cuando la persona desea abrir una cuenta corriente o una caja de ahorro o de seguridad, la alternativa que suele quedarle a las ilegales es confiar el dinero a alguna persona que resida en el país, con la esperanza de que, llegado el momento de la partida, se recuperen los fondos ahorrados. Sin embargo, esta opción tampoco está exenta de potenciales complicaciones. Hace poco me contaron que una tal Yoli se tomó el olivo, como diría mi abuelo, en la grata compañía de medio millón de marcos. La señora se había ofrecido a guardar el dinero de algunas de sus compatriotas que no confiaban en algún hermano díscolo o primo jugador o madre gastadora. Cuentan que una de las víctimas, habiendo perdido 100.000 marcos, es decir, todo el dinero que había ganado en su prolongada estancia en los burdeles de Frankfurt, volviöse loca, pero loca, loca, de internar.

Hoy podría ser el inicio de una promisorio carrera artística, si no fuera a salir en la tele con peluca, la cara ennegrecida por un efecto especial y una voz que no es la mía. Un periodista vino a entrevistarme. Me filmó con mucha discreción, a puerta cerrada y en un rincón del cuarto que no pueda ser identificado. El tipo resultó ser muy amable. Tenía buenas intenciones. Quería saber cómo es eso de vivir en

la ilegalidad, vale decir: sin permiso de residencia. Sin embargo, cada tanto se le escapaba algún comentario prejuicioso. Me preguntó, por ejemplo, cuáles eran nuestras motivaciones para abandonar a la familia. ¿Abandonar a la familia? El problema no es normalmente abandonar o no a la familia, expliqué, sino alimentar o no a la familia. A la larga o a la corta, sin comida no hay familia. Para muchas de nosotras, para la gran mayoría, hay que salir del país para poder alimentar a la familia, es decir, para poder seguir teniendo una familia. No quise, nunca quiero, hacerme la mártir dolorosa, pero es ésa la triste realidad. Si tuviera plata, jamás haría esto. Plantarme frente a sexos malolientes todo el día y buena parte de la noche... Ni loca. No todas las mujeres pobres son prostitutas, agregó el periodista bienintencionado. No todos los fumadores se mueren de cáncer y sin embargo a nadie se le ocurriría hoy en día negar la relación entre el consumo de tabaco y el cáncer de pulmón. El tipo enseguida apagó el cigarrillo que estaba fumando.

A mí lo que me sorprende es la frecuencia con la que, incluso a los que tienen buenas intenciones y procuran ser abiertos y comprensivos, se les escapa algún comentario culpabilizador. Es cierto que no cualquier mujer aguanta la prostitución. No es nada fácil dedicarse a esto. Casi todas las mujeres vienen ilusionadas creyendo que van a poder salir adelante en el oficio, haciendo dinero cuánto antes para volver a casa con algo en el bolsillo que les permita una vida más o menos digna, y resulta que no aguantan ni una semana, asqueadas por las transparencias sugerentes, las luces rojas, los clientes, sus demandas y el abuso. En reglas generales, la que no puede disociarse, no tolera la presión. Si una

pone de verdad el cuerpo, está frita. Un par de manos, un par de agujeros y el pedazo de carne que se te presenta adelante (o atrás). Eso debe ser lo máximo que se pone en juego.

Entre párrafo y párrafo, ni adelante ni atrás. Pero fue rápido e indoloro. Me lavo las manos y sigo escribiendo. Otra cuestión que no suele ser reconocida o comprendida, creo que ya lo mencioné, pero no importa, vale la pena repetirlo, es el valor, el coraje y la convicción que se necesita para dedicarse a este oficio. Nosotras no estamos de vuelta de lo que de manera más o menos obvia todo el mundo cree sobre la prostitución, incluso los hombres que pagan por ella. No hay prostitutas, por lo menos que yo conozca, y, como dije, conozco a unas cuantas, que estén orgullosas de serlo. Salvo raras excepciones, pienso en una que sí parece estarlo, una mujer inteligente y sensible, una colombiana de cabello corto, siempre sonriente y dispuesta a ayudar a sus colegas. Ella es la única que dice: yo soy puta, me gusta mi trabajo, me siento una artista. En general tampoco hay empleadas de limpieza que estén orgullosas de su oficio. Sería interesante hacer una encuesta para sondear cuántos hay, hombres y mujeres, que estén orgullosos de desempeñar su oficio. Las así llamadas mujeres de la vida, nosotras, cambiaríamos esta actividad por cualquier otra o casi cualquier otra, que tenga los beneficios de la prostitución (el dinero que nos da) y nos evite las desventajas (un buena opción para mí sería escribir un *bestseller*).

Las buenas conciencias suelen tener más facilidad para comprender que las empleadas domésticas se dediquen a esa tarea pura y exclusivamente por dinero. El rechazo, abierto o escondido, a las prostitutas quizá provenga del temor de que en cada mujer se esconda una puta en potencia. Ya lo dije, pero no importa, lo repito. Algunas ceden a la tentación y otras no. Por eso las que “cedemos”, somos —debemos ser— culpables, porque lo que hacemos es moralmente condenable. Que nuestros hijos vivan en un lugar horrible y no tengan qué comer, es producto del destino, de la mala suerte o de la vagancia, por algo será. Eso no es moralmente condenable. No se entiende que dedicarse a este oficio no es consecuencia de ninguna debilidad sino de una gran fortaleza. Y, como dije antes, de la capacidad de disociarse, de la que no todas disponen, menos todavía si somos criadas para convertirnos en santas madres, abnegadas, fieles, y bondadosas, incapaces de cualquier acto impuro. Hablando de Roma... Justo llega uno de mis clientes más fieles y generosos, un italiano que quiere redimirme casándose conmigo, por iglesia y de blanco, como corresponde.

En algún momento, antes de que llegara mi cliente generoso, mencioné el tema de la tentación. Y si no lo mencioné, lo pensé y luego me fui por las ramas, éste es uno de los problemas de escribir fragmentariamente, entre cliente y cliente. Resulta que hace unos minutos me llamó a su cuarto para pedirme consejo, una colega colombiana que me confesó sus dificultades para dejar la prostitución. Las chicas se ríen de mí, me llaman la psicóloga, porque me la paso leyendo y porque

hablo poco, pero cuando debo hablar, digo todo lo que sea necesario, les guste o no: no tengo pelos en la lengua. Y resulta que esta colega detesta lo que hace, porque es mucho trabajo, físicamente agotador y repulsivo, pero no tiene otra forma de ganar tanto dinero. Tiene un novio alemán que quiere casarse con ella, pero a condición de que abandone el oficio. Y ella no sabe qué hacer: se siente una adicta al trabajo.

Al parecer, no son pocas las mujeres que se encuentran en esa encrucijada. Incluso hay algunas que hacen arreglos intermedios, al mejor estilo *Belle de Jour*. Estas colegas tienen una doble vida: un trabajo «decente», por ejemplo en un comercio, y luego tres o cuatro días por mes viajan a otra ciudad y ejercen este oficio en la privacidad de un departamento, muy discreto, muy formal, regentado por una señora que se queda con la mitad de la recaudación. 50 marcos la *fellatio*, 100 marcos el coito. El recambio de las mujeres en este local camuflado de vivienda es cada tres o cuatro días, con el objeto de que los clientes dispongan de variedad y tengan deseos de repetir en el mismo establecimiento, donde sólo trabaja la dueña –poco– y la «invitada», lo que en Argentina se consideraría un microemprendimiento de baja inversión y gran rendimiento productivo.

De todas maneras, me pregunto por qué esta mujer, y muchas otras, cuando se animan a reflexionar sobre el oficio, tienden a pensarlo en términos de adicción: la prostitución como droga. Seguramente hay millones de personas que desearían abandonar sus trabajos porque los detestan, pero no lo hacen porque temen no encontrar alternativa, y por mucho que se quiera cuidar la línea, siempre hay que comer. Tal vez sea

la carga de inmoralidad que acarrea este oficio lo que facilite su asociación con ideas como adicción, dependencia: deseo, intención y a la vez imposibilidad de cortar.

Otra estrategia bastante usual para ponerle un límite al trabajo en la prostitución es establecer un tope de dinero a reunir: para comprar una casa, para mandar a los hijos a la universidad, para costear una intervención quirúrgica. Una vez ganado el monto deseado, se retorna al país de origen, donde casi nunca se ejerce el oficio. La prostitución es el secreto de la migración. En casa nunca se cobraría por poner el cuerpo a disposición de un hombre, o por lo menos no se cobraría de esta forma.

Entre las que nos dedicamos a esto no es frecuente hablar sobre estos temas. Sí se escucha a veces una profusión de lamentos por tener que hacer lo que hacemos. O directamente no se escucha nada: se hace, se embolsa y a pensar en otra cosa. Como yo, que usualmente no hablo del trabajo, aunque se ve que tengo mucho que decir porque hace unos cuantos días que no paro de escribir. En pocas palabras, la prostitución, lo mismo que la vida afuera del burdel, está llena de contradicciones. Cualquier intento de simplificación, a favor o en contra, es, además de una estupidez, cobarde porque no enfrenta la complejidad del tema y nos deja con falsas justificaciones, unidimensionales y sesgadas.

Ayer tuve, en cierta forma, un mal día. Quizá fueron las sesudas reflexiones que siguieron a la entrevista con el periodista bienintencionado aunque prejuicioso o a la charla con la colega que se siente adicta al trabajo. No sé, en cualquier caso el día que empezó mal, terminó bien, por lo menos para mí. Otras no tuvieron tanta suerte. Quería comenzar la tarea a las siete de la mañana para aprovechar la camada de los oficinistas tempraneros, además había feria, de manera que teníamos mucho que hacer, pero me levanté de tan mal humor que no podía concentrarme en el trabajo, ni conseguía poner en práctica la famosa disociación de la que tanto me jacto. Tampoco tenía ganas de escribir, ni de leer entre cliente y cliente. Las chicas me tenían harta y no aguantaba más ni la salsa, ni el merengue, ni la cumbia que suenan en el piso casi sin interrupción. De sólo pensar que debía seguir abriendo braguetas para manipular su contenido me daban arcadas, así que me dejé de protestar y le ofrecí la habitación a una chica que no tenía donde trabajar.

Salí a tomar aire. Normalmente no lo hago por la sencilla razón de que no estoy aquí de vacaciones y cuanto antes consiga el dinero que me propongo reunir, más rápido voy a poder dejar este infierno de cavados depilados y miembros erectos (o no tanto). Pero en fin, cuando el cuerpo me pide una pausa a gritos, se la doy, que bastante bien se me está portando desde hace mucho tiempo. Y entonces me saqué las transparencias, el *push-up*, la tanga y el maquillaje de mujer fácil. Me puse ropa holgada y salí a pasear. Caminé por Frankfurt a la luz del día y no me pareció tan fea como otras veces. Mientras almorzaba en el Mövenpick de la ópera recibí un llamado de Estelita: estaba en Frankfurt y quería

verme. Llevaba toda mi recaudación de los últimos días encima, de manera que me alegré doblemente: porque iba a ver a mi amiga y porque podría darle “el paquete.” Así llamamos al fajo de billetes que ella recoge de mis manos cada vez que pasa por acá, lo que ocurre con bastante frecuencia porque es azafata de Aerolíneas Argentinas y tiene una novia que vive en Kelsterbach y es azafata de Lufthansa.

Estela es la única de mis amigas argentinas, tampoco es que tenga tantas, y de mis parientes, también escasos, que sabe a qué me dedico en Europa: ella es la única persona que conoce mi pasado y también mi presente. Mis otros conocidos, los que ignoran los detalles, me envidian más o menos calladamente porque logré salir de Buenos Aires y no dudan de que haya conseguido un contrato de trabajo, y trabaje *full-time* y legalmente, con todos los beneficios de un país desarrollado y generoso como éste, en una empresa de comercio exterior especializada en intercambios comerciales en el sector pesquero. Cualquier pavada, bah. Yo también soy la única de sus amigas argentinas (paquis) que sabe que ella es lesbiana. Las dos tenemos un secreto cruzado por el sexo.

En cierta forma es por Estela que estoy aquí. Nos conocimos hace muchos años, en un café del barrio de Montserrat donde yo trabajaba de moza y ella de cliente. Solía ir con una novia que tenía en aquel tiempo, bastante mayor que ella, casada, madre de dos o tres hijos y dueña de varias empresas. La amante la dejaba plantada con bastante frecuencia y así fue cómo empezamos a charlar para neutralizar el tedio, y terminamos viviendo juntas en un departamentito de dos ambientes en el barrio

Claudia Minoliti

de San Cristóbal. En Brasil y Combate de los Pozos, ella ocupaba la habitación y yo dormía en el living.

Pero lo que quería decir es que mientras yo paseaba mi malhumor por las calles de Frankfurt, la policía allanaba el burdel. En pocas palabras: zafé de casualidad. Y ahora no puedo seguir porque tengo a dos clientes esperando, tampoco es cuestión de andar perdiendo a la clientela porque quién sabe si de verdad con esto voy a conseguir producir un *bestseller* que me reditúe tanto como el burdel.

Mientras espero que me peinen en el Salón García, escucho las conversaciones de las chicas que son, o aguardan ser, atendidas y tomo nota mentalmente. Una de las mujeres comenta entre dientes que en la casa de acá a la vuelta hay una colombiana obligada por un par de mafiosos a trabajar. Parece que llegó a Alemania engañada, creyendo que trabajaría cuidando niños o ancianos, con permiso de residencia y trabajo debidamente gestionados por los traficantes. Sin embargo, al llegar la encerraron en un burdel donde no hay latinas y allí la tienen, trabajando de sol a sol. Cada tanto viene uno a retirar el dinero ganado con los clientes que no quiere tener, por un servicio que no quiere dar. Es controlada permanentemente, para que no se escape. Sólo se le permite hablar por teléfono cuando alguno de sus carceleros está a su lado. Le llevan una comida al día y la amenazan con matarla si abre la boca. También conocen su dirección en Colombia, donde quedaron sus hijos.

Si se hace la loca, los matan a ellos también. Es increíble que estas cosas sigan ocurriendo hoy en día y en el así llamado primer mundo, como hace más de un siglo atrás con las polacas embarcadas a Buenos Aires con la promesa de casarlas bien, que terminaban en cambio trabajando a la fuerza en los burdeles de los arrabales.

Si hubiera voluntad política, sin duda podría combatirse el tráfico de personas de manera más eficaz. Una de las medidas que estimularía por lo menos la instancia de la denuncia del tráfico (sin denuncia, no hay proceso), es la de darle permiso de residencia a aquellas mujeres que atestiguan en contra de los traficantes, medida que no se aplica en Alemania aunque sí en otros países europeos. Aquí, en cambio, se usa a las mujeres como testigos y luego se las echa del país, sin importar siquiera si ellas arriesgan la vida declarando en contra de criminales organizados que muy fácilmente pueden perseguir también a sus familias. Y todo porque, en primera instancia se desconfía no de los verdaderos criminales, sino de los extranjeros, potenciales abusadores del «gran privilegio» de tener permiso de residencia en Alemania. Entonces, muchas mujeres, cuando descubren que Alemania no tiene nada para ofrecerles a cambio de su testimonio, se sienten doblemente usadas: por los traficantes primero y por el estado alemán después. Por eso eligen el silencio.

Claudia Minoliti

Esto me lo dice la asistente social uruguaya cuando le cuento lo de la colombiana esclavizada. La uruguaya había venido a despedirse. Cambió de trabajo. Trabajar en ese ambiente es muy duro, me dijo. Si lo sabré yo, le respondí.

En cierta forma, decía, es por Estela que llegué a Alemania. Ya en aquellos tiempos, cuando nos conocimos en el barcito de Montserrat, Estela quería trabajar como azafata «para salir a descubrir el mundo». En realidad su vocación, como la de tantos argentinos, era más bien la huída, y como no tenía un peso para financiarla, la única alternativa que vislumbraba era emplearse de azafata, para lo cual debía empezar por finalizar el colegio secundario. Cuando nos conocimos tenía algo más de veinte años y estaba por terminar la nocturna. Matemática era su principal tortura.

Un año y medio después, cuando ya estábamos viviendo juntas, terminó el colegio y al día siguiente ingresó en un instituto de inglés a estudiar intensivamente el idioma y su principal tortura pasó a ser la conjugación de los verbos irregulares. No es que para entrar en Aerolíneas se necesitara hablar como un locutor de la BBC, pero sí saber un poco más que *this is a hat, that is a dog, and the book is on the table*.

En esa época, que sinceramente recuerdo con nostalgia, trabajábamos en el mismo negocio de ropa femenina. Las dos éramos vendedoras, pero ella ganaba un poco más que yo por antigüedad y porque tenía

el título de encargada. Además tenía el incentivo de trabajar todo el día con mujeres, por eso estaba tan motivada para levantarse a las siete y media de la mañana. A mí la motivación no me sobraba, pero igual me levantaba bien temprano, preparaba el desayuno para las dos y me subía al 39 con mi amiga para abrir el negocio a las nueve en punto. Mis padres estaban por primera vez...

La nueva asistente social de esa institución donde se empeñan en redimir a las putas latinas (qué mala que soy, si no se empeñan en redimir a nadie, simplemente ofrecen ayuda, me contaron que en más de una oportunidad salvaron a más de una colega de algún complicado entuerto con alguno de los poderes masculinos que rondan este medio: la policía, el chulo, el traficante de mujeres o el legítimo marido), esta chica, decía, no tuvo mejor idea que ser argentina y encima de Buenos Aires. Seguramente ayer fue su bautismo en el burdel. Se la veía nerviosa, esforzándose por parecer simpática, agradable y distendida. Me pregunto cuál habrá sido su reacción, qué estará contando ahora de su experiencia en las casas. Yo sé que hay mujeres que no lo toleran: el panorama humano y edilicio circundante les provoca náuseas. Quieren desaparecer de aquí lo antes posible.

Una de mis colegas colombianas la trajo orgullosa hasta mi pieza para presentarle a su compatriota, es decir a mí, la única puta argentina en Frankfurt y alrededores. Dudoso honor el mío. La chica no sabía qué

hacer. Encima, cuando llegó a mi puerta yo estaba compenetrada escribiendo la historia de mi vida, en mi *baby-doll* rojo, semitransparente, y con los anteojos de ver de cerca sobre la punta de la nariz. Supongo que eso, como a todos, habrá terminado de desconcertarla.

Creo que las putas producimos en las no-putas mayor identificación de la que ellas son capaces de admitir, de allí el rechazo que desarrollan la mayor parte de las mujeres ajenas al oficio. La solución que encuentran es diferenciarse lo más posible de nosotras, como si eso fuera a protegerlas: las putas son pobres, las putas no tienen educación, las putas son unas atorrantas. Y resulta que ésta llega a mi puerta y se encuentra no sólo con una compatriota, sino con una mujer en *baby-doll* rojo, con los anteojos puestos y las piernas cruzadas, que escribe agitadamente en un cuaderno (y no con letra temblorosa, infantil), en un cuaderno que encima de todo es un Rivadavia de tapas duras, como usábamos en la escuela primaria, cuando recién aprendimos a escribir. Me lo trajo Estelita de Buenos Aires para que piense en ella y en nuestra infancia porteña cuando escribo mi *bestseller*.

Después de todo la asistente social parece ser buena gente. Cuando consiguió relajarse un poco, se la veía de lo más entusiasmada por haber encontrado a una compatriota. A mí, en cambio, el encuentro me resultó bastante incómodo. Una de las ventajas de ser la única argentina en este negocio es el anonimato, y con esta chica, sentada en una

esquina de mi cama, entablando amablemente conversación como si nos encontráramos tomando un café en La Giralda... Ella estaba vestida y yo semidesnuda, en una habitación de burdel, rodeadas de fotos de mujeres de mirada lasciva empuñando miembros erectos de proporciones descomunales y a punto de tragárselos, preguntándonos mutuamente, como si fuera lo más normal del mundo, dónde vivíamos antes de venir a parar acá y dándonos cuenta de que nuestros «acá» son bien distintos, cuánto hacía que estábamos en Frankfurt, (cuestión tabú para las ilegales), si nos gustaba o no vivir en esta ciudad (¿la misma ciudad para las dos?), si extrañábamos el país (¿la misma Argentina para las dos?), si habíamos aprendido el idioma. Por suerte no me pidió pruebas concretas de mi dominio de la lengua, pues se habría asombrado del sesgo erótico-pornográfico de mi alemán coloquial.

Espero que no tenga muchas esperanzas de hacerse amiga. La sola idea de cruzármela algún día en Buenos Aires me da escalofríos. Encima, por el aspecto, somos más o menos de la misma generación. Es alta y tiene el cabello muy largo. Cuando estaba charlando conmigo, mientras se abanicaba con uno de los volantes en castellano que reparte, un cliente se le acercó por atrás y le acarició el pelo. Ella se dio vuelta como una fiera y le dijo: «*Sie fassen mich nicht an*». El tipo la miró desconcertado, es que, según la ley del burdel, todo aquello que se mueva y no tenga un pedazo de carne colgando entre las piernas, esté o no vestido, es tocable. A mí me dio risa su reacción. Se llama Gabriela Goldman y sus padres viven todavía en Villa Urquiza, donde nacieron, se conocieron, se casaron y tuvieron a sus hijos. Está casada con un alemán y no

tiene chicos. Su marido, sí. Estudió el idioma en los cursos intensivos de la Volkshochschule y trató de convencerme de que siga sus pasos, por lo menos en lo que respecta al aprendizaje del idioma. Hace poco empezó a trabajar en esa organización que se ocupa de nosotras y se enteró de que «nosotras» existimos. Le gusta ir al cine y extraña Buenos Aires. Todo esto, y algunas otras cosas más, me contó en 10 o 15 minutos de charla. También me preguntó si estaba escribiendo el borrador de una carta, cuando estaba sentada en mi taburete a la entrada de mi habitación, cuaderno Rivadavia en mano. Respondí que sí y ella agregó que le gusta mucho escribir cartas. También me preguntó si soy de Buenos Aires, y, en un raptó de lucidez, se me ocurrió decirle: «Soy de Rosario, como Fito Páez», no sea cosa que empiece «conocés a éste, conocés a aquél».

Al poco tiempo de que Estela apareciera en mi vida, me llevó a trabajar al negocio del que era encargada. Como nos llevábamos tan bien, pronto nos fuimos a vivir juntas. Mientras tanto, mis padres se alegraban de mis progresos, porque la única hija comenzaba a salir poco a poco adelante, es decir, conservaba el trabajo más de dos o tres meses. Ellos nunca fueron de esos padres exigentes o ambiciosos que presionan a sus hijos para conseguir a través de ellos lo que no lograron en persona. Sin embargo, la alegría les iba a durar poco: la *boutique* se fundió y las dos, Estela y yo, nos quedamos sin trabajo. Pero Estelita, a diferencia mía, tuvo suerte: guitarreó lo suficiente como para pasar el examen de

admisión en Aerolíneas Argentinas. Como no teníamos teléfono y en esa época no era fácil conseguir una línea, ni existían los celulares. Tuvi-
mos que mudarnos. Pero yo no tenía con qué contribuir al sustento del
hogar, de manera que debimos achicarnos. Conseguimos un departa-
mento de un ambiente con teléfono y balcón en Villa Crespo. Vendimos
algunos muebles y tratamos de acomodarnos lo mejor posible en los 27
metros cuadrados que nos tocaba compartir.

Yo seguía buscando trabajo. Con los clasificados del *Clarín* en la mano
me dediqué a hacer largas colas de madrugada y rutinarias entrevistas un
poco más tarde. Pero casi siempre había alguna mejor que yo, con más
educación o menos kilos. Ese año y el siguiente fui recepcionista en una
inmobiliaria, promotora de cosméticos, ayudante de cocina en una co-
lonia de vacaciones, ascensorista (por contrato) en un organismo del
gobierno municipal, otra vez moza en un bar de Caballito, remisera,
encargada de un Laverap y casi secretaria ejecutiva de una PyME con
delirios de grandeza, pero no quise acostarme con el dueño, de manera
que ese puesto también me duró bastante poco.

Cuando conseguía ahorrar unos pesos, me los terminaba gastando al
perder el trabajo y Estela tenía que pagar el alquiler, los gastos fijos, la
comida. Pero ella ha sido siempre muy generosa y yo procuraba devol-
verle el gesto yéndome de casa cada vez que se enamoraba y su amante
no tenía casa propia o la tenía pero llena de otra gente: padres, herma-
nos, hijos, maridos. De modo que, cuando en casa había cartón lleno,
yo me tomaba unas vacaciones en lo de mis padres. Ellos seguían vivien-
do en el mismo departamento de siempre, donde nací y me crié, sobre la

Claudia Minoliti

avenida Rivadavia, a unos pasos del Congreso. El edificio había sido un conventillo y ahora era un cúmulo de departamentitos de dos ambientes que daban a varios patios centrales. Nosotros vivíamos en el primer piso y teníamos más luz que los de la plata baja. Yo dormía en un living diminuto y me faltaba el aire.

Estelita me cuenta que hay cuadras y cuadras de cola frente a los consulados de España y de Italia en Buenos Aires, como hacía mucho tiempo que no ocurría. Al parecer la crisis económica y la falta de perspectivas están calando hondo y no son pocos los que, como yo en su momento, quieren probar suerte en Europa. Si las cosas siguen así, sin duda llegaremos a compartir con otros países pobres el dudoso honor de exportar ilegales. Y una como yo, entonces, ya no tendrá la virtud de ser una rareza.

Y esto me lleva a otro aspecto interesante, que creo que muchos no comprenden del todo, por lo menos de este lado del Atlántico norte: la admiración, y quizá también la envidia, que les produce a los compatriotas, familiares, amigos o conocidos la migración, simplemente haber conseguido irse. Para muchas de nosotras, el simple hecho de habernos ido del país, por primera vez en la vida nos convierte en alguien destacado. Sin querer, una sobresale del montón que sigue sumisamente padeciendo. No importa la tarea que se desarrolla afuera. No importa el modo en que se gane el dinero que tanta falta hace, de hecho casi nadie se

arriesga a pedir detalles, por las dudas, el asunto es disponer no sólo de dinero, quizá por primera vez en la vida, sino también de una cierta cuota de poder ganada sobre los otros, los que se quedaron.

Por suerte, por lo menos para mí, a Estela no le duraban mucho sus novias pero sí los puestos de trabajo, sin duda más que a mí, y yo podía volver a nuestra casa bastante pronto. Es más, con frecuencia me usaba de coartada para sacarse a alguna loca de encima. Me abrazaba en público, si quería que alguien en particular nos viera juntas, y me hacía contestar el teléfono con tono de celosa amante. Ahora pienso en esos tiempos y me da nostalgia. Nos divertíamos mucho juntas y a mí todavía me sobraban las esperanzas de pegar el gran salto a un mundo mejor.

Ella volaba solamente en Argentina y no le gustaba nada porque su objetivo era conocer el mundo y no los aeropuertos de La Rioja, Salta, Resistencia... Pero sabía que tenía que pagar su derecho de piso: primero el tiempo de prueba, luego los contratos temporales, más tarde el largo período de los vuelos de cabotaje, hasta que poco a poco comenzaran a darle destinos en el exterior.

El departamento parecía enorme sin ella cuando tenía largas postas en Roma o en Londres. Tal vez por eso, no sé, fue que me enredé amorosamente con un imbécil, ni siquiera puedo afirmar que alguna vez estuve enamorada de él, quedé embarazada y me opuse estrictamente a abortar. Incluso mis padres, supuestamente convencidos católicos, in-

Claudia Minoliti

tentaron persuadirme de que no siguiera adelante con el embarazo. Estela, en cambio, insistió en que no me preocupara, que íbamos a criarlo juntas si es que el padre del bebé no se dignaba a aparecer...

En este oficio se pierden muchas cosas, pero nunca la capacidad de asombro: ayer apareció una dominicana con una panza de siete u ocho meses, y no venía precisamente de visita. Nosotras la miramos perplejas. Ella se instaló en su habitación y desde ese momento no hace más que abrir y cerrar la puerta. Ni siquiera sé si habrá dormido. ¡Que pase el que sigue! Los clientes hacen cola frente a su cuarto para copular con la opulenta mulata de *baby-doll* futura-mamá. Quizá los clientes tengan la ilusión de estar fornicando con una auténtica mujer que pronto cumplirá el llamado de la naturaleza convirtiéndose en abnegada madre.

Yo me iniciaba en la difícil tarea de ser madre soltera: la que duerme de a ratos todas las noches, la que sale sola con el nene a pasear los fines de semana, la que se asusta en solitario cuando el bebé se enferma, la que arma y desarma el cochecito mil veces, la que se olvida de comprar pañales y vuelta otra vez a abrigar al nene para salir a comprarlos. Mientras tanto el padre de mi hijo no se dignaba a aparecer. Sólo daba señales de vida esporádicamente cuando quería un poco de

cariño y comprensión de mi parte en hoteluchos miserables, sin pañales ni berridos. La verdad es que nunca quiso saber nada del nene. Me da pena recordarlo, más pena por el nene que por mí.

Durante el primer año de vida de Federico, el padre recibió una foto por mes de su hijo. Cuando me di cuenta de que la presión postal no surtía el efecto esperado, dejé de enviar las fotos y comprendí que debería enfrentar la crianza de mi hijo sola. Prefiero no hablar de ese tema. Me da tristeza y no me interesa sentir pena de mí misma. Sé por un par de chicas que quedaron embarazadas de alemanes, que en Alemania las mujeres pueden obligar al padre, a través de un proceso judicial, a que reconozca al hijo que contribuyó a engendrar. Me parecería lamentable tener que llegar a eso, pero lo considero correcto como opción para las mujeres que no quieren seguir por la vida haciendo de cuenta de que fueron las únicas en concebir al hijo...

Cuando una mujer sin papeles queda embarazada suele abortar. Pero cuando no lo hace, sigue adelante con la gestación casi siempre sin saber cómo demonios va a hacer para dar a luz sin seguro médico ni dinero, viviendo en un lugar donde, para que no la echen, debe pasar desapercibida. Muchas mujeres creen que si tienen el hijo en un hospital, donde inexorablemente se descubre su condición de ilegal porque allí debe presentarse el pasaporte, le quitan al chico para entregarlo en adopción y luego la deportan. Pero esto no ocurre en Alemania,

por lo menos que yo sepa. Es más, si las parturientas reciben la ayuda correcta por parte de alguna de las instituciones que se ocupan de nosotras, pueden ser atendidas como cualquier mujer con papeles en un hospital, mientras que la oficina de asuntos sociales, por lo menos aquí en Frankfurt, se encarga del pago de la atención hospitalaria. Teóricamente las «madres ilegales» y sus bebés no pueden ser deportados hasta que el bebé tenga dos meses, el tiempo que dura una licencia por maternidad, porque se considera que tanto la madre como su bebé no están en condiciones de viajar, más aún si el viaje es en avión.

Cumplido ese plazo, algunas mujeres eligen irse porque criar un hijo lejos de la familia, sin papeles y sin medios económicos, es difícil y riesgoso. Ni ellas ni el chico tienen, por ejemplo, seguro médico, de manera que no pueden seguir recibiendo atención sanitaria gratuita, excepto que encuentren un médico bondadoso (hay muy pocos) o sufran una urgencia que ponga en juego su vida, en cuyo caso los hospitales deben hacerse cargo del paciente.

Pero muchas mujeres, sin embargo, no tienen a dónde ir y deben quedarse a pesar de que las condiciones de precariedad en las que viven sean impensables para la mayoría de los europeos en la Europa del siglo XXI. Tan impensables como reales: contra toda lógica o sentido común, estas mujeres se las ingenian para conseguir algún trabajito aquí y allá, y en gran medida dependen de la ayuda de mujeres solidarias que pueden seguir trabajando, muchas de ellas en la prostitución, el rubro en el que más dinero se gana como para poder apoyar económicamente a ilegales en problemas. Las madres sin papeles hacen pequeños trabajitos, como

peluqueras, manicuras, *baby-sitters*, para ganarse unos pesos para comer, comprar leche y pañales, contribuir con el alquiler de un lugar donde dormir, y normalmente lo hacen con el bebé a cuestas porque no tienen donde dejarlo, ni con qué pagar por el cuidado. No son pocas las que viven así durante años, todo el tiempo que tardan en ser descubiertas y expulsadas de Alemania.

Antes de perderme en los avatares de la vida de las madres ilegales, quería contar que a pesar de la generosidad de Estelita, la verdad es que cuando ella llegaba molida a casa después de un viaje de diez o quince horas y el bebé no dejaba de llorar a moco tendido durante toda la noche, la convivencia empezó a hacerse insoportable.

Ella ganaba mejor que antes, especialmente como producto de sus pequeños contrabandos, y entonces me ofreció mudarse a otro departamento en el mismo edificio y seguir pagando el que habitábamos Federico y yo. El problema es que a mí no me alcanzaba el dinero ni para pagar los gastos fijos descontando el alquiler, de manera que cuando Estela salía de viaje, yo me iba a lo de mis padres, quienes, amando a su nieto, odiaban a su hija por someterlos a la tortura de los llantos: de repente, en el recuerdo, yo me había transformado en un bebé maravilloso, satisfecho, rozagante, que casi nunca derramaba ni una sola lagrimita.

La escritura fragmentaria que me impone el trabajo corporal quedará muy posmoderna, pero me complica el hilvanado de los temas y la composición del texto. Sólo espero que a mis futuros lectores no les dificulte demasiado la lectura. Detesto a los escritores que no tienen consideración por sus lectores.

Tomo una Coca-Cola helada en el Café Elbe Bistrot, donde paran las tailandesas. Cromados, luces de neón, alfombrado en tonos azules y grises sucios. La abuela tai, una señora mayor, desdentada, risueña y simpática que toma alegremente cerveza en una de las mesas que están junto a la ventana en compañía de chicas asiáticas que nunca he visto antes pero que seguro están en lo mismo que yo, cocina para las tailandesas, las peina como de peluquería, les hace las manos y les arregla las uñas de los pies. Pero todo eso no lo hace en el café. Aquí se dedica simplemente a hacer relaciones públicas y promocionar sus servicios.

Conseguir trabajo estable como madre soltera de un bebé recién nacido en el Buenos Aires de los 90 probó ser más difícil que ganarse el Loto. Estela, madrina agnóstica de Federico, nos llenaba de regalos, pero a mí se me hacía cada vez más difícil aceptarlos. Me sentía una adulta irresponsable y fracasada que ni siquiera estaba en condiciones de mantenerse mínimamente a sí misma, y menos aún a su hijo. El futuro se me presentaba negro, deprimente, sin perspectiva, y encima

sola, con un hijo chiquito y con padres jubilados que envejecían rápidamente y nunca sabían si iban a cobrar sus pocos pesos de jubilación al mes siguiente. Me encontraba en un callejón sin salida.

Fue mi padre quien tuvo la idea de que intentara sacar el pasaporte italiano para probar suerte en Europa, «porque peor que acá, no puede ser». Y entonces reuní documentos, saqué fotocopias, pagué sellados, redacté cartas y me fui a hacer la cola al consulado italiano, junto al Teatro Coliseo, donde una tía me había llevado una vez, de chica, a ver a *Les Luthiers*. Cuando finalmente conseguí un número y fui atendida por personal idóneo, comprobé que entre mis papeles faltaba el documento crucial: la partida de nacimiento del abuelo siciliano. Como tantos otros italianos emigrados de la guerra y la pobreza, sus padres no habían tenido oportunidad, interés o necesidad, de reunir papeles y documentos que en ese momento no consideraban de importancia. Por supuesto tampoco podían imaginar el significado crucial que esos papeles tendrían para las generaciones venideras.

El pasaporte del abuelo, donde constaba que había nacido en Mesina, no era suficiente. Según comentaban durante la amansadora frente al Coliseo, hasta hacía relativamente poco tiempo atrás, el pasaporte italiano del padre o del abuelo bastaba como prueba de italianidad, pero como las hordas de argentinos queriendo probar suerte en Italia eran casi incontrolables, las autoridades correspondientes vieron el modo de frenar la avalancha de potenciales italianos exigiendo como documento probatorio la partida de nacimiento, a sabiendas de que buena parte de

Claudia Minoliti

los italianos inmigrantes en Argentina la habían dejado olvidada en alguna iglesia o registro civil. Qué raro yo llegando tarde al baile.

La llaman «caviar»... El servicio parece estar de lo más en boga en estos tiempos, al punto de que algunas colegas no sólo se han comprado un pequeño *freezer* donde congelar sus deposiciones, sino también un horno a microondas para descongelarlas cuando aparece un cliente dispuesto a pagar en dinero contante y sonante por el placer de degustar tanpreciado manjar.

Comentan las colegas que ofrecen el servicio, que los hombres que lo requieren no son ni subnormales, ni borrachos, ni marginales, ni drogadictos, ni psicópatas, sino correctísimos padres de familia que simple y sencillamente no se encuentran en condiciones de pedirle a su señora que tenga a bien defecar en un Tupper.

Federico crecía y aprendía lentamente a controlar esfínteres, a dormir de noche y a hacer lío de día. Mamá encanecía y a papá empezaban a fallarle los pulmones. Yo todavía no había perdido las esperanzas de encontrar la partida de nacimiento de mi abuelo, por eso me apresuré a enviar a la municipalidad de Mesina el formulario diseñado a tales efectos por el consulado italiano en Buenos Aires. Sin embargo, varios

meses después llegó una carta desde Italia informando que desafortunadamente la partida de nacimiento del abuelo Giuseppe no había sido hallada. Mamá se largo a llorar, papá tuvo una crisis respiratoria y Fede era muy chiquito todavía para entender qué demonios estaba pasando, cómo era posible que la única esperanza de salir del pozo estuviera deshaciéndose, sencillamente porque toda la familia había depositado el futuro en esa carta que llegaba con una inapelable negativa. El presente se nos caía en la cabeza y nadie sabía cómo seguir hacia adelante.

Hace un rato comía con ganas una pizza margarita en La Bella, sentada junto a la ventada que da a la calle Taunus, con vista a la esquina de Elbestasse. Sigo en La Bella pero ya no como con ganas. Acabo de presenciar una de esas escenas sórdidas que son moneda corriente en la zona roja, uno de los centros neurálgicos del tráfico de droga: un hombre joven, con el torso descubierto, yendo y viniendo entre estas cuatro esquinas, hablando solo, riendo, sin percibir los restos blanquecinos sobre la comisura de sus labios. Cuanta gente destrozada se ve por estas calles. Si uno se pone a pensar, nosotras somos de lo mejorcito, lo más adaptado, lo más integrado.

Yo seguía sin trabajo fijo, ganando lo justo, aunque no siempre, para pagar la electricidad, el gas y la comida. Con la jubilación

de mis padres alcanzaba sólo para el alquiler. Mamá ya no podía salir a trabajar de planchadora porque papá estaba demasiado viejo y achacado para ocuparse solo de su nieto. Los cuatro vivíamos hacinados en el viejo conventillo. Yo no había querido renovar el contrato de alquiler del departamento que pagaba Estela, porque estaba convencida de que iba a recibir una respuesta favorable desde Italia.

Ninguno de nosotros, hundidos en un pesimismo profundo y justificado, vislumbraba la manera de cortar la perfecta mala racha. Fue Estela, una vez más, la que llegó un día con una opción esperanzadora materializada en un pasaje a Roma para que yo viajara desde allí, por tierra, a Mesina con el objeto de buscar, y encontrar, el maldito papelito que le probara al mundo mi auténtica sangre italiana.

Papá se alegró, mamá esta vez no quiso hacerse ilusiones y Fede seguía sin comprender los derroteros de nuestras vidas, pero ya decía «mamá» y caminaba a los tumbos en el poco espacio de que disponía para moverse. La salita donde pasábamos el día y la noche era poco más grande que un corralito de bebé, pero él era feliz y yo también. Aunque sea por un rato, pasaje en mano, yo también fui feliz.

Escribo frente a un sancocho, en el Bistrot Paschá, a la vuelta de la Uno. El sancocho de gallina se prepara con plátano verde, yuca, papa, cimarrón, cilantro, cebolla y tomate. El plátano, cortado con los dedos, es el ingrediente que le da la espesura a la sopa. El seco, es

decir, el acompañamiento de la sopa, está compuesto por la presa de gallina con arroz, papa guisada junto con la yuca y el plátano verde preparado en tostadas fritas. Todo esto me lo explica el cocinero cuando le pido que me aclare qué es lo que voy a comer porque la verdad es que no tengo ni la menor idea. El se extraña de que le haga una pregunta tan obvia, porque si hablo español y vengo de las casas, cómo es que no voy a saber de qué se trata el sancocho, pero de todas maneras me explica con paciencia a pesar de que debe esforzarse en encontrar las palabras. Los cocineros y mozos de este local son extranjeros acá del mismo modo que lo serían en América Latina, pero balbucean español y cocinan colombiano en un auténtico ejemplo de multiculturalismo e integración.

Aquí almuerzan o cenan muchas de las chicas que trabajan en la Breite Gasse. El lugar es amplio y agradable. Las mesas grandes están espaciadas y los pisos, limpios, otra rareza en este medio. Un gran ventanal deja ver la calle entre las hojas de una hilera de plantas exuberantes. En todo el tiempo que llevo en el local no ha dejado de sonar la salsa o el merengue. Las chicas entran y salen. Una pide malta con leche. La miro con cara de sorpresa, por no decir de asco, y ella acota: «Es muy nutritivo». Las mujeres de la vida también saben cuidarse la salud. Es gracioso: todas las chicas que entran al local cantan o tararean la canción que está sonando. Seguramente se trata de un *hit* en el Caribe. A cada rato suena el teléfono y sale uno de los mozos extranjeros cargando una bolsa de plástico llena de bandejas de comida envueltas en papel metálico. Un auto de la policía pasa despacio delante del ventanal protegido por las plantas. Los dos uniformados giran la cabeza hacia nosotras. Las chicas de la mesa de al lado murmuran. Escucho que una

Claudia Minoliti

dice: «Tu amigo». La otra ríe. Yo, en cambio, pienso que éste es seguramente uno de esos lugares que es aconsejable evitar, si una no quiere ser descubierta. Por eso termino rápido lo que queda del sancocho. Pago y me voy.

Fue mi vuelo de bautismo y lo hice en primera clase porque Estela, con la complicidad de sus colegas, me subió de categoría y me atendió como a una reina. Todo lo que estaba viviendo era una gran novedad que me producía miedo, alegría y ansiedad: acercarme al mostrador de la aerolínea, presentar mi pasaje, mostrar mi pasaporte virgen, pedir un asiento no fumador, despachar mi escaso equipaje, despedirme con un nudo en la garganta de mis padres y de mi hijo mientras me alejaba lentamente por la escalera mecánica que me llevaría a la sala de preembarque, colocar mi equipaje de mano en la máquina detectora de metales y cruzar el arco metálico que no sonó a mi paso, volver a mostrar mi pasaporte y recibir el primer sello de salida, probarme perfumes franceses en el *free-shop*, volver a mostrar mi pasaje e introducirme en la manga que me llevaría al avión, y dejarme guiar por las azafatas hacia la escalera caracol que me depositaría en la abundancia de la primera clase...

Una amiga está haciendo un curso de dómina, que vendría a ser como la primera clase de nuestro oficio, mientras que yo me desempeño en la clase turista o económica. Mi amiga sostiene

que esta rama de nuestra actividad ofrece las siguientes ventajas: se gana mejor, se evita el contacto corporal y se tiene la oportunidad de humillar a los hombres a puro grito, a los golpes o utilizando diversos instrumentos de tortura. En estos momentos mi amiga está haciendo lo que bien podría llamarse «una pasantía» (rentada) en la habitación de una dómina experimentada que también es un personaje novelesco: aprendió sola alemán leyendo novelas de grandes escritores, mientras esperaba al próximo cliente, látigo en mano, enfundada en su traje de látex negro. Ahora está trabajando muy poco con clientes, se dedica casi exclusivamente a la docencia, porque afirma tener dificultades para concentrarse en el trabajo por la presión que producen las razzias: «Para trabajar en esto es preciso estar relajada, si no el servicio deja mucho que desear», sostiene.

La novata, en cambio, ya ha tenido sus primeros clientes y sigue sin poder salir de su asombro. Hay tipos que disfrutan recorriendo en cuatro patas y atados con pesadas cadenas los pasillos que permiten el acceso al resto de las habitaciones del piso. A otros les gusta ser torturados en pequeñas jaulas de gruesos barrotes, a la vista de los otros hombres que buscan su puta del día.

Al principio parece que mi amiga tuvo serias dificultades para asumir su papel: se tentaba, le daba risa su rol de golpeadora de varones domados. Sin embargo, con el correr de los días empezó a vislumbrar las ventajas del trabajo y a compenetrarse con su rol. Lo más difícil ahora, sostiene mi amiga, es saber cuándo parar. Los hombres gritan que quieren más, más latigazos, más golpes, más dolor, más sufrimiento, y ella sabe que si sigue, no le faltaría demasiado para transformarse en homicida. Pero, claro, sería una pena perder al cliente... y entonces, entre gritos

y reproches, afloja la presión y lo obliga a desaparecer de su vista y a pagarle el doble por haberse atrevido a pedirle más.

En el ámbito cerrado del avión enseguida tuve la impresión de que los demás pasajeros se manejaban con una gran desenvoltura. Yo, en cambio, me sentía como una provinciana recién llegada a la gran capital. Me ubicaron en el primer piso, en uno de los primeros asientos, en la nariz de un 747 imponente que a pesar de su pesadez lograría despegarse del suelo, abandonar Ezeiza, cruzar el Río de la Plata, sobrevolar Uruguay y Brasil, y finalmente atravesar el océano Atlántico hacia la ansiada tierra prometida.

Estelita se reía de mi asombro y yo, de los movimientos ridículos que ella debía hacer para explicarnos dónde estaban las salidas de emergencia, cómo ponernos el salvavidas o utilizar las máscaras de oxígeno y otras cosas no demasiado importantes que ya no recuerdo. Ella misma tuvo que acercarse a mi lugar para ajustarme el cinturón de seguridad, porque yo ni siquiera encontraba una de las colas, que se había deslizado por el borde del asiento. Quise utilizar los auriculares para procurar relajarme escuchando música clásica, pero no hubo forma de sintonizar la frecuencia correcta, y entonces todo el esfuerzo para encontrar los agujeritos donde enchufarlos probó ser en vano por lo menos hasta que Estelita vino nuevamente a auxiliarme. Extraer la extensión del asiento que me permitiera estirar las piernas y descansar las pantorrillas, me costó un triunfo, pero luego de varios intentos y espiando a mi vecino,

lo logré. Sin embargo, más tarde no supe cómo sacar la mesita del interior del apoyabrazos, ni siquiera atisbando a mi vecino, quien con una rapidez y precisión envidiables lograba reacondicionar su entorno sin siquiera quitar los ojos de la cotización de la bolsa, que leía atentamente del *Ámbito Financiero* de ese día, uno de los más importantes de mi vida.

Estoy almorzando en un local de comida rápida turca cerca de Eschenheimer Tor, a la vuelta de los cines que dan películas en inglés. Qué lástima que entienda tan poco, porque la verdad es que me encantaría volver a ir al cine, como hacía en Buenos Aires, cuando era una mujer «normal». Acabo de tomar una succulenta sopa de garbanzos. Si consigo dónde trabajar esta noche voy a derribar a mis clientes. Ahora, mientras escribo, estoy comiendo un *baclava* dulcísimo y hasta me siento casi, y a pesar de no haber ido al cine, una mujer normal. El dueño de la casa donde trabajo (trabajaba) vino hoy a controlarnos. Parecía un policía pidiendo pasaportes. Cuando vio el mío y no encontró el permiso de residencia debidamente estampado, me pidió que abandonara la habitación, previo pago de los 250 marcos del turno que no pude trabajar, de manera que me vi obligada a guardar mis pertenencias, dejarlas en la habitación de una colega con papeles y salir a caminar.

El estrés me está matando. Esto es peor que tener un cliente atrás del otro, como en una cadena de montaje. No sé cuánto más voy a soportar este ritmo enloquecedor.

En el avión vi dos o tres películas, no pude concentrarme en la lectura y comí tanto que aterricé con una indigestión tremenda, además porque, yo que nunca tomo alcohol, le di al trago de manera preocupante. Estaba contenta, ansiosa, excitada. Quería llevarme el mundo por delante. Por fin iban a salir bien las cosas. Me lo debía y se lo debía a mi hijo. Mis padres merecían pasar sus últimos años en paz, viviendo en un lugar más cómodo, sin tener que preocuparse por el cómo, el cuándo y el porqué. Y mi amiga, esa amiga del alma que nunca me abandonaría, también tenía derecho a perseguir a sus novias por el mundo sin tener que preocuparse permanentemente por cómo sacar las papas que metían en el fuego esos cuatro seres desgraciados que vivían pero no por mucho tiempo más, estaba convencida, sobre la avenida Rivadavia, cerca del Congreso, en un conventillo pintoresco, pero en definitiva pobretón, lamentable.

¿Dejaría el burdel si pudiera? Pero claro, ¡qué pregunta! ¿Dejaría un obrero no calificado la fábrica si pudiera? Seguramente sí. La pregunta es cómo. Todos los otros oficios a los que podría eventualmente dedicarme no me pagan ni una décima parte de lo que gano en el burdel. Y trabajar en esto no es 10 veces peor que trabajar de empleada doméstica, vendedora u obrera. Claro, si pudiera escribir un *bestseller*... Si esto que escribo esperando pacientemente a mis clientes me diera algún dinero... no lo pienso dos veces: cuelgo el *baby-doll* como los boxeadores los guantes y me vuelvo a Buenos Aires, con mi hijo, a quien prefiero no recordar

por lo que me duele hacerlo. ¿Pero cómo hago de estas páginas un *bestseller*? Un rasgo fundamental de este negocio es el secreto, aunque tal vez allí precisamente radique el atractivo de este mundo escondido y silenciado...

¡Basta de imaginar pavadas! La probabilidad de que estas páginas se transformen en un éxito de ventas es tan alta como la de ganarme el Loto. Sobre todo porque no juego. Además se acerca un cliente perfumado y no puedo seguir perdiendo el tiempo en fabulaciones. Por otra parte, no ocurre con mucha frecuencia... quiero decir, lo del cliente perfumado, lo de las fabulaciones, sí.

La mañana de mi llegada a Roma tomé un tren hasta Calabria y de allí crucé a Sicilia. Lo poco que vi de Mesina me pareció deprimente. En sus iglesias, luego de pasarme días enteros revisando polvorientos ficheros, debí admitir muy a mi pesar que no había encontrado, ni encontraría, lo que buscaba. Algún terremoto, alguna guerra o algún misterio, se comenta que mi abuelo de hecho nació en El Cairo, no dejaron que apareciera su partida de nacimiento, íntegra depositaria de mi futuro y el de mi familia.

En lugar de la partida de nacimiento, encontré a un hombre que no me interesaba demasiado pero que me ofreció, como suele ocurrir en los albores del amor, nada menos que el oro y el moro. Me llevó a vivir con él y me hizo pensar que quizá no era mala idea probar suerte allí para

intentar, aunque más no fuera, hacer unos pesos y no volver a casa tan ligera de equipaje como había salido.

Durante mis primeros tiempos en Italia no dejé de prometerles a mis padres, por teléfono o en escuetas postales alegóricas, que en unos días más ya estaría de vuelta en casa. A Fede lo extrañaba hasta morirme, pero sabía que no tenía mucho que ofrecerle si volvía con las manos vacías, por eso opté por dejar de pensar en él para no amargarme.

Carlo, para qué mentir, era un tanto bruto, y al poco tiempo terminó hartándome con sus gritos y sus malos modos. Además, tanto el oro como el moro brillaban por su ausencia y como estaba casado, no podía darme los papeles. Entonces me compré un mapa de Europa y un pasaje en tren a Roma para llegar justo cuando llegara Estela. Pero su avión salió un día más tarde, me enteré por mi madre, a quién llamé por teléfono para comunicarle que ya no estaba jugando al matrimonio a la italiana y no me quedó más remedio que dormir en la estación de trenes porque no tenía ni una lira para pagarme una cama en una pensión miserable. Si alguna vez se me hubiera ocurrido pensar en cómo sería pasar una noche en un lugar público como Roma Termini, jamás habría imaginado que en realidad no es nada del otro mundo: me estiré en un asiento vacío y dormí varias horas, incluso sintiéndome relativamente tranquila. Cuando me desperté, desayuné opíparamente (para eso había guardado el poco dinero que me quedaba), me higienicé en un baño público y salí hacia el aeropuerto a esperar el vuelo de Aerolíneas que traería a Estelita.

Hace varios días que no escribo. Hubo mucho trabajo como consecuencia de otra feria internacional en Frankfurt y estuve con pocas ganas de sentarme a escribir. Recién hoy empezó a mermar el tránsito de visitantes, y entonces para entretenerme un poco vuelvo a mi diario. Es que es aburridísimo sentarse a esperar ser elegida. Hasta que éstos se deciden... Quizá sea parte del precalentamiento... Hay hombres que recorren todas las casas, piso por piso, buen estado físico deben tener porque aquí no hay ascensores, buscando vaya a saber una qué. También están los fieles, los que siempre eligen a la misma. Qué sé yo, se encariñarán con una, los que creen que en los burdeles también es posible el afecto y la ternura. De todas maneras, los leales son los menos. Los otros, los más, incluidos los itinerantes de las ferias, meditan largamente su apuesta, deciden concienzudamente dónde invertir el dinero y otras cosas. También contribuye el hecho de que hay bastante rotación de mercadería: como consecuencia de las razzias, las chicas vienen y van (o las van) a cada rato, nuevas mujeres ocupan los cuartos vacíos y a los clientes les pica el bichito de la curiosidad. Por eso se toman su tiempo para explorar tranquilos. No es cuestión de gastarse 50 o 100 marcos así nomás, con cualquiera, con la primera que tenga la puerta abierta.

Nosotras los miramos, les hacemos ojitos y caritas. Algunas se acercan, les hacen el verso: Ay, papi, bla, bla, bla. Yo no. Yo la voy de circunspecta. Igual no entienden nada. Casi ninguno sabe, o confiesa saber, castellano, lo que también es una ventaja porque no pretenden que por el mismo precio les hagamos la terapia. Este es, precisamente, uno de los problemas de trabajar en España: los españoles quieren hablar y ser es-

Claudia Minoliti

cuchados, de manera que demoran una eternidad, sin intenciones de compensar nuestro tiempo con dinero. Esta ha sido mi breve experiencia en Palma Mallorca, confirmada por las chicas que trabajan un poco allá y otro poco acá, ajustándose al humor o a la buena o mala voluntad de las respectivas extranjeras.

Luego del abrazo que nos unió en un reencuentro silencioso discutimos largamente los pasos a seguir. Como no se nos ocurrió nada más ingenioso para salir del paso, Estela me propuso que viajara con ella a lo de su amiga en Frankfurt, la azafata de Lufthansa, y yo, a falta de alternativa más atractiva, acepté. Decidimos tomar un tren hasta Estrasburgo y de allí cruzar a Alemania, porque mi pasaporte tenía el sello de entrada a la comunidad europea, de manera que era preciso evitar pasar por Suiza, en cuya frontera se efectúan controles migratorios. Si no me equivoco la primera ciudad alemana que pisé fue Karlsruhe (Estela la llamaba «Carluche»). Allí volvimos a cambiar trenes y poco después llegamos a Frankfurt.

Frauke, la novia de Estela, no demostró demasiada alegría al verme llegar con su amante, de modo que no perdí tiempo en desaparecer del nidito de amor que las chicas compartían en los viajes de mi amiga. Tomé el tren suburbano en Kelsterbach y me bajé en la estación central de Frankfurt. Di vueltas por el centro de la ciudad, comí salchichas con mostaza picante, no tomé cerveza porque no me gusta el alcohol y co-

mencé a rumiar la pregunta que me acompañaría durante meses: «¿Qué carajo estoy haciendo en Alemania?».

Recién vengo de visitar a Gabriela en su oficina. Necesitaba la dirección de algún dentista que no me arranque ni la cabeza ni los dientes, y el número de teléfono de un buen abogado, para el caso de que algún día lo necesite. Chica precavida vale por diez. Además, tenía curiosidad de verla en su medio, hasta ahora sólo había ocurrido al revés. Lo más llamativo del encuentro fue que al verme entrar en su oficina, se quedó de una pieza, como diría mi mamá, con cara de «a vos te conozco, pero no sé quién sos». En efecto, recién se dio cuenta de quién era ésa que estaba parada en el vano de la puerta, cuando me escuchó hablar. El ejercicio de la prostitución sin duda modifica la fisonomía, por lo menos en el teatro de los hechos. Ella, en cambio, me pareció idéntica a cuando da vueltas por los burdeles ofreciendo volantes, promocionando los cursos de alemán para latinas y charlando con las mujeres que aprovechan su visita para hacerle todo tipo de consultas: ¿cómo hago para traerme a mis hijos de Colombia?, ¿qué te parece, me caso o no me caso con el viejito que dice estar loco por mí?, ¿qué debo hacer para separarme del desgraciado de mi marido, que en su momento me ofreció de todo —como Carlo— y ahora me manda a trabajar a las casas mientras él se queda todo el día sentado frente al televisor?, ¿pierdo mi permiso de residencia si me separo? ¿cuánto tengo que aguantar a su lado?, ¿son legales los abortos en Alemania?, ¿me va a doler?, ¿puedo mandar a mis hijos a la escuela aunque no tengan

Claudia Minoliti

papeles?, ¿cómo hago para dejar la prostitución?, estoy tan deprimida, ¿podrías darme el número de una psicóloga que entienda castellano?, ¿mi hermanita quiere venirse a trabajar en las casas, le conviene entrar por España o mejor directo por Frankfurt?, esta abogada me salió un ojo de la cara y no hizo nada de nada, ¿podrías recomendarme otra que hable español y no sea una ladrona?

De pronto, francamente no sé cómo, me encontré llorando como una Magdalena entre cuatro o cinco colombianas reunidas en una central telefónica sobre la calle Taunus, cerca de la estación central. Sin darme cuenta había caminado en redondo. Ellas fueron quienes procuraron consolarme diciendo que a todas les había ocurrido lo mismo al principio, cuando estaban recién llegadas. Una de las chicas, la más morena y risueña, una mulata despampanante, me invitó a pasar la noche en su habitación asegurándome que al día siguiente me sentiría mejor. Llamé a Estela y le comenté brevemente mis planes. Mi amiga, sorprendida porque finalmente había salido del letargo y hasta había conseguido tomar una decisión, no tuvo oportunidad de indagar demasiado. Prometí reportarme al día siguiente y nos despedimos. La verdad es que en ese momento ignoraba en la que me estaba metiendo, de manera que tampoco podría haberle dado mayores explicaciones. Simplemente no sabía qué habría de pasar conmigo en las próximas horas, cuán cerca estaba ya de perder la inocencia.

Una de las tantas tonterías que se piensan de esta actividad (yo también, antes de dedicarme a ella) es que los usuarios son todos viejos, gordos, petizos, horribles, perdedores, que no tienen forma de conseguir mujer por otros medios. Craso error. Aquí hay de todo, como en botica. Los clientes pertenecen a todos los grupos de edad, a todos los pesos y tamaños, a todos los aspectos físicos habidos y por haber y a toda la gama de éxito o fracaso económico y social. Ahora mismo, mientras escribo sentada al borde de mi cama esperando que caiga el próximo pajarón, tengo a un posible candidato mirando embelesado mis muslos cruzados y parcialmente cubiertos «por el cuaderno donde escribo». Este muchacho es el modelo de lo que hoy en día se considera un muchacho modelo: alto, delgado, de cabello castaño tupido y prolijamente cortado, ojos azules y enormes, nariz pequeña y respingada, pómulos salientes y mentón bien marcado. Está vestido con un traje azul marino impecable y no lleva alianza, pero sí un maletín de cuero negro colgando de su mano izquierda. Se parece a Hugh Grant, pero es más alto y más corpulento y no tiene cara de papanata. Tampoco corre el riesgo de que lo pesque la policía en actitud comprometedora, porque esto no es Estados Unidos ni Suecia. ¿Sabrá que escribo sobre él? Quizá se acerque con la intención de preguntármelo.

Para seguir siendo franca, en ese momento todavía creía que Daniela, la mulata despampanante que me había adoptado como su protegida, me llevaría a un hotelito o a una pensión, donde supuse que

ella se hospedaba, pero no: me llevó a una de «las casas», como dicen las chicas, el primer burdel que veía en mi vida, a dos o tres cuadras de la estación central. Se ve que se me notó la sorpresa en la cara cuando vi a las primeras mujeres semidesnudas negociando honorarios con sus clientes en el pasillo o junto a la cama, porque Daniela se apuró a decirme que no me asustara, que mejor nos íbamos a comer algo por ahí. Aunque yo en realidad estaba tan nerviosa que se me había cerrado el estómago, fuimos igual. Cualquier cosa por salir de ese lugar. Ella quería escuchar historias de América Latina. Mucho de Colombia yo no tenía para contarle. Que los narcos, que la guerrilla, que los paramilitares. Pero en fin, ella no paraba de decirme que le encantaba el acento tan extraño de los de Buenos Aires y entonces yo seguía hablando de cualquier cosa, lo primero que se me cruzaba por la cabeza. La cuestión era hacer tiempo, no dejar llegar lo que se avecinaba.

Escribo en el tren de vuelta a casa. La letra me sale movida, pero no tengo qué leer. Estela llega mañana y prometió traerme un par de libros de Buenos Aires. Prefiero no pensar, y si miro por la ventanilla, no puedo evitarlo. Hoy ha sido un día muy difícil: de nuevo una compañera terminó en el psiquiátrico. Cada tanto ocurre. Algunas no aguantan las presiones del trabajo, la ilegalidad o las dos cosas, pero volver tampoco pueden: «¿A qué?», se preguntan, y entonces la única salida que les queda es la locura.

En la estación del aeropuerto suben turistas cargados de valijas y dos tipos uniformados que controlan los pasajes. Una de las primeras reglas de supervivencia que uno aprende viviendo en la ilegalidad es nunca jamás viajar sin boleto, porque si te pescan, te piden el pasaporte y adiós. Yo compro un ticket mensual para no tener que recordar la amenaza cada vez que me subo al tren o al tranvía.

Otro de los secretos para sobrevivir en la ilegalidad es caminar con la cabeza en alto, no asustarse si hay algún policía a la vista, no cambiar el rumbo, no alterarse, seguir como si nada, como las personas que no tienen nada que ocultar. No es fácil, sobre todo para los que son oscuros, ellos son carne de cañón. Yo tengo un poco más de suerte. No llamo la atención. Voy por la calle vestida normalmente, sin pintura en la cara ni peinados estrafalarios. En los medios de transporte leo y siempre lo hago con los anteojos puestos no sólo para ver con mayor claridad, sino porque me dan un aire intelectual, y nadie me molesta, ni siquiera cuando advierten que no estoy leyendo en alemán.

Sin proponérmelo, de verdad, sin tener ni la menor idea de que tal cosa podía llegar a ocurrirme, de vuelta en el burdel percibí que varios hombres no dejaban de mirarme. Y así nomás, como si fuera la cosa más normal del mundo, una pura obviedad, mi nueva amiga comentó que, si quería debutar, ella me prestaba su cuarto. Debí de haber

puesto cara de asombro, porque Daniela se rió y sugirió que lo pensara tranquila mientras me daba una ducha en su habitación.

Cuando salí del baño, envuelta en un grueso toallón blanco, un señor entrado en años me esperaba sentado tímidamente en un sillón de cuerina gastada que Daniela tenía en un rincón del cuarto. Mientras me desenredaba el pelo, mi amiga, a media lengua, continuaba dándome indicaciones del siguiente tenor: cómo colocar un condón (yo, sinceramente, no tenía demasiada experiencia) o cómo sacarse de encima al cliente que desea permanecer en la habitación más de un cuarto de hora sin pagar el tiempo extra, «porque suelen abusar de las novatas». Ella me llamaría por teléfono a los diez minutos de iniciado el turno para que el cliente comenzara a vestirse y en no más de cinco minutos abandonara la habitación. También quiso darme indicaciones sobre técnicas y prácticas, pero yo respondí con cierta suficiencia: «Estuve casada —bueno, casi—, no puede ser tan distinto». Ella se rió y acotó: «Una verdadera profesional. Buena suerte». Con el tiempo comprendí que mi respuesta fue pura ingenuidad de principiante, pero en ese momento me dio cierta seguridad y la creencia de que no estaba haciendo algo tan extraordinario. La novedad radicaba simplemente, por lo menos así lo creía yo en ese momento, en el breve intercambio de despedidas y dinero luego del encuentro sexual.

Hablan, hablan de nosotras como si supieran. Si tuvieran un solo día de práctica en el burdel, por lo menos podrían tener una idea, vaga, pero una idea, aunque sea una idea, porque una cosa es hablar y otra hacer... Si pusieran una cámara oculta y vieran como es esto, lo humano, incluyendo lo asqueroso y muy poco divino que ocurre aquí dentro todos los días, todas las tardes, todas las noches... Por eso hablo yo, para que se sepa, para dar testimonio, para dejar de ser hablada por otros y por otras, para tomar yo misma la palabra, no en nombre de nadie, sino en mi propio nombre, el que no digo por pudor, por vergüenza, porque no soy yo ésta que vive lo que cuenta.

Soy yo, no soy yo, soy ella, la gran fornicadora, la gran escuchadora, la gran contemporizadora, la gran víctima, la gran puta. No trato de defenderme, no me siento acosada, quiero pararme y gritar, gritarle a todos que esto es una gran mentira, una gran farsa, un gran teatro, escondido, callado, maltratado, tergiversado. Me paro y grito, grito bien fuerte, a los cuatro o cinco o seis o cien vientos, para que me escuchen, para que me vean, para que entiendan o empiecen a entender que éste es un mundo cerrado, violento, cruel, inmundo, dulce, tranquilo, humano, tolerante, insostenible, asqueroso. Todo a la vez, todo mezclado, lleno de matices.

El cliente de mi debut resultó ser muy comprensivo. Como no pude colocarle el preservativo, él me ayudó y al cabo de un cuarto de

hora me había ganado mis primeros cuarenta marcos. Era un viernes. El sábado ya tenía cuarto propio, organizado por mis nuevas amigas, que me cuidaban como a una hija, aunque no eran mayores que yo. Daniela me había recomendado que la llamara cada vez que entrara un cliente, de manera que, a los diez minutos sonaba el teléfono en mi habitación, yo le decía al cliente que era el *Chef* (de hecho era mi amiga) y él entonces comprendía que debía vestirse o bien pagarme otro turno para tener derecho tanto a quedarse como a dejar esperando a los que ya se amontonaban frente a mi puerta.

El lunes siguiente a mi debut me encontré con Estelita y le conté cómo había pasado el fin de semana. Ella abrió los ojos bien grandes y pidió una copa de vino tinto. Dijo que sin alcohol no iba a poder digerir semejante noticia. Además le entregué un sobre con mi recaudación de los primeros días. No era poco dinero y le pedí que se lo entregara a mi madre. Ideamos una mentira para la familia y nos prometimos que nuestro secreto no duraría más de lo absolutamente necesario (pero olvidamos especificar qué entendíamos por «absolutamente necesario»).

Todas mentimos. Les mentimos a los clientes, les mentimos a la familia, nos mentimos mutuamente, cada una se miente a sí misma. Muchas ahorran para ver a los hijos una vez al año. Les envían el dinero para que vengan de visita. Dejan de trabajar, alquilan una pieza, compran regalos para mandar con el chico de vuelta. Intentan jugar a la

mamá por quince días o tres semanas, ser de verdad ellas, pero no lo consiguen, porque eso también es una mentira, el lugar dónde viven, la actividad a la que dicen dedicarse, cómo se visten, con quiénes comparten su tiempo, todo es producido para la visita del hijo. Y cuando los chicos se van, pasan de un teatro a otro, tienen menos plata ahorrada y el corazón destrozado por la partida.

Con frecuencia ocurre que los hijos en edad de entender, comparar y demandar (el mío por suerte es todavía muy chiquito para eso) no tardan en pedirle a la madre que mande a buscarlo, pero no de visita sino para quedarse, porque si Alemania es tan maravillosa, ¿por qué entonces no puedo ir yo también, Mami? La madre le promete que sí, en el futuro, te lo aseguro. Y el futuro nunca llega, sobre todo porque el futuro, tanto como el presente, está construido sobre la mentira. Y mientras tanto, como el producto más tangible de la mentira y como reaseguro de que ésta siga funcionando, las mujeres que trabajan con mayor regularidad y gastan con menor, consiguen enviar entre 2000 y 3000 marcos mensuales a la familia de origen. Entonces el círculo de la mentira se cierra, se autoreproduce y se perpetúa.

Los días que siguieron a aquella primera partida de Estelita, que debía volver a Roma para tomar su vuelo a Buenos Aires, fueron los peores de mi vida. Me sentía sola, desvalida, abandonada. El ascenso había sido rápido. La caída probaba serlo aún más. Gastaba casi todo el

dinero que ganaba en llamadas telefónicas. Gastaba una fortuna en llamadas telefónicas. Hablaba tres, cuatro, cinco veces por día con mi hijo, como si estuviera a la vuelta de la esquina. Lo que sentía no era un bajón, una tristeza pasajera. Me sentía en el fondo de un pozo, al final de un abismo, rodeada de la más impenetrable oscuridad.

Perdida en la bruma de mi desesperación, de repente vi a un cliente parado frente a mí. El dijo algunas palabras que no entendí y dejó un dinero sobre la mesa de luz, junto a una colorida frutera llena de condones. Yo seguía paralizada, como si fuera una fotografía fuera de foco de mí misma. No podía atenderlo. Con mucho esfuerzo conseguí tomar el dinero y devolvérselo. Con un resto de energía le pedí que se fuera. Pero él interpretó mi actitud como un pedido de ayuda y ofreció pasar la noche conmigo, previo pago del importe correspondiente. Acepté su oferta más que nada por inercia, porque ni siquiera tenía fuerzas para negarme. Y entonces lloré y grité como una loca, preguntándome y preguntándole por qué, por qué yo, por qué motivo justamente a mí me tocaba pasar por eso, si había sido una buena chica, una buena madre, por qué demonios había ido a parar a ese lugar asqueroso.

Sin embargo, para una mujer que cree valer poco y nada, ganar dinero con su cuerpo no es poca cosa, encima ganando mucho más dinero del que ganaría de cualquier otra manera. Por supuesto que éste es un trabajo muy duro, física y emocionalmente extenuante, pero bien

pago, mejor pago que cualquier otro al que cualquiera de nosotras pueda aspirar. Y la paga, mientras el cuerpo y los nervios aguanten, compensa el esfuerzo, el desgaste y hasta el peligro que encierra meterse en un cuarto con un loco.

Nosotras no somos masoquistas, menos todavía inmorales, somos luchadoras que encontramos una alternativa. Muchas no la encuentran y así les va. No es mi intención hacer un llamado universal a dedicarse a la prostitución, entre otras cosas porque no cualquiera lo aguanta. Recuerdo el caso de aquella colega que no paraba de llorar todo el día porque tenía ataques de pánico cada vez que un hombre se paraba en la puerta de su habitación. La pobre se ponía a temblar como una hoja. Llegó a estar tan alterada que sólo se levantaba de la cama para salir a comprar tranquilizantes. Tuvimos que armarnos de coraje y llevarla entre dos al hospital. De ahí fue a parar al psiquiátrico porque encima de tener una flor de adicción, estaba embarazada y era sifilítica. Por suerte le tiramos la pelota a las asistentes sociales que se ocupan de nosotras y ellas continuaron ayudándola a salir adelante.

También recuerdo a aquella colega que enloqueció súbitamente pero en sentido contrario al de la que acabo de mencionar. A ésta se le daba por arrojarle encima de cuanto hombre se le cruzaba por el camino. Se había tomado el oficio verdaderamente a pecho. De repente, en plena calle, comenzaba a reírse estruendosamente y, lo que era todavía peor, se le daba por quitarse la ropa, hiciera frío o calor, estuviera o no en el burdel. Ni hablar del riesgo para las que un día, cuando ocurrió esto, la

acompañábamos al médico. La regla número uno para la sobrevivencia sin papeles es pasar desapercibido, confundiéndose en la masa de mortales con o sin papeles, lo que se dificulta considerablemente si una está en plena calle, en hora pico, con una mujer que ríe alegremente, pega saltitos de júbilo, gesticula ampulosamente y se quita la minifalda y la blusa en un santiamén. Aquel día, cuando conseguimos llegar al médico, no nos fue mejor: lo primero que hizo nuestra colega fue sentarse en la falda del galeno, papi de acá, papi de allá. Ahí mismo nos comunicamos telefónicamente con las chicas de la oficina donde ahora trabaja Gabriela, quienes, con la eficacia que las caracteriza, tomaron el toro por las astas y consiguieron que el estado alemán se hiciera cargo del tratamiento psiquiátrico urgente de esta pobre mujer alterada.

Por eso estoy convencida de que las que conseguimos dedicarnos a este oficio somos mujeres fuertes, aunque tampoco sea ésta la única manera de demostrar fortaleza y decisión: las que cruzan medio mundo para ganarse el pan limpiando casas ajenas, también son fuertes. Se las arreglan con lo poco que tienen, ahorran hasta el último centavo para comprarse el pasaje o se endeudan y eligen un lugar donde creen que hay suficiente dinero que les compense el esfuerzo, el miedo, el desarraigo, la separación de sus hijos y las dificultades que inevitablemente tendrán que afrontar. Recuerdo el caso de una mujer que pasó cuatro meses durmiendo a la intemperie hasta que consiguió suficientes casas que limpiar como para pagarse un modesto alquiler. Ella había venido a Frankfurt mientras que el marido optó por probar suerte en España. Los tres hijos de la pareja quedaron al cuidado de las abuelas en Colombia.

La mujer ganaba más dinero en Frankfurt que su marido en Mallorca, pero como es más sencillo regularizar la residencia en España, suele valer la pena jugar a dos puntas. De hecho no son pocas las familias que lo hacen. Y este caso probó ser la estrategia correcta, porque el marido finalmente consiguió papeles en España y comenzó a reunir a los suyos allí: a su mujer y a sus hijos, a las abuelas e incluso a uno o dos sobrinos.

No son pocas las mujeres que se juegan la vida al decidir migrar o corren el riesgo de perder a sus hijos. Las deportadas colombianas, por ejemplo, cuando llegan a Bogotá con el pasaporte sellado con la expulsión a menudo son detenidas. Y en Colombia uno sabe cuándo entra a la cárcel pero no sabe cuándo ni cómo sale. Si es que sale. Cómo será la diferencia con las cárceles alemanas, que un año de condena allá se computa como dos años de cárcel aquí.

Una colega ecuatoriana me contó que en su país se está discutiendo una nueva ley para sancionar a las madres que se van a trabajar a Europa, otorgándoles la patria potestad a los padres que permanecen en el país, aunque no siempre cuidando a sus hijos: otras mujeres de la familia suelen encargarse de esa tarea. Lo más absurdo del asunto es que las madres emigran precisamente para poder alimentar a sus hijos. En Europa hay más trabajo para las mujeres que para los varones en los diferentes rubros del sector servicios. El calor maternal y la cercanía física también son formas de alimento, pero no satisfacen cuando hay hambre y a la larga no alcanzan para sobrevivir.

Al día siguiente de mi primera gran crisis en el burdel me desperté más tranquila y comprendí, o conseguí autoconvencerme de que poco a poco habría de acostumbrarme. Lo peor, lo más difícil es el principio, me repetía una y otra vez. Con todo, el recuerdo que tengo de aquellos días tortuosos, confusos, oscuros, traumáticos es muy borroso. Incluso mi primer cliente, aquel señor tan amable que aceptó ponerse el condón solito, parece que luego volvió varias veces a buscarme, según comentaron en más de una oportunidad mis colegas, pero yo nunca he podido recordar su cara. Sé que ese hombre existió, pero tengo sus rasgos borrados de la memoria. Sé qué pasó aquella primera noche, puedo contar la historia de cómo caí en esto, pero en cierta forma es siempre como si le hubiera pasado a otra, no a mí, sino a ésa que actúa de manera tan convincente su papel de prostituta.

Gabriela me contó el caso de una mujer que vino a Alemania creyendo que la esperaba un puesto de ayudante de cocina y terminó metida en un burdel trabajando a punta de cañón. La institución de Gabi la ayudó a salir del burdel y de Alemania, haciendo previamente una denuncia como víctima de tráfico de mujeres. Ahora, la mujer debía volver a Alemania para atestiguar en el juicio contra los que la engañaron, y quería venirse con sus dos hijos. El padre de los chicos hacía tres años que estaba perdido en Europa. Ella incluso le había iniciado una demanda por alimentos, pero no había tenido respuesta favorable porque el tipo era virtualmente inhallable. La cuestión es que cuando la

mujer llegó al aeropuerto para viajar a Alemania, a dar testimonio en el juicio por tráfico de mujeres, y a pedir asilo político, las autoridades colombianas no la dejaron salir del país con sus hijos porque le faltaba una autorización del padre de familia. Que el tipo estuviera borrado de la faz de la tierra, que en tres años no hubiese mandado ni un solo peso o dólar o libra para que coman sus hijos, no importa, porque un padre es un padre. Es interesante ver a quiénes defiende el estado y a quiénes, en nombre de la ley, no deja de perseguir.

De modo que lo peor para mí, la etapa inicial, ya había pasado y yo no perdía la integridad ni la salud mental en el ejercicio del trabajo. Poco a poco me fui acomodando, fui aprendiendo a moverme en este medio que dejaba lentamente de ser tan extraño. Y en el camino me encontraba con mujeres solidarias que me prestaban su ayuda a cambio de nada, «hoy por ti, mañana por mí». De manera bastante natural se iba abriendo el camino y yo me desplazaba hacia adelante, al principio con mucho temor y luego más segura de mí misma, pisando más firme, convenciéndome de que después de todo no estaba tan mal lo que estaba haciendo.

En el curso de ese lento proceso de adaptación, en algún momento sentí la necesidad de salir del burdel. Ya no toleraba pasarme las 24 horas del día en ese lugar, entre otras cosas porque allí siempre hay movimiento y no es fácil conciliar el sueño y mantenerlo sin interrupciones. Al

Claudia Minoliti

mismo tiempo aprendía a manejarme con cierta desenvoltura en la ciudad y ya no me daba tanto miedo salir a la calle. Estoy segura de que a más de uno le parecerá una locura, pero la verdad es que durante mis primeros meses en Frankfurt no había ningún sitio donde me sintiera más segura que en el burdel, mi lugar de trabajo y también mi casa, donde estaban amigas, donde me sentía acompañada, donde recibía ayuda, donde ganaba mi sustento y el de mi familia en Buenos Aires.

Los que demonizan la prostitución tienen una visión simplista y unidimensional de ella. En cambio, yo creo que uno de los rasgos propios del puterío es la altísima ambivalencia que vivimos las que nos dedicamos a él, por lo menos nosotras, las extranjeras ilegales. Para nosotras, en mayor o menor medida, la prostitución es a la vez una forma de esclavitud, pero también de relativa liberación. A la amplia mayoría de nosotras, las latinas, la prostitución nos ha dado por primera vez en la vida un respiro económico: dinero no sólo suficiente para comer, sino también para comprarnos ropa, darnos algún gusto, tener un buen reloj, tomar taxis en lugar de colectivos, tranvías o trenes, y también, hay que decirlo, para el despilfarro o para costear algún vicio. Como los futbolistas o los boxeadores que se hacen ricos de la noche a la mañana, no faltan las putas que no tienen disciplina cuando empiezan a ver tanto dinero corriendo por sus manos.

Es cierto que la prostitución es una actividad ocasionalmente nauseabunda, pero sin embargo también tiene una faceta humana y hasta so-

cial. Quién sabe qué sería de la vida de muchísimos hombres si nosotras no existiéramos. No es que a mí me preocupe particularmente esta dimensión del asunto, pero está presente y todas las que nos dedicamos a esto no podemos ni queremos dejar de reconocerla. Algunos clientes, aunque cueste creerlo, sólo nos tienen a nosotras y nos cuidan, incluso tratan de evitar que nos enteremos si utilizan los servicios de otra mujer. Otros, quién sabe las bestialidades que harían en la calle o en la casa si no tuvieran la oportunidad de llevar a la práctica sus fantasías sexuales en el espacio contenido del burdel. ¿Cuántos matrimonios siguen funcionando porque los maridos nos tienen a nosotras como válvula de escape? Por todo esto es que no entiendo por qué provoca tanto rechazo que cobremos por jugar al sexo. En la vida afuera del burdel se paga sin chistar por recibir ciertos servicios: el médico cobra, el abogado cobra, la empleada doméstica cobra, la *top model* también cobra. Y cómo.

Mientras escribo estas líneas desde un barcito sobre la calle Taunus, veo cómo dos policías, uno de ellos con un papel en la mano, tocan insistentemente uno de los timbres del edificio de enfrente. Seguro que buscan a alguien para echarlo, quizá a alguna de nosotras. Yo tengo suerte de no vivir en uno de los edificios marcados, donde cada día que pasa hay más controles policiales y subsiguientes deportaciones. El problema es que para nosotros, los ilegales, es muy difícil encontrar dónde vivir. Los alemanes, o los extranjeros con papeles, en general no quieren meterse en líos con la policía ni con la extranjería, de manera

Claudia Minoliti

que los ilegales terminan amuchándose: seis o siete en una pieza de dos por dos, en lugares donde todo el mundo sabe, la policía también, que viven sin papeles.

La viejita que me hospeda es propietaria de una casa en Kelsterbach, una estación después del aeropuerto en el tren que viene de Frankfurt, donde viven cientos de empleados de Lufthansa. Ella nunca ha tenido ningún inconveniente en contar cuentos sobre mí: que soy una sobrina lejana nacida en la Argentina, que vine a estudiar alemán y a hacerle un poco de compañía «porque mis hijos ni se acuerdan de que tienen una madre». Le pago 800 marcos mensuales por una habitación en el altillo y ella no hace preguntas sobre mis actividades en Frankfurt. De todas maneras nos vemos poco y nada: cuando llego a casa ella normalmente ya está dormida frente al televisor todavía funcionando, sentada en un sillón individual, ubicado entre una lámpara de pie y una botella de vodka semivacía.

En los clientes también puede percibirse un alto grado de ambivalencia. No todos son unos cerdos que quieren aprovecharse de nosotras. Es más, los cerdos ni siquiera son la mayoría y afuera del burdel también abundan. No hace falta más que pensar en los maridos

golpeadores o en los padres abusadores de sus hijos. Buena parte de los hombres que vienen a buscarnos lo hacen con reticencias, con miedo, con muchas contradicciones. Algunos, como dije antes, tratan quizás de compensar la culpa que les provoca pagarle a una mujer por su cuerpo, procurando salvarla, alejándola de ese mundo de «vicio y degradación moral». Estoy convencida de que hay muchos hombres que quisieran tener suficiente fuerza de voluntad para evitar acercarse al burdel, pero no lo consiguen y vuelven a nosotras seguramente porque aquí encuentran aquello que en la «vida real», cómo si esto no lo fuera, se les niega. Demonizar a los hombres que pagan por 15 o 20 minutos de sexo fingido tampoco ayuda a entender por qué lo hacen y qué función cumple este lugar y cumplimos nosotras.

A mi modo de ver, el burdel no es más que el reflejo del mundo de afuera. Separarlo, exotizarlo, demonizarlo no contribuye a comprenderlo. En el burdel ocurre lo mismo que ahí afuera, aunque quizá de manera más evidente, más extrema, más vulgar, más descarnada, con menos disimulo y menos farsa, a pesar de que nosotras mismas no hagamos otra cosa que actuar el papel de la puta en este teatro. Mostrar esas pequeñas y grandes miserias humanas como parte de la vida misma puede llegar a producir un gran rechazo en todos aquéllos que prefieren recortar y aislar: los criminales en la cárcel, los locos en el manicomio, los pobres en las villas, los extranjeros de vuelta en sus países, para seguir creyendo que es posible inventarse un mundo limpio, puro y

Claudia Minoliti

sin contradicciones, un mundo pulcro y sin fisuras, un paraíso terrenal que no existe ni existirá jamás.

Con el alquiler de mi habitación en Kelsterbach comencé a tener un ritmo de trabajo menos alienante y la certeza de que el mundo no se agota en el burdel. No suelo trabajar turnos estrictos, en horarios prefijados. Hay mujeres, en cambio, que son muy disciplinadas, sobre todo las casadas, que trabajan durante el día, cuando el marido está en la fábrica o en la oficina. Yo siempre he tratado de trabajar lo máximo posible, todo lo que me aguante el cuerpo, pero sin llegar a saturarme. Cuando sólo tenía mi habitación en el burdel, era más difícil tomar la decisión de cerrar la puerta y recostarme a dormir, sabiendo que había unos cuantos afuera dispuestos a pagarme por los servicios prestados. Pero desde que alquilé mi habitación en Kelsterbach, ya no es tan complicado ponerle un límite al trabajo. Cuando no doy más, simplemente cierro la puerta de mi cuarto o lo subalquilo si hay alguna mujer interesada, y me voy para casa, a darme una baño de inmersión y a descansar. Como medida profiláctica, últimamente también suelo desaparecer, como muchas de mis colegas, entre las 6 y las 8 de la noche porque son las horas en las que se vienen las razzias, por lo menos más frecuentemente que en otros momentos del día o de la noche.

A propósito, estas últimas semanas la policía parece estar más calmada. Han hecho un par de razzias cada tanto y luego dejaron a todas las

mujeres en libertad. Algunas de las chicas dicen que es por la presión de las organizaciones que nos defienden, como la de Gabriela. Yo prefiero no hacerme ilusiones de que haya cambios para mejor.

Algunos de los que hablan de nosotras como si supieran lo que dicen, disertan sobre la banalización de la sexualidad en el burdel. Sin embargo esto tiene muy poco que ver con la sexualidad, por lo menos para nosotras. Esto no es más que un juego por plata.

Yo hace mucho tiempo que no estoy con un hombre... quiero decir: estar de verdad, en cuerpo y alma, yo, no mi personaje. En general todas tenemos una vida sexual muy pobre, por no decir nula. Sin embargo, no pocas mujeres tienen uno o dos «amigos», esa manera ambigua de llamar a algún cliente que se destaque por su perseverancia, su fidelidad o su generosidad. Y hasta quizá se sientan atraídas por alguno de ellos, los que no pagan sino «me ayudan».

A veces me pregunto si alguna de nosotras gozará en la cama con amigo o cliente incluido. Sinceramente yo no puedo, incluso si el tipo me resulta atractivo. Hay muchos que lo son. Si el hombre me gusta, el trabajo es más sencillo y llevadero, porque por lo menos evito el asco, pero nunca puedo dejar de actuar mi papel, en el que, como dije, no cabe el goce sexual.

También me intriga la cuestión de cómo será la sexualidad cuando ya no trabaje en esto. ¿Podré volver a la normalidad? ¿Habrà «normalidad»

Claudia Minoliti

después de esto? ¿Podré olvidar todo lo que vi, toqué, chupé, olí? ¿O cada vez que esté «de verdad» con un hombre voy a tener imágenes de otros hombres cruzándome por la cabeza involuntariamente? Nosotras hablamos tan poco de esto que no es extraño que no sepamos qué ocurre con el propio cuerpo cuando se lo recupera, al dejar de utilizarlo como simple instrumento de trabajo.

Si del futuro no se habla, del pasado tampoco. Las que estamos en este lugar somos puro presente. Todas sabemos que venimos de una historia dolorosa. Casi todas dejamos hijos atrás, lo peor de todo esto, sin ninguna duda: la culpa, el dolor intenso en el centro del pecho, la nostalgia, el remordimiento por no haberme ocupado de ellos lo suficiente, la pena por haberlos castigado más de la cuenta, el temor de que sufran el abandono, que no puedan olvidarlo y vayan a reprochármelo en el futuro, el miedo tenaz a que se enteren en qué anduvo su madre mientras creían que ganaba dinero «decentemente» en Europa. Mejor entonces no escarbar.

Una de las reglas no escritas de este trabajo es mantener siempre la jovialidad y la simpatía. Por eso tratamos de proteger el buen talante con el silencio, la música, la tele o la charla superficial. Pero en algún momento reventamos. A todas nos pasa. Acumulamos tristeza o rabia hasta el día que no damos más y lloramos, lloramos mucho, preferentemente lejos del burdel, porque en el burdel no hay espacio para lágrimas.

Si hay buen trabajo, en días de feria, por ejemplo, las que hacen el turno noche prácticamente no duermen, especialmente los viernes y los sábados. A veces hacen una siesta a las cuatro o cinco de la mañana y luego siguen trabajando hasta que se les acaba el turno. Muchas mujeres, para gastar menos o porque no tienen alternativa, alquilan algo así como «turnos de colchones» en departamentos donde normalmente viven ilegales, de manera que más de una persona ocupa la misma cama alternativamente: cuando una trabaja, la otra duerme. En ocasiones ocurre que el mismo administrador del burdel tiene departamentos donde viven «sus chicas», aunque de hecho no medie relación de dependencia entre ellos, de manera que el negocio es para él redondo. Por fortuna yo no he tenido que apelar a este método. La viejita de Kelsterbach me da la oportunidad de dormir en mi propia habitación cuando no estoy trabajando, en mi propia cama, con mis propias sábanas. Todo un lujo. Más que un lujo, yo lo considero una inversión, porque si no pudiera dormir tranquila, sin nadie que me moleste o me dé charla cuando no quiero o ponga una cumbia a todo lo que da, seguramente tendría muchas menos energías para trabajar la cantidad impresionante de horas que trabajo, todos los días de la semana, incluidos los sábados, domingos y feriados.

El calor agobiante (es casi un veranito caribeño en Frankfurt) y el campeonato europeo de fútbol disminuyen notablemente la concurrencia masculina a nuestras casas. Aparece un cliente cada tanto, mira y

sigue de largo. Y como aquí reina la ley de la oferta y la demanda, por lo menos si es para afectarnos a nosotras, consecuentemente bajan los precios.

Pero yo no me regalo. Antes que trabajar por un plato de lentejas, aprovecho y sigo escribiendo. Ahora que contemplo la alternativa de producir un *bestseller*, no dejo de fantasear con la posibilidad de hacerme rica y famosa. En más de una oportunidad me imagino dando discursos en eventos literarios o respondiendo preguntas en algún *talk-show*. Todos están sumamente interesados en descubrir si mi novela es autobiográfica y yo respondo con evasivas y me sonrojo: «En cierta medida sí, todo lo que uno escribe es en cierta forma autobiográfico». Los entrevistadores y los críticos insisten en remarcar que el realismo de mis páginas sólo puede ser el producto de la transcripción fidedigna de lo experimentado en carne propia. Yo respondo que, en efecto, al hablar de la prostitución nada mejor que hacer referencia a la carne propia, pero también, por qué no, a la carne ajena, en fin, a la carne en general que nada tiene que ver con la carne de vaca loca o con aftosa. Ellos ríen, yo también, y todos somos muy felices y comemos perdices. Porque carne vacuna, no conviene.

En mis fantasías dispongo de suficiente dinero proveniente de los derechos de autor sobre mis libros (ya escribí varios, incluyendo uno que versa sobre los avatares de la vida después del burdel), suficiente dinero como para vivir sin privaciones por el resto de mis días. El futuro de mi hijo está asegurado y mis padres finalmente han podido abandonar el conventillo de la avenida Rivadavia. Yo viajo incansablemente dando charlas y conferencias sobre el derrotero de las mujeres latinoa-

americanas en Europa. Además, ya he vendido los derechos de mi *opera prima* a un gran estudio de Hollywood y en breve mi historia será plasmada en una película de alto voltaje erótico. Por una cuestión presupuestaria y de *marketing* la acción será adaptada a la ciudad de Los Angeles. La protagonista no podrá ser otra que Penélope Cruz, quién sólo tendrá que trabajar un poquito el acento, aunque si en un dos por tres hace de mexicana, no veo por qué no va a poder hacer de argentina. De todos modos, también por razones de comercialización, la película será rodada en inglés, de manera que la protagonista deberá lograr un acento italo-americano, mechando cada tanto algún «che» o algún «boludo», como los personajes porteños de Vázquez Montalbán en el *Quinteto de Buenos Aires*. De esa manera lograremos un inconfundible color local.

No obstante, oportunamente me distanciaré del producto terminado, porque, a pesar de haber trabajado yo misma en la adaptación cinematográfica, la película nunca podrá transmitir el verdadero espíritu de la palabra escrita.

Mientras tanto, todos somos muy felices: mis padres, por primera vez celebrando a la hija pródiga, mi hijo, chocho de la vida porque no le falta nada, tampoco su mamá, y yo misma, encerrada en la torre de marfil de la escritura, sin necesidad de tener que ocuparme de carnes ajenas. Y propias casi tampoco porque tengo unas cuantos empleados que se ocupan fielmente de mí. Incluso mi amiga Estelita no perdió la oportunidad de subirse al carro de mi éxito, se convirtió en mi *manager*, y abandonó Aerolíneas Argentinas, antes de que Iberia la fundiera, lo que significa que voy a tener que apurarme en producir mi *bestseller*. Ella

fue, no podía ser de otro modo, quién tuvo antes que nadie acceso a mi manuscrito y quien vio no sólo un interés literario sino también comercial en sus páginas. Un día, de paso por Frankfurt, me conminó a que se lo entregara y como no lo hice, me lo robó del bolso. Yo siempre lo llevaba auestas por miedo de extraviarlo en una razzia. Ella misma lo pasó en limpio y lo envió a un importante concurso literario. Por supuesto lo gané y me hice famosa enseguida, colgué los hábitos, porque el hábito no hace al monje, e ingresé de inmediato al paraíso.

¿Cuánto cobra, mamita...? ¿O la interrumpo?

La relación con mis colegas es lo más cercano a la amistad que he podido desarrollar en Frankfurt, y esto es así porque no quiero, nunca quise, echar raíces en este lugar. Llegué casualmente, casualmente aterricé en un burdel y del mismo modo terminaré yéndome. No quiero que quede nada mío aquí. Tampoco quiero llevarme nada más que dinero.

Por eso, seguramente, tampoco puedo enamorarme. Él apareció en mi vida en el burdel, como casi todo desde que estoy en Frankfurt. Es un lindo tipo: periodista, separado, sin hijos, de 51 años. Vive en Offenbach, una pequeña ciudad cercana a Frankfurt. Quiere casarse conmigo, aunque no creo que lo anime un espíritu redentor. Sólo desea retenerme. Por mi parte, debo confesar que nunca he estado tan cerca de casarme, nunca en la vida, ni siquiera con el padre de mi hijo, cuando

era una chica «normal». Pero no voy a hacerlo. El lo sabe, aunque no pierde las esperanzas de convencerme. Yo sólo quiero, en algún momento, volver a Buenos Aires, a mi hijo, a mi vida de antes, pero con algún peso en el bolsillo. Él es y seguirá siendo un cliente.

Cuando estoy con él, como ahora, en el balcón de su casa escribiendo mi historia, soy sin duda una versión más auténtica de mí misma que cuando estoy en el teatro del burdel, pero de todos modos, sigo siendo más ella que yo. Él, mi amante, ni siquiera sabe cuál es mi nombre verdadero. No sabe casi nada de mí, sólo sabe que tengo un hijo porque un día olvidé esconder a tiempo una foto que me había traído Estelita, para borrar tan eficazmente como fuera posible las huellas de mi historia frente a él. Y como Federico es idéntico a mí, no pude ocultarle la verdad. Pero sí le pedí que no siguiera indagando, que no metiera a mi hijo en la escenografía del burdel. Hay mujeres que, como un ejecutivo sobre su pomposo escritorio, tienen fotos de sus hijos en la mesita de luz junto a la cama donde trabajan. Yo no entiendo cómo no les da vergüenza.

Hoy me toca hacer de niñera. Una colega en apuros económicos me pidió encarecidamente que le prestara el cuarto y le cuidara al hijo de 8 años recién cumplidos. Ahora, mientras él mira los dibujitos animados en alemán y come pan con Nutella, yo aprovecho el tiempo para avanzar un poquito en mi *bestseller*, porque hace bastante que no consigo sentarme a escribir. Poca razzia y mucha feria equivale a

mucho cliente y poca escritura. El nene no está yendo a la escuela. Su madre no consigue a dónde mandarlo y está desesperada. Una excolega y flamante madre suele cuidarlo, pero estos días no puede porque el bebé parece que tiene una erupción. El chico pasa todo el tiempo mirando la tele o jugando con el Nintendo.

Mandar a los chicos sin papeles a la escuela en este país es complicadísimo. A diferencia de lo que ocurre en otros países europeos, como España o Italia, donde los chicos deben ir a la escuela, tengan o no tengan sus papeles en regla, en Alemania, aunque hay obligación de asistencia escolar hasta los 16 años, ésta sólo se efectiviza en el caso de los sin papeles si los maestros y los directores tienen buena voluntad y hacen de cuenta que no ven el permiso de residencia inexistente. Pero esto es complicado y riesgoso, y muchos temen estar cometiendo un delito, por eso hay tantos que se hacen los suecos, como dice mi colega cubana. Uno de los riesgos más grandes de aceptar alumnos indocumentados es producto de la falta de seguro médico: si alguno de estos chicos tiene un accidente en la escuela, compromete seriamente al establecimiento escolar y a su director.

Las chicas se preguntan cómo puedo ser tan tonta de desperdiciar un hombre así. Yo, a decir verdad, a veces pienso que tal vez efectivamente sea una estupidez desperdiciarlo, pero un hombre, un alemán, no entra en mi proyecto de vida ahora y no quiero volver a alterar mi

rumbo porque sí; porque a alguien se le ocurrió llevarme a algún sitio inesperado, como Estela cuando me regaló el pasaje a Roma o me trajo a Frankfurt, o como Daniela, la mulata que me inició en la vida del burdel.

No voy a decir que él no es una gran tentación. Ahora mismo escribo sentada a una pequeña mesa redonda y blanca que él tiene en el balcón del contrafrente de su hermoso departamento en Offenbach. Es una tarde de verano preciosa. Hace calor, aunque no agobiante, el sol brilla, pero todavía no da de lleno sobre mí. Unos árboles hermosos, de copas frondosas de un verde intenso rodean el balcón. A mi derecha, un roble viejísimo e inmenso da sombra sobre casi toda la superficie del jardín de la vecina de abajo. A mi izquierda, detrás del amplio ventanal de marcos blancos, se abre un escritorio con las paredes cubiertas de estantes repletos de libros. Delante mío veo elevarse los aviones que despegan, uno tras otro, del aeropuerto de Frankfurt. Sólo el canto de los pájaros y el rugir de las turbinas quiebran la pasmosa tranquilidad del barrio. Podría elegir vivir en este paraíso, pero me resisto. Prefiero seguir pensando que pronto, muy pronto, estaré en uno de esos aviones que pasan tan cerca mío ahora. Y será para no volver.

El trabajo va mucho mejor. En el verano normalmente baja la demanda, pero como ya estaba de capa caída antes de que comenzaran los calores, ahora se nota un cierto repunte. Debió de haber terminado el campeonato de fútbol. El ambiente es más relajado y ale-

gre. No somos muchas las que estamos activas, pero ya se percibe que unas cuantas vuelven al ruedo luego de la pausa veraniega.

La principal diferencia con la etapa anterior es que disminuyeron las razzias. ¿Habr  cambiado la política contra nosotras o la merma en los controles es simplemente producto de que los policías est n disfrutando de sus merecidas vacaciones? Mientras tanto, aprovecho la tranquilidad reinante y la buena racha. De más está decir que no soy la única que aprovecha: hace unos días llegó a la casa una señora de unos 70 años. Si no los tiene, los aparenta. Es bajita y rellenita, y tiene el cabello completamente cano. Si uno la viera tejiendo al *crochet* sentada frente al televisor en la cocina de su casa, le parecería una abuelita de lo más normal.  Pero acá? Sin embargo, las únicas que parecemos sorprendernos somos nosotras, la competencia, porque la verdad es que a la señora, la *Omi*, como la llamamos, los clientes no le faltan.

El tema de la cobertura m dica también es uno de los más difíciles de resolver para los sin papeles. En Alemania no hay hospitales públicos, pero todos, alemanes o extranjeros con papeles, tienen su tarjeta del seguro médico, que les permite sacar un turno en el consultorio médico u odontológico que elijan, para hacerse atender con el profesional que deseen. Sólo nosotros, los sin papeles, no tenemos dónde caernos muertos, salvo que paguemos de nuestro bolsillo. Las que trabajamos en este negocio podemos darnos ciertos lujos

hipocondríacos, pero los otros, los que ganan menos dinero que nosotras, directamente no tienen derecho a enfermarse. Por suerte, sabiendo buscar, se encuentran algunos médicos que atienden sin cargo, pero son pocos, no dan abasto y hay que conocerlos, lo que sólo se consigue a través de organizaciones como la de Gabi, que transmiten este tipo de información, casi confidencial.

En caso de enfermedades graves o accidentes en los que la persona corre riesgos de perder la vida, los hospitales están obligados a proporcionar el tratamiento adecuado. Teóricamente los gastos son luego cubiertos por el servicio social municipal, pero este trámite dista de ser sencillo, entre otras cosas porque existe una tendencia muy marcada a sacarse el caso conflictivo de encima. Los hospitales, por ejemplo, como a menudo no reciben remuneración por los servicios prestados, cuando les cae un ilegal tratan de derivarlo. Gabriela me contó que ella normalmente consigue que bienestar social se haga cargo de los gastos, pero debe efectuar ella misma las gestiones correspondientes en nombre del enfermo, porque si no, difícilmente funciona el embrollo burocrático que los mismos empleados administrativos encargados de las cobranzas en los hospitales desconocen.

Lo que sí sucede más frecuentemente de lo que uno cree es que el hospital convoca a la policía, y ésta revisa el pasaporte del enfermo, lo retiene y lo envía a la extranjería, lo que significa que al ser dado de alta, el enfermo «ilegal» deberá pasar por la extranjería munido de un pasaje de vuelta a su tierra natal. Paralelamente corre el proceso de expulsión y el registro en las computadoras del pulpo estatal alemán, y en el futuro,

también del europeo. Hace poco tiempo ocurrió el absurdo de que una colombiana colega nuestra llegó medio muerta al hospital para ser operada de urgencia de una peritonitis que si no la habría matado en pocas horas. Las amigas, también ilegales, que la llevamos al hospital en contra de su propio deseo, fuimos perseguidas telefónicamente por el departamento de cobranzas de la clínica para que nos hiciéramos cargo de la cuenta de casi 10000 marcos que había producido la operación y la internación subsiguiente. Nosotras dijimos que no teníamos con qué pagar esa suma de dinero y nos comunicamos inmediatamente con Gabriela, quien, a su vez, se comunicó con el hospital y les explicó que ella se ocuparía de efectuar los trámites correspondientes para que la oficina de bienestar social se hiciera cargo del pago.

Sin embargo, algún suspicaz empleado del hospital prefirió convocar a la policía. La policía se hizo presente, interrogó a la convaleciente cuando todavía no había salido de la anestesia, controló y retuvo su pasaporte, pero nadie se comunicó con Gabriela cuando la mujer fue dada de alta. De todas maneras, para probar que era posible concluir el trámite sin necesidad de apelar al poder represivo, Gabriela acompañó a la mujer a bienestar social y la cuenta del hospital fue debidamente pagada.

En forma paralela, como consecuencia de que la policía había informado a la extranjería, la mujer fue expulsada de Alemania, con un gordo sello en el pasaporte que no dejaba dudas de su «infracción», tampoco frente a los funcionarios policiales colombianos, quienes, como ocurre con frecuencia, la detuvieron en el aeropuerto de Bogotá. ¿Para qué entonces salvarle la vida en Alemania, pagando una succulenta cuenta de

hospital con dinero que sale de los impuestos que pagamos todos, si después se la despacha a un sitio donde la vida no vale nada, donde uno sabe cuándo entra pero no si sale?

No cabe duda: los dos o tres meses de relativa tranquilidad que venimos de tener se debieron al así llamado *Sommerloch* o «agujero del verano»: demasiados policías y funcionarios idóneos disfrutando de sus merecidas vacaciones. No pocos de ellos revolcándose a buen precio con más de una deportada en el Caribe o en Tailandia, y consecuentemente menos capacidad logística para orquestar razzias y deportaciones. Pero ya hay de nuevo mar de fondo. Circulan rumores de nuevos controles policiales.

Si empiezo con las contradicciones del Estado alemán, no termino más. Me contó Gabriela que la institución donde trabaja, de hecho un par de oficinas cerca de la universidad, modestamente amuebladas y con una circulación ininterrumpida de mujeres latinoamericanas y de otras regiones «poco favorecidas» de este mundo, recibe subsidios del gobierno municipal y del ministerio de bienestar social. Por supuesto todo el mundo sabe que gran parte de la clientela de esta institución está compuesta por mujeres sin papeles. Mientras tanto, el mismo gobierno deporta «ilegales» luego de las razzias en los burdeles, en las obras en

construcción llenas de obreros polacos sin permiso de residencia ni de trabajo, en restaurantes, donde más de un mozo o lavacopas tampoco «debería» estar allí, o simplemente luego de los cada vez más frecuentes controles callejeros: si sos morocho, negro, mulato o mestizo, sonaste, seguro que en algún momento te piden el pasaporte. En ese aspecto, los que tenemos la «fortuna» de haber nacido blancos, porque somos el azaroso producto de los europeos muertos de hambre que en su momento tuvieron que emigrar a América para sobrevivir, en Europa corremos con ventaja. El mismo gobierno que manda de vuelta aviones llenos de colombianos que no pasan el control de migraciones en el aeropuerto de Frankfurt, subvenciona no sólo una institución como la de Gabriela sino, por ejemplo, una oficina de salud estatal con asistente social y ginecóloga hispano parlantes para atender gratuitamente a las prostitutas latinas, la amplia mayoría de las cuales, todo el mundo sabe, no tienen permiso de residencia.

Gabriela conversa con una mujer semidesnuda parada en el vano de su puerta cuando se le acerca por la espalda un hombre risueño y menudo, juega brevemente con su trenza, intenta hacerse el seductor dándole pequeños tironcitos y sonriendo con cara de buen tipo. Es un portugués que parece tener intenciones de casarse con una colombiana pero no gana lo suficiente como para mantenerla, condición necesaria para que la eventual flamante esposa reciba su ansiado permiso de residencia en Alemania. Para protegerse de ese tipo de avances masculinos,

que tanto le molestan, como enseguida le hizo saber al portugués, es que Gabriela suele hacer sus recorridas por las casas en compañía de alguna otra mujer, a menudo la asistente social de la oficina de salud, una alemana rubia, alta, flaca, simpática y desgarbada, vestida siempre de negro, que habla un español quebrado y gracioso, sobre todo cuando se la escucha repetir siempre los mismos errores: «en la clínica hay una *ginecológica* que habla español», y entonces Gabi la mira desde abajo, le sonríe y murmura: «ginecóloga». La alemana se sonroja, enciende otro cigarrillo y responde con su voz grave de fumadora empedernida que nunca va a poder aprender este idioma, «mi amog».

Mientras ofrecen información sobre sus respectivos servicios anónimos y gratuitos, entregan preservativos. Es gracioso comprobar cómo algunas de las mujeres los reciben con una sonrisa incómoda y hasta se ponen coloradas, como si la entrega del preservativo fuera la prueba fehaciente de que se dedican a esto. El hecho de que los reciben estando prácticamente desnudas o de que tengan la habitación a sus espaldas empapelada con fotos de mujeres mirando lascivamente a la cámara mientras lamen erectos miembros masculinos, parecería formar parte de otra historia y no de la que ellas protagonizan cada día.

Pero no todas sienten vergüenza: cuando Gabriela se acerca a mi colega de enfrente y le extiende un volante acompañado de tres o cuatro «gomas» como las llaman las colombianas, la chica le contesta: «Ay, mami, que tengo un paquete de mil».

Ahora, mientras escribo, se acerca una dominicana que muy suelta de cuerpo anuncia: «¡Ay, mi Dios! A éste no se le para ni el reloj». Es cierto, algunos clientes deben creer que hacemos milagros.

Noche de razzia, desde las diez hasta las tres de la mañana. Buena cantidad de horas extras habrán podido pasar las ricuras que vinieron a controlarnos. Alguna vez tenía que tocarme. Cuarenta o cincuenta policías, varones y mujeres, desparramándose cual plaga en el burdel, pateando puertas cerradas y gritando que las abramos. Yo estaba con un cliente que se apuró a subirse los pantalones y se olvidó la corbata entre las sábanas. Yo, en cambio, no me puse nerviosa. Más bien me lo tomé con resignación. Pero había mujeres que estaban como locas, sobre todo aquellas para las que una deportación significa la ruina económica, todavía más que antes de venirse para acá, porque hace poco que llegaron y todavía no han tenido oportunidad de amortizar los costos del viaje.

La colega cubana, jinetera liberada, como ella misma se define, gritaba entre sollozos: «Me hicieron la vida un yogur». Para las casadas, a pesar del permiso de residencia, las razzias también pueden generar grandes complicaciones. De hecho, las extranjeras casadas con alemanes son las primeras en salir disparando cuando cae la policía. Ellas tienen permiso de residencia, pero muchas lo tienen acompañado de un sello que sólo autoriza el trabajo en relación de dependencia. Si la policía las pesca sueltas de ropas, normalmente no son deportadas, pero quedan fichadas

e incluso comentan que les envían una carta al marido, del tipo: «¿Sabe a qué se dedica su señora mientras usted está confiado detrás del escritorio de su oficina creyendo que su mujer extranjera está abocada a las tareas del hogar?» Si el mismo caballero en lugar de estar sentado detrás de su escritorio, se encuentra revocándose con otra prostituta, con o sin papeles, poco importa.

Incluso si el marido acepta que su esposa se dedique a esta actividad, no pocas mujeres casadas tienen problemas con la extranjería por el hecho de trabajar en la prostitución. Si bien la prostitución es legal en Alemania, existe una cierta tendencia a considerar que si una mujer extranjera está casada con un alemán y trabaja en la prostitución, el matrimonio tiene que ser por papeles. Lo cual, naturalmente, es ilegal y debe ser debidamente reprimido.

A las europeas no suele irles mejor en las razzias, aunque teóricamente por el principio de generosidad dentro de la comunidad, no deberían tener tantas complicaciones. La tendencia es, sin embargo, a sospechar que en realidad no son europeas, sino extranjeras extracomunitarias con pasaporte falso. En este burdel hay, o había, porque ellas dicen, con razón, que así no se puede trabajar, varias españolas auténticas quejándose del maltrato al que las somete la policía. En los controles deben mostrar, por ejemplo, el pasaporte. ¿No recuerdan los policías que ellos mismos viajan cada verano a Mallorca munidos exclusivamente de su documento de identidad? Viajar de Madrid a Frankfurt es lo mismo que viajar de Berlín a Munich.

La policía parece estar confundida. Los funcionarios de la extranjería también. Un policía considera que los pasaportes están en orden. Otro que no y nos hace desnudar para sacarnos fotos. Suponemos que las fotografías no son para *Playboy*. Algunos piden permiso de trabajo, cuando en realidad la prostitución en Alemania, si bien una actividad legal si se desarrolla en el marco de una regulación bastante estricta, se considera una actividad contra la moral y las buenas costumbres, de manera que no se define como trabajo, razón por la cual es imposible, siendo extranjera, obtener un permiso de trabajo para ejercerla. Para la ley de extranjería, sin embargo, la extranjera que ejerce la prostitución sin tener permiso de residencia es penalizada por «trabajar» de manera ilegal. Incluso hay en este momento administradores de burdeles que quieren ver el permiso de trabajo de la prostituta que se acerca a alquilar una habitación. Ni ellos mismos entienden cómo viene la mano, pero como son castigados más severamente que en el pasado, se han vuelto cuidadosos hasta la exasperación.

Tampoco faltan los policías que se disculpan por hacernos pasar un mal rato: «si fuera por nosotros, no las perseguiríamos, simplemente cumplimos órdenes». Los de la extranjería no pocas veces argumentan del mismo modo. Tan tiernos ellos. A mí me hacen acordar a los militares argentinos que intentaban disculparse —y encima con éxito— esgrimiendo el argumento de la obediencia debida. Todos se lavan las manos. Parece que las decisiones vienen de no se sabe dónde. Nadie asume su responsabilidad. Y mientras tanto siguen las deportaciones. Y todos muy contentos, menos nosotras.

Pasaporte. Ilegal. Foto en *baby-doll*. Calabozo.

En la comisaría 4, en Wissenhüttenplatz, nos interrogaron individualmente. Una mujer madura y cansada, eran casi las cuatro de la mañana cuando me tocó el turno de desembuchar, hacía las veces de intérprete. A algunas de las chicas las dejaron adentro y a otras nos dejaron libres. Sigo sin entender la lógica del asunto, pero alguna debe haber, para eso son alemanes. Me (nos) estamparon en el pasaporte un sello de expulsión. En siete días debemos abandonar por voluntad propia Alemania. ¿Voluntad propia? ¿Qué harán mis pobres clientes sin mí? No puedo dejarlos, debo resistir.

De manera que volví a mi cuarto, recogí mis pertenencias comprobando previamente que ni la policía ni el administrador del burdel habían descubierto mi recaudación de las últimas horas –jugosa, lo aseguro– y decidí tomarme un pequeño descanso en mi habitación de mujer decente, o «de civil», como digo a veces, en Kelsterbach.

Dos días después de la razzia, tampoco es cuestión de perder el tiempo así como así: después de todo si no trabajo, son casi 60 kilos de lucro cesante, alquilé una habitación en el Eros Center de Moselstrasse. El lugar es bastante deprimente: pintado de azul oscuro, como la 45, con olor a orín y a encierro, también como en la 45, pero en fin, la ley de las probabilidades indicaría que en este centro de placer, si no de amor, reinaría la paz y la tranquilidad por un tiempo. Luego de la razzia que

vivieron mis colegas en este sitio hace unas dos semanas, la casa se vació transitoriamente de ilegales, pero poco a poco comienza a poblarse nuevamente. Las autoridades parecen no darse cuenta de que por cada una que tiene que irse, vienen cinco nuevas. Como dice una colega colombiana: es como querer tapar el sol con una mano. Pura ilusión.

El problema de permanecer en la misma habitación donde fuimos descubiertas es que policías de civil suelen controlar si las mujeres dejadas en libertad con el sello de expulsión siguen trabajando, lo que con frecuencia ocurre no simplemente para desafiar la ley, sino con el objeto de reunir el dinero del pasaje de avión para abandonar «voluntariamente» el país: las deportaciones las paga el estado, pero la expulsión debe ser costeadada por la expulsada. Si la mujer que tiene expulsión es pescada in fraganti en el trabajo es deportada inmediatamente. Aquí, en la 36, como dije, hicieron una razzia hace unas dos semanas, lo que indicaría que, considerando la frecuencia digamos semanal de las razzias en estos tiempos aciagos, y el hecho de que hay aproximadamente 20 burdeles en el barrio de la estación, el *Bahnhofsviertel*, deberíamos tener algunos meses de paz y tranquilidad en nuestro puesto de trabajo. Tranquilidad relativa, porque el miedo, como el desodorante Rexona, no te abandona.

Despido cariñosamente a uno de mis mejores clientes. Casi un amigo. Gabi conversa con la dominicana de la habitación de enfrente. Las dos están paradas en el vano de la puerta. Cuando se acerca

un hombre joven, las mira y tímidamente le pregunta a Gabriela si ella también trabaja aquí. Gabi lo mira con cara de asco y responde: «*Nein*».

Llega una colombiana anunciando que hubo razzia en la 42. Se llevaron a todas las chicas. Algunas quedaron en libertad inmediatamente. Otras están en la comisaría esperando cárcel o deportación. Parece que en el apuro, una de las controladas envolvió 2000 marcos y un puñado nada despreciable de joyas en un *baby-doll* y lo tiró a la basura. Como no tenía pasaporte, de la comisaría la mandaron a la cárcel a esperar pacientemente la deportación. Cuando por fin pudo comunicarse con alguna colega, ya había pasado la señora de la limpieza, vaciando la basura en un gran container, que también hacía rato había sido vaciado en el camión recolector de residuos.

Por las dudas ya tengo mi valija preparada. Las últimas veces que vino Estelita, además de darle la recaudación de lo ganado en su ausencia, le entregué unos cuantos bultos de ropa y libros que prefiero no dejar al alcance de la policía, aunque con esto no tengo intenciones de sugerir que ellos estén interesados en la literatura en castellano. Simplemente estoy empezando a despedirme para el caso de que vengán a obligarme.

Además de la persecución de la que somos objeto las que ya estamos en el país, también se están llevando a la práctica medidas de orden «profiláctico»: mandan aviones enteros repletos de colombianos que no dejan salir del aeropuerto. Los colombianos, como nosotros, los argentinos, no necesitan visa para entrar en Alemania como turistas. Por el momento, porque vienen amenazando hace rato con que van a imponerla, pero de todos modos la policía de fronteras se reserva el derecho de admisión, el de permanencia se lo reserva la extranjería: con tal de que el policía de turno sospeche que la persona interrogada tiene intenciones de quedarse en el país o en Europa, él tiene el derecho de impedirle la entrada. Aquellos que no son autorizados a cruzar la frontera, ni pueden volver en el vuelo siguiente porque no hay asientos disponibles, se ven obligados a permanecer dos o tres días en una habitación en el aeropuerto destinada especialmente a tales efectos, pero sin lugar donde recostarse, a veces sin siquiera suficientes sillas donde sentarse. A menudo los pasajeros rechazados tampoco disponen de su equipaje como para higienizarse y cambiarse la ropa, porque las valijas siguieron viaje al destino previsto por el extranjero y coartado por las autoridades alemanas, dado que incluso en el caso de que el pasajero no tenga intenciones de quedarse en Alemania, sino desee viajar a algún otro país de la comunidad europea pero haciendo escala en Frankfurt, son las autoridades alemanas las que efectúan el control de frontera, con el consecuente derecho a dejar pasar sólo a quien les parezca.

Los sospechosos de tener intenciones de permanecer en Europa son sometidos a un interrogatorio en el que se hacen «trampitas» del estilo

de la siguiente: a una mujer ecuatoriana que venía a visitar a su hermana, colega mía, por eso conozco la historia de primera mano, la interrogaron muy amablemente. La amabilidad de los policías de fronteras fue tal, que incluso le comentaron la intención del gobierno alemán de ofrecerle contratos de trabajo a los ciudadanos ecuatorianos, como una forma de ayudarlos a enfrentar la crisis económica que arrecia al país. «¿Y a usted qué le parece el proyecto, señora?», le preguntaron a la mujer. Ella, de buena fe y por una cuestión de cortesía respondió: «Muy bien, claro, si es para ayudar...». Acto seguido le sellaron el pasaporte impidiéndole el ingreso a la comunidad europea y la mandaron de vuelta en el primer vuelo disponible, dos días después de su llegada y previo pago de 100 dólares para cubrir los gastos del traductor presente en el interrogatorio de la trampita. La comida ingerida el día o los días que los rechazados deban pasar encerrados en el aeropuerto también debe ser pagada por ellos mismos. El que no quiere o no puede disponer del dinero que trajo, no siempre propio, para mostrarle a la policía de fronteras en el aeropuerto como prueba de que tiene sanas intenciones de gastarlo haciendo turismo, simplemente no come.

Pero aquí no termina esta historia. Casi un año después, la hermana de mi colega finalmente consiguió venir de visita a Frankfurt, pero esta vez entrando a la Comunidad Europea por Amsterdam. Una vez aquí, donde tuve oportunidad de conocerla y de enterarme de la historia del aeropuerto, pensé que sería una buena idea que

Gabriela también escuchara el cuento, porque en el caso de este tipo de abusos, si bien uno los conoce de segunda o tercera mano, muy rara vez ve a la persona que lo padeció en vivo y en directo. Por otra parte, incluso de segunda o tercera mano, las que nos enteramos somos nosotras, el común de la gente, no tiene ni idea de que estas cosas pasan permanentemente a pocos minutos del centro de la ciudad de Frankfurt. De manera que la llamamos a Gabriela, le contamos el cuento y ella no perdió tiempo en organizar una entrevistada con un importante diario alemán. La condición que puso la entrevistada para conceder el reportaje fue permanecer en el más absoluto anonimato por temor a represalias: si una vez la mandaron como un paquete de vuelta a su casa, no sería extraño que, si hace lío, tal cosa vuelva a ocurrir. La periodista aceptó, hizo las preguntas correspondientes y luego se fue al aeropuerto a cruzar la información con el servicio de prensa de la policía de fronteras. De más está decir que los policías negaron todos los puntos escabrosos mencionados por la entrevistada, por lo menos como práctica regular: «Errores siempre pueden cometerse. Si la señora quiere enviarnos una queja por escrito, con nombre y apellido, haremos sin duda las investigaciones correspondientes», agregaron a sabiendas de que la probabilidad de que esta mujer fuera a hacer una cosa así era mínima, porque ella sabe, todos sabemos que frente a las instituciones alemanas llevamos las de perder. De todas maneras, lo más llamativo del caso, y lo que muestra la complicidad de otros poderes con el poder estatal es que en el artículo publicado en el diario luego de la entrevista con la ecuatoriana sólo fue narrada la historia de la policía de fronteras, la de la víctima no apareció, ni siquiera como otra versión posible de los hechos. Que la historia rosa

que presenta la policía de fronteras, del mismo modo que la policía municipal cuando hace las razzias en los burdeles, tampoco pueda ser «comprobada», no importa. Ellos tienen el monopolio no sólo de la violencia legítima, sino de la verdad.

Estoy cenando en Max & Moritz, frente a la *Hauptbahnhof*. El lugar no es tan desagradable, es decir, podría ser peor. Es amplio, luminoso y está en considerable buen estado. Si no fuera por la dificultad de dar con una mesa limpia y por el elemento humano circundante, sin techo, drogadictos, representantes de diversas mafias y sin duda también policías, este lugar podría servirme como alternativa gastronómica más frecuentemente, sobre todo porque puedo ingerir medio pollito asado con papas fritas (delicioso) por la módica suma de 2 marcos con 98 centavos, 1 dólar y medio. Toda una ganga, incluso comparando con las *baguettes* que suelo comprar en la estación.

Es que hoy es miércoles y fue un día casi muerto, por eso debo cuidarme especialmente en los gastos. Como suelen decir las chicas, los días de semana trabajamos para el *Chef*, porque habitualmente no sacamos ni para pagar la habitación, además de los otros gastos fijos: viáticos, comida, condones, *gel* espermaticida. De viernes a domingo, en cambio, trabajamos para nosotras, y para el *Chef* también, porque la pieza hay que pagarla siempre, trabajes o no, de hecho, cuando nos enfermamos, tenemos que pagarla igual o la perdemos. Por el mismo motivo, mante-

ner la habitación, es que trabajamos los días hábiles aunque sólo rara vez hagamos negocio: no hay manera de alquilar las habitaciones solamente los fines de semana, salvo que dos chicas lo pacten entre ellas. En pocas palabras: el alquiler durante los días laborables es como una especie de canon extra que le pagamos al dueño del burdel para tener el derecho de utilizar las habitaciones durante el fin de semana.

Como dije, algunas de las chicas se dividen los días entre ellas. Hay, por ejemplo, alguna casada que trabaja sólo de lunes a viernes –y en horario de oficina, de 8 a 6 de la tarde– y comparte con otra que trabaja las noches y los fines de semana, los momentos de mayor concentración de trabajo, pagándole una proporción importante del alquiler a la que figura como inquilina oficial, la casada «oficinista», no sólo porque trabaja más horas sino porque trabaja las mejores. Hay casas, en cambio, donde no existe el doble turno. De esta manera, supongo, el *Chef* tiene un mayor control sobre las mujeres que alquilan las piezas, asegurándose de que no trabajen ilegales, porque las mujeres teóricamente no hacen arreglos de subalquiler entre ellas. Las casas ganan menos dinero en concepto de alquiler, pero quizá así tengan menos problemas con la policía, porque saben a quienes les alquilan los cuartos.

Se está corriendo la voz de que en algunas de las casas ya no alquilan habitaciones a ilegales. En ésta, las que estamos, seguimos estando y no queremos movernos para no correr riesgos innecesarios.

Como están las cosas sería una locura perder el puesto de trabajo. A pesar de que hay pocas mujeres con papeles que desean abocarse al oficio así llamado más viejo del mundo, los alquileres en lugar de bajar, aumentan. Pensándolo bien, aquí rige una extraña ley de la oferta y la demanda: cuando hay pocos clientes, nosotras cobramos menos, pero cuando hay pocas mujeres dispuestas a alquilar los cuartos, éstos no bajan de precio, sino suben. No es difícil detectar quiénes son las que siempre terminan pagando el pato de los vaivenes del mercado. Y de los políticos también.

No sólo el temor a que caiga la policía en cualquier momento dificulta el trabajo, sino también el hecho de que cada día que pasa son más las chicas sin trabajo. Todas, con más o menos esperanzas, se ilusionan con que en algún momento amaine el temporal. Mientras tanto, las que quedamos con trabajo más o menos regular, nos la pasamos haciendo vaquitas para pagar algún aborto, o comprar pañales y leche en polvo, o pagar fianzas para evitar deportaciones, cuando no viene alguna a pedir por favor que la dejes trabajar un turno o medio o un cuarto o el tiempo que quieras mientras vas a la cantina a comer algo, porque ella no tiene ni para eso, ni para comer. El otro día tuve que cerrar la puerta para dejar de trabajar de asistente social improvisada, hasta que me di cuenta de que con la puerta cerrada no entran los clientes ni, en consecuencia, dinero. Y encima ahora, que hay tanto trabajo porque está la

Claudia Minoliti

IAA, la feria anual de los automóviles, poblada de varones en busca del tiempo perdido. O de un *service*.

Octubre llega con la Feria del Libro de Frankfurt, la más grande del mundo. Nunca he ido a visitarla, pero me consta que representa otros diez días de intensa actividad física entre lecturas y grupos de discusión, porque a los literatos también les agrada trabajar con la otra cabeza. Lástima que haya tan pocas casas abiertas, digo, como para dar un servicio que haga justicia por lo menos cuantitativamente al nivel cualitativo de la demanda.

Gabriela cuenta que en estos momentos puede recorrer todas las casas del *Bahnhofsviertel* más las tres que quedan abiertas en la Breite Gasse en tres o cuatro horas. Algunas de las casas están abiertas, o semiabiertas, pero permanecen vacías, sencillamente porque no hay mujeres con papeles que pueden colmar la oferta de habitaciones y atender debidamente a la clientela. Cómo estarán desesperados los *Chef* pues, ellos deben pagar el alquiler del edificio, lo tengan trabajando a *full* o no, que al parecer en la 47, cuando el administrador vio a través del circuito cerrado de video que Gabriela entraba en la casa junto con otra chica que la acompañaba en la tarea de promoción de su institución en los burdeles, el tipo se alegró de sólo pensar que eran dos posibles candidatas a alquilar alguna de las tantas piezas vacías. La alegría, por supuesto, le duró muy poco, casi nada.

Cerraron la 45. Esto se está poniendo feo. Una de las chicas se tiró por la ventana de su habitación en el primer piso y se rompió una pierna. Parece que la policía quería interrogarla antes de que se la llevara la ambulancia al hospital más cercano. Son increíbles. ¡Como si fuera a escaparse! Ahora está internada y la pregunta que más se escucha es, como siempre, quién va a pagar la cuenta.

Con la 45 cerrada, una de las casas más grandes del distrito rojo, hay decenas de latinas en la calle. No saben qué hacer. Los policías, como perros sabuesos, buscan ilegales por todos lados, también en las telefónicas, porque saben que allí se reúnen las mujeres antes o después del trabajo, cuando llaman a sus familias o se encuentran con sus amigas.

No sé cuánto voy a durar. En la primera de cambio caigo yo de nuevo en la volteada y esta vez sí que no me salvo. Por el momento, como diría mamá, sigo teniendo un Dios aparte. Últimamente, cuando viene la policía de civil, yo estoy ocupada —es decir, con la puerta de mi habitación cerrada—, o acabo de irme, o no llegan hasta mi piso. Me da la sensación de que, como somos pocas las ilegales que seguimos trabajando en los burdeles, la policía está invirtiendo menos recursos en montar razzias espectaculares. La merma de ilegales hace, supongo yo, que con simples controles de civil, en los que normalmente participan dos policías, puedan detectar fácilmente a las que no tienen papeles y siguen desafiando a la autoridad y a las leyes de la democracia

alemana (servidora). Por otra parte se comenta que la policía no trabaja sola. Parece que en el barrio anda una colombiana que consigue permiso de residencia a cambio de señalar a las ilegales en los burdeles y en las casas de departamentos donde pernoctan. También se comenta que la chica recibe pagos sistemáticos de las ilegales por callarse la boca.

Llamó Estelita desde Madrid para contarme que está perdidamente enamorada de una andaluza «pura pasión». Mientras tanto Frauke quedó en el banco de suplentes. Esto explica la prolongada ausencia de mi amiga en Frankfurt y significa un problema muy concreto para mí. Además de que la extraño, porque disfruto mucho cuando viene aunque nuestros encuentros sean breves. De seguir así las cosas, quiero decir, con Estela quedándose en Madrid, voy a tener que apelar a las consabidas transferencias de dinero. Estela puede seguir solventando a mis padres y a mi hijo, pero el riesgo de tener todo mi dinero en Kelsterbach es muy alto. Si llegan a entrar ladrones cuando la viejita está en plena borrachera o durmiendo la mona, y descubren mi escondite, me da un ataque.

Acaba de entrar uno de mis clientes más leales y generosos: un joven elegante, pulcro y civilizado que me paga cuantiosas sumas semanales por mirarlo lamer los condones usados por mis clientes anteriores.

Mientras Gabriela estaba en el piso explicándole a una de las chicas cómo llegar a la oficina de salud de la ciudad, un cliente vino a decirme que lo hiciéramos frente a ella, pagándonos una suma nada despreciable a cada una. Por suerte Gabi no escuchó, y yo no le comenté nada, aunque ahora que lo pienso, si alguna vez se quedara sin trabajo, creo que de este lado del ring también podría hacer carrera.

En general las mujeres que trabajan en las casas reaccionan bien cuando viene Gabriela o alguna de las otras chicas que ofrecen sus servicios de consulta y asesoría gratuita, pero algunas tienen miedo porque no saben si son empleadas del estado alemán, el mismo que las persigue y las expulsa. Para algunas colegas, sobre todo para aquéllas que se avergüenzan de dedicarse a esto, la mirada de mujeres «normales» completamente vestidas también encierra una cierta violencia. Hace un rato, una polaca alta, rubia y con papeles le preguntó sobradamente a Gabriela si era de la iglesia. Gabi sonrió incómoda, respondió que no y siguió de largo para dirigirse a una latina más receptiva y menos irónica. De todas maneras, como dije, no todas las latinas son tan receptivas como uno cree. A mí me consta, porque las escucho haciendo comentarios burlescos, críticos o desconfiados cuando se van las visitantes. Con frecuencia reciben la información con una sonrisa y hasta dan cortésmente las gracias, pero luego hacen circular rumores que escucharon quién sabe dónde, sobre las posibles vinculaciones de tal o cual organización con la policía. Hay muchas mujeres que son muy conventilleras y hacen las asociaciones más inverosímiles, por ejemplo entre la visita de Gabriela y la llegada de la policía, como si la policía necesitara a Gabriela y a sus

Claudia Minoliti

colegas para controlar, castigar, deportar. Las muy tontas no se dan cuenta de que esparciendo rumores de ese tipo no hacen otra cosa que seguirle el juego al poder represor, negando la otra cara del Estado alemán que financia proyectos para defendernos y ayudarnos.

Mi amigo / amante / enamorado de Offenbach quiere llevarme de paseo: insiste en que me vaya unos días de vacaciones con él. Él corre con los gastos. Las chicas vuelven a decirme que estoy loca si no acepto. Este tipo de ofrecimientos no ocurren todos los días. Él quiere que nos vayamos a Egipto, al Mar Rojo, a una playa que se llama Hurghada o algo así, y vendría a ser para los descendientes de los faraones como Mar del Plata para nosotros. Parece no entender que yo no puedo salir de la Comunidad Europea. Permanentemente se olvida de que no tengo papeles.

Tengo que meditar qué voy a hacer. Me voy a tomar un trago y a comer un *Schnitzel*, que viene a ser como una milanesa pero no tan rica como las que prepara mi mamá.

Pizzería sobre la calle Taunus: un cuchitril oscuro, sucio y mal oliente, donde por supuesto no hay *Schnitzel*. El trabajo anda pésimo, el cielo está permanentemente encapotado, hace mu-

cho frío y las casas están casi vacías. No son pocas las chicas que se van a visitar a la familia para fiestas. Los clientes también escasean. Quizá los amedrente el frío o los cohíba la religiosidad propia de estas fechas o bien los compromisos familiares los tengan retenidos en sus santos hogares.

La temporada baja para nosotras se extiende hasta el mes de febrero. Muchos de nuestros clientes para estas fechas contratan en agencias de *sex-turismo* soleadas vacaciones con mujer incluida en las Filipinas, Tailandia o Brasil. Algunos hasta se las traen a Alemania en calidad de flamantes esposas una vez terminado el pintoresco *tour*.

Finalmente sacó un *last-minute* a Lisboa. Siempre tuve ilusión de visitar esa ciudad, no sé por qué, si no hay nada que me una a ella. Ya no puedo negarme. Voy a tener que acompañarlo. ¿En qué lío estoy metiéndome? Si yo era una puta feliz y sin complicaciones. Y por sobre todas las cosas independiente.

Voy a tomármelo con calma. Una amistad colorida y punto. Trataré de ser pragmática, como mis colegas colombianas. Después de todo un poco de redistribución de la riqueza tampoco es injusto. Yo no le mentí. El sabe que juega con fuego. Si quiere quemarse... Es bastante grandecito como para saber lo que hace. Tengo que ponerme en campaña para conseguir alguien que me alquile la pieza. No puedo correr

Claudia Minoliti

con los gastos de alquiler si no trabajo. Tampoco puedo pedirle que pague también esto.

No tengo qué ponerme. ¿Hará calor en Lisboa? Tengo muchas cosas que hacer. Mejor cierro y me voy a Kelsterbach. Mañana, Dios dirá. Qué devota que ando últimamente. ¿Será la confusión?

Las prostitutas alemanas suelen quejarse de que las extranjeras les robamos los clientes porque ofrecemos cualquier servicio por poca plata y sin condón. «Lo que quieras, papi», parece ser nuestro lema. Sin embargo, las latinas sostienen que ellas no son competencia desleal, por estar sin permiso donde no deben: simplemente ofrecen un servicio más adecuado a la demanda. «Los clientes nos prueban una vez y se quedan con nosotras. Ellos son los que afirman que las alemanas son muy frías y desabridas.» ¿Esto también será producto de la globalización?

Ronca. Ronca tanto que tiemblan las paredes. Me confesó que las otras veces que dormimos juntos en su casa o en burdel se había mantenido semidespierto para no espantarme. En Lisboa finalmente se relajó y entonces la que no pegó un ojo fui yo. La primera noche fue la gran sorpresa. La segunda probamos con tapones para los oídos y no funcionó porque me sentía comprimida por todos lados y lo escuchaba igual.

La tercera alquilamos otro cuarto, el del exilio, y ahí empezamos a llevarnos bien de nuevo.

Más allá de los ronquidos y de las dos primeras noches en vela, las pequeñas vacaciones me sentaron muy bien. Fueron tranquilas y agradables. Él se portó correctamente. No jugó al novio quinceañero. Paseamos mucho. Permanecimos buena parte del tiempo en silencio. Sin embargo, nos hacíamos buena compañía. Recorrimos Lisboa en tranvía, en esos viejos tranvías que parece que afeitan autos y peatones al recorrer esas callecitas finas y serpenteantes. Uno de los paseos más lindos lo dimos en el tranvía 28. Lo tomamos en la Rua Saravia de Carvalho en dirección M. Moniz. En el Mirador das Portas do Sol bajamos a tomar una cerveza y apreciar la hermosa vista del río desde lo alto de la ciudad. Luego seguimos camino hacia el barrio de Graça y volvimos al punto de partida.

El último día fuimos a pasear a las afueras de Lisboa. Tomamos el tren a Sintra en la Estación del Rossio, muy cerca de donde quedaba nuestro hotelito, sobre la Praça da Figueira. Allí visitamos el Castelo dos Mouros y luego viajamos en ómnibus al Cabo da Roca, el punto más occidental del continente europeo. No hay nada más que roca, mar, un restaurante y una casa de *souvenirs*. De Cabo da Roca seguimos en bus hasta Cascais y de allí a Estoril en tren (una playa que sin duda conoció tiempos mejores), para luego retornar a Lisboa, donde cenamos opíparamente Arroz de Tamboril.

Cuando nos quisimos acordar llegó el momento de la vuelta a Frankfurt, a donde llegamos sin que mi pasaporte fuera controlado ni

Claudia Minoliti

una sola vez. Fue extraño sentirme turista. Fue todavía más extraño sentirme querida.

Gabriela me contó que en otras ciudades de Alemania el chequeo ginecológico de las trabajadoras del sexo es obligatorio, pero no por supuesto para proteger a las mujeres, la protección no puede ser *ex post facto*, sino para proteger a los clientes, lo cual es de todas maneras ilusorio porque la mujer enferma, hasta que confirma médicamente su enfermedad, ya tuvo oportunidad de haber contagiado a unos cuantos clientes si es que ellos no estaban debidamente protegidos. De hecho, el 90 por ciento de los clientes reclaman el servicio sin condón. Directamente se acercan a la puerta y preguntan cuánto cuesta «sin». No les interesa conocer la tarifa normal. Saben que «sin» se cobra más caro. Si una le dice que papi, usted sabe que es peligroso, se dan media vuelta y se van a probar con otra. Al rato lo vemos salir de la habitación de la colega con cara de contento, y entonces sabemos que la otra le dio el gusto.

Normalmente entre nosotras no hablamos del tema. Sin embargo, todas sabemos que se trata de jugar con la vida y la muerte, y que si todas fuéramos consecuentes, ellos terminarían por acostumbrarse. Pero no somos consecuentes y ellos siempre consiguen alguna dispuesta a arriesgarse, porque no reunió el dinero para pagar la habitación o porque se le enfermó un hijo y tiene que girar inmediatamente su «platica». Hay

hombres que ofrecen 100, 200, 500 y hasta 1000 marcos por un rato de placer sin preservativo. Los que más ofrecen son los alemanes. Los turcos ni a palos se ponen la goma, pero raramente ofrecen más de 40 marcos. Todos, alemanes, turcos y de otras nacionalidades, dicen que el condón les quita sensibilidad. Es que son seres muy sensibles y perciben la más mínima interferencia, sobre todo en ciertas partes de sus cuerpos vapuleados, y por ese motivo pierden la erección. «Se les duerme», como dicen las colegas colombianas. Ellos aseguran una y mil veces que están sanos, que no nos dé miedo, que les tengamos confianza. Pero a mí, francamente, si me ofrecen 500 o 1000 marcos por 15 minutos, me da bastante que pensar.

Pero la tentación existe. A veces aceptamos, si es que prometen eyacular afuera. Es cierto, nos engañamos a nosotras mismas, porque sabemos muy bien que con eso no basta, no sólo porque algunos prometen y no cumplen, sino porque antes de acabar, gotean. «Lloran», como dicen las compañeras colombianas. Por otra parte, en algunas posiciones es más difícil para nosotras controlarlos y los muy vivos se sacan el condón sin que nos demos cuenta. Más de un embarazo no deseado se produce de esa manera. Por supuesto tampoco quieren *fellatio* con preservativo, pero en ese caso podemos engañarlos más fácilmente. Les decimos sí, papi, claro que sí, y cuando estamos con la cabeza ahí abajo, sin que ellos lo perciban, nos ponemos el condón entre los labios. Yo escondo sobrecitos abiertos entre los almohadones que tengo sobre la cama.

Claudia Minoliti

Mientras le hablo, lo toco, le doy piquitos en las zonas aledañas, y él ya está en su mundo, quizá incluso con los ojos cerrados, entonces aprovecho para colocarme el condón en la boca, con el borde circular apoyado sobre la cara externa de los dientes. No hay hombre que perciba la diferencia. Cuando eyacula, me doy vuelta, retiro la bolsita de látex de mi boca, y adiós, aquí no ha pasado nada.

No sé si será sugestión por lo que escribí hace un par de días sobre los riesgos infecciosos de esta actividad, pero me da la sensación de que me está fallando el instrumento de trabajo. Picazón, ardor, malestar. Sólo eso me faltaba. Voy a tener que pasar por «la clínica» para hacerme los análisis de rigor. Hace mucho que no me hago un control. Como a todas, me da miedo hacerlo, aunque sea una tontería, aunque sea cobarde, aunque sólo empeore las cosas en caso de que ya no anden bien.

Llegué a la estación central y en lugar de caminar por Taunus hasta el burdel, sin pensarlo dos veces me subí al tranvía número once en dirección Fechenheim y me bajé en la parada siguiente al Römer, sobre la Braubachstrasse, donde está la oficina de salud. Mientras esperaba en el hall ser atendida por la ginecóloga hispanoparlante, bajita, rubia, sonriente y con cara de luna llena, vi que Gabriela llegaba apurada. No venía a revisarse, sino a una reunión con colegas de su gremio,

entre ellas, la asistente social hispanoparlante de «la clínica». Parece que las chicas se reúnen periódicamente en lo que llaman «círculo de trabajo prostitución». No sé que discutirán, pero igual me quedé muy impresionada: me hubiera encantado escucharlas.

Cuando me tocó el turno, dejé que tomaran las pruebas necesarias para los análisis correspondientes, después de todo a eso había ido, y me fui a mi propio «círculo de trabajo prostitución», a pocas cuadras de allí, y con la conciencia tranquila.

El 24 cometí el error de llamar a Buenos Aires. Me dije que lo hacía por el nene, pero no es cierto, lo hacía por mí, porque extrañaba, porque es horrible pasar las fiestas sola, en el burdel, con algún loco o desesperado que no tiene a donde ir. Hablé brevemente con mis padres y todo lo que pude con Federico, quiero decir, hasta que resultó obvio, incluso para él en su pequeñez, que su mamá lloraba desconsoladamente. Le dije que no, que no se preocupara, que era sólo un resfrío porque acá, donde todo es al revés, para Navidad hace siempre mucho frío. Y resulta que estás últimas seis palabras fue lo único verdadero que dije en el curso de toda la charla telefónica.

Parece que uno de los muchachos que nos trae la comida, uno nuevo, viene de Ecuador, está haciendo este trabajo para poder comprar el pasaje de vuelta a España. Según me contó hoy mismo, entre cliente y cliente, hace un mes consiguió, o creyó conseguir, un trabajo en una empresa alemana a través de una gestoría en Mallorca, donde tiene residencia. Concretamente se trataba de un contrato por seis meses en una empresa de producción de embutidos. No vino solo, sino con otros veinte hombres, en su mayoría marroquíes. Al llegar a Alemania, los pusieron a trabajar de sol a sol elaborando salchichas y salchichones y los albergaron en unos hangares fríos y sin muebles, donde debían dormir en el piso y cocinarse lo que podían sobre una hornalla a medio encender. A los quince días los despidieron sin pagarles ni un centavo por el tiempo trabajado. Los hombres, sin saber bien qué hacer, ninguno podía hablar el idioma, se dirigieron a la policía para hacer la denuncia, pero lo único que consiguieron fue que los mismos policías los metieran en un tren con destino a Frankfurt.

En Frankfurt, un grupo más pequeño de los afectados, el escepticismo crecía, volvieron a ir a la policía, pero tampoco fueron escuchados. Algunos de los hombres ya estaban organizando por su cuenta el regreso a España o a algún otro país donde alguien pudiera darles albergue. Francia era una opción para unos cuantos, en general apelando a la ayuda de algún compatriota encontrado casualmente. El ecuatoriano que me contó la historia, como no tenía ni un marco ni conocidos en la ciudad, debió permanecer en Frankfurt tratando de reunir el dinero para el pasaje de vuelta a España. Por la calle, cerca de la estación central,

escuchó a varias mujeres hablando español y así llegó a las casas, a nosotras y a una modesta fuente de ingresos que le permitirá organizar su vuelta a Mallorca. Buena suerte mediante, porque tener permiso de residencia en España no habilita para trabajar en Alemania. Mientras tanto su mujer y sus dos hijos siguen dependiendo para sobrevivir de los envíos del hombre.

Siglo XXI en Europa, la cuna de la civilización.

Ya no tengo ganas ni de escribir. Me doy cuenta de que a medida de que pasa el tiempo se va haciendo más absurdo todo esto: quedarme en Frankfurt, esperar a los clientes, temer que caiga la policía, seguir escribiendo. Quizá se me pase el malestar con la llegada de los reyes magos (esta noche). Por cualquier cosa voy a poner los zapatos. Las fiestas son siempre difíciles. Aunque sea los exámenes ginecológicos dieron bien.

Almuerzo en Hemingway's, sobre la Kaiserstrasse, al lado del Dolly Buster Center y frente a Südseite, mi librería predilecta. Este local es muy agradable, tanto que no parece del *Bahnhofsviertel*. Es limpio, está bien iluminado y la decoración no es deprimente.

Claudia Minoliti

Ayer hubo otra razzia sobre Taunusstrasse, casi esquina Elbe. Y después dicen que esta política no es contra las putas sino contra los dueños de los burdeles: se las llevaron a todas, incluso teniendo papeles, y siendo europeas. Pero antes de llevarlas, las desnudaron para fotografiarlas al natural.

El trabajo sigue muy flojo. Paso bastante tiempo en Offenbach, más del aconsejable, lo cual también trae sus complicaciones. Poco a poco y a pesar de mi resistencia, nos vamos pareciendo a una pareja. El no me presiona. Continúa moviéndose estratégicamente. Quiere conservarme. Yo sigo distante, a la defensiva, pero juego un juego doble, ambivalente, muy poco claro. Toda esta historia me resulta muy confusa. Ya no sé muy bien qué estoy haciendo aquí ni por qué me quedo. Al mismo tiempo, no me siento en condiciones de tomar la decisión de irme, volver a Buenos Aires, a mis padres, a mi hijo, a lo bueno y a lo malo, a todo lo malo que me espera allá. Las noticias que recibo del país a través de Estela son terroríficas. Las cosas están todavía peor que cuando me fui. Se esperan estallidos sociales, como a fines de los ochenta. Es enloquecedor vivir así, acá sin saber qué hacer, y allá, en esas condiciones alienantes.

Es inminente la aprobación de la «ley de las putas». A través de esta ley las prostitutas no sólo deberán pagar impuestos, obligación que de todas maneras tienen desde hace años, sino también tendrán la posibilidad de efectuar aportes jubilatorios, asociarse a un seguro médico, pelear por mejores condiciones de trabajo (toallas limpias, condones, etcétera, sin que eso sea automáticamente penalizado como estímulo a la prostitución), e incluso procesar judicialmente al cliente que se niegue a pagar por el servicio recibido. Escribo en tercera persona del plural porque esta ley, de aprobarse, sólo tendrá sentido para las que tienen residencia legal en Alemania.

El hecho de que la mayor parte de las putas en Alemania sean extranjeras no ha sido discutido en profundidad. Puta y extranjera: combinación explosiva. Ni hablar si además es ilegal.

Como en cualquier actividad, en ésta hay buenos y malos profesionales, y entre los dos extremos, una enorme cantidad de mediocres. Para mí, desde un principio, el objetivo ha sido sacar lo máximo que este oficio puede dar (dinero), exprimirlo en mi beneficio procurando no destruirme en el intento. Creo que hasta ahora me ha ido bastante bien, incluso considerando los momentos de bajones que tengo, que tenemos todas. ¿Pero quién no? ¿O a usted le gusta su trabajo todo el tiempo? Gabriela, a pesar de la tarea tan loable que desempeña, me confesó que más de una vez, por diversos motivos, mandaría dicha

loable tarea a la mismísima mierda. Sin embargo, de una persona como Gabriela no se espera ni se exige un compromiso absoluto y una completa identificación con su trabajo. Hasta los escritores tienen también sus contradicciones: sufren frente a la página en blanco, se aburren en la soledad de su torre de marfil, se sienten incomprendidos cuando leen críticas desfavorables y/o se lamentan cuando deben realizar otras actividades relacionadas al negocio de la escritura, por ejemplo, promocionar sus libros.

En nuestro caso, en cambio, parecería que las contradicciones que este trabajo produce en las que lo desempeñamos y en quienes desde afuera lo observan tienen más peso, son más dramáticas, deben ser pagadas más caras.

Me siento muy desganada. Esto no va ni para atrás ni para adelante. No puedo concentrarme en el trabajo. Alguna colega tiene el buen tino de reemplazar al salsero de turno por Eros Ramazzotti: una pausa sin duda merecida para mis oídos cansados. Mientras escribo y escucho a Eros compartiendo el micrófono con Tina Turner, veo cómo un cliente persigue a Gabriela por los pasillos. La mira desde atrás libidinosamente. Ahora le apoya la mano derecha sobre una nalga. Gabriela se da vuelta y le grita: «*Arschloch*». El tipo pone cara de desgraciado incomprendido. Se da media vuelta y se va.

Reabrieron la 44. Tardaron varios meses en terminar la remodelación. Hay otros cuatro o cinco edificios en obra sólo en el barrio de la estación y muy pocas habitaciones disponibles. Las ilegales somos contadas, la excepción a la regla. Yo sé que no tengo chances de pasar el verano en Frankfurt, por lo menos en libertad. Por eso la próxima vez que venga Estelita deberá llevarse una valija con ropa de invierno. Si me toca el frío en la cárcel, deberán proveerme de abrigo. Parece que el servicio es bastante bueno. Por lo menos están acostumbrados a recibir caribeñas que nunca han tenido que ponerse un pulóver y entonces se ven obligados a abrugarlas cuando llegan los fríos del norte.

A propósito de caribeñas: finalmente salió la visa para los ciudadanos colombianos. Ya no pueden entrar como turistas simplemente munidos de un pasaporte válido. Ahora deben tramitar en el lugar de origen su permiso de entrada y estadía por no más de tres meses, previa invitación de una persona o institución que desde Alemania auspicie la visita. Esta medida, en la que acordaron Alemania, Italia, Austria y, absteniéndose a sabiendas de que el que calla otorga, también España, reduce el flujo de inmigrantes ilegales colombianos, tanto como los abusos producidos en el aeropuerto contra aquellos que, creyendo que un pasaporte válido es garantía de entrada en Alemania, eran de todas maneras interrogados por la policía de fronteras y enviados de vuelta en el próximo vuelo disponible. Sin embargo, esta disposición seguro va a incrementar tanto los casos de tráfico de mujeres como las arcas de las bandas especializadas en contrabandear a ilegales con pasaportes falsos, falsos matrimonios con alemanes, falsos tours por Europa, o simplemente a pie desde la República Checa o Polonia.

Esta medida restrictiva de los únicos países con un mínimo de generosidad hacia los colombianos que quedaban en la fortaleza europea sin duda también traerá consecuencias para los países latinoamericanos en los que todavía se vive, nunca se sabe por cuánto tiempo, un poco más dignamente que en Colombia. Escuché que el año pasado salieron un millón de colombianos de su país, sobre todo a Estados Unidos y a Europa, pero también a otros países latinoamericanos como por ejemplo Argentina, donde hay muchos jóvenes colombianos que aprovechan la universidad gratuita. Cerrándose, o restringiéndose fuertemente la alternativa europea, para muchos sólo quedará el hambre o América Latina, donde la torta, siendo cada vez más pequeña, deberá ser repartida entre más hambrientos.

Varias personalidades de la cultura colombiana han decidido no volver a pisar suelo español por la afrenta que significa, luego de haber sido objeto como país tanto del robo colonial como de la acogida de miles y miles de inmigrantes españoles que huían de la guerra, la represión y/o la pobreza, tener que pedir permiso —que en la mayor parte de los casos no será concedido— para entrar a la así llamada madre patria, según acaba de contarme Gabriela, quien reparte nuevamente sus volantes entre nosotras.

En este momento charla con mi colega de la habitación de enfrente, lo cual en sí mismo no es nada extraño: a eso viene a los burdeles. Lo

llamativo del caso es que mi colega, una rubia platinada muy simpática, luce un corpiño *Wonder* acompañado por una tanga con la particularidad de no tener taparrabo, sino un triángulo de tiritas delgadas sin tela en el centro, que permite apreciar la tonalidad, en absoluto platinada, de su vello púbico. Y en este caso también público. Pero lo más llamativo no es la vestimenta de la chica, después de todo, quien más quien menos, todas andamos por aquí vestidas o desvestidas de manera similar, sino el hecho de que mientras Gabi le cuenta del servicio de asesoramiento gratuito y anónimo que ofrece la institución que representa, la chica procura cubrirse el triangulito oscuro y descubierto con el volante que Gabriela acaba de alcanzarle.

Pero eso no es todo: mientras escribo sentada sobre mi taburete en la puerta de mi cuarto y sigo espiando la charla y su lenguaje corporal, veo y escucho que mi colega invita a Gabriela a pasar a su habitación porque debe hacerle una consulta más compleja y delicada y por eso necesita privacidad. Mientras habla, toma una toalla de una silla y se cubre el pubis y las nalgas del mismo modo que lo haría Tarzán o una mujer en bikini, con un pareo. En ese momento le explica que durante las Pascuas se irá a visitar a sus parientes en España, porque ella, del jueves santo en adelante y por cuatro días, no puede hacerle eso al señor: trabajar en un burdel. Lo dice en serio, sin ironía, pero igual antes de cerrar la puerta me guiña un ojo desde el otro lado del pasillo y sonrío.

Reabrieron el burdel de Mosel y Taunus, donde trabajé en alguna oportunidad, cuando era oscuro, azul, sucio, maloliente y tenía la cantina en el primer piso. Ahora está de lo más elegante, recién pintado, limpito, con amplias escaleras de mármol, o equivalente sintético. Todas las ventanas tienen vistosas luces rojas que atraen la atención de transeúntes y clientes potenciales. La cantina está ahora en el último piso. El *Chef* considera que si hay algún problema con algún cliente indómito, es más sencillo bajar que subir. Su lógica no tiene fisuras. Lo que parece confirmarse es que los burdeles reabren. En algún momento se creyó que las razzias estaban en realidad motivadas por oscuros intereses vinculados a la especulación inmobiliaria: transformar al barrio de la estación en un centro financiero internacional más que en un centro prostibulario regional. Sin embargo, parece que se sigue invirtiendo en los burdeles, y mucho dinero, de manera que quizá sigamos teniendo, nosotras, las pobres ilegales, el dudoso honor de ser la principal motivación de las razzias.

De todos modos, aunque haya una cierta renovación de los locales de trabajo, el *Bahnhofsviertel* ya no es lo que era. En esta casa, por ejemplo, tampoco están ocupadas todas las habitaciones. Casi todas las inquilinas son latinas con papeles. Hay algunas húngaras y una o dos alemanas. Ya no aceptan indocumentadas.

Una colega llora desconsoladamente porque acaba de enterarse de que a su hijo le fue denegada la visa de reunificación familiar. El chico parece ser demasiado viejo para necesitar vivir con su madre en suelo alemán: tiene 16 años recién cumplidos. El marido de la mujer estaría dispuesto a adoptarlo, pero eso tampoco significa que el chico obtenga su permiso de residencia. Los hijos adoptivos extranjeros mayores de 16 años también pueden vivir lejos de su familia.

Este tipo de restricciones me dan gracia, si se piensa que desde hace algún tiempo se está hablando permanentemente de integración, de la «verdadera» integración de los extranjeros en Alemania. Me da la sensación de que esto se utiliza como caballito de batalla para mostrar lo interesados que estamos nosotros, los alemanes, en que los extranjeros de una vez por todas «formen parte», para lo cual, por sobre todas las cosas, deben aprender el idioma y aceptar el estilo de vida alemán. No sé bien qué se entiende por eso, pero no importa. Por supuesto, nunca se habla de los sin papeles, sino de aquellos que están aquí con permiso de residencia. Como en Alemania prácticamente la única posibilidad de tener papeles siendo extranjero es casándose con un alemán, en gran medida estamos hablando de las extranjeras casadas con ciudadanos alemanes, para quienes una dimensión central de la así llamada integración es poder traer a sus hijos a vivir con ellas. No hablamos de otros parientes, sino de los propios hijos. Sin embargo, la ley no facilita las cosas. En otros países europeos, la edad máxima para traer a los hijos, por el solo hecho de que su madre o su padre extranjero tenga permiso de residencia, es 21 años. En Alemania, en cambio, el límite de edad es 16, es

decir, si el hijo tiene 17 años cuando su madre casada con un alemán consigue su permiso de residencia, ya no puede traerlo a vivir con ella. A esa edad, se supone, el adolescente está en condiciones de vivir solo o con quien sea en el país de origen y no hace falta entonces recargar a la pobre Alemania con el problema de tener otro potencial usuario de su generoso estado de bienestar. Como si esto no fuera suficiente, se está discutiendo fijar este límite de edad entre los 6 y los 10 años. ¿Pensarán que con una disposición semejante facilitan la integración de la madre? Una medida de este tipo solamente le hace el juego a aquellos maridos que quieren los beneficios de una sumisa y solitaria mujer extranjera, sin la carga que pueden llegar a suponerle los niñitos extranjeros producto de un matrimonio anterior.

A propósito de hijos... el clima en el burdel está particularmente tenso, pero esta vez no por causa de las razzias sino porque a una colega le dio un ataque de nervios seguido por una lipotimia que la dejó inconsciente por varios minutos. El cuento empezó de la siguiente manera: paradita a la entrada de su habitación vio acercarse tímida, aunque decididamente, a su hijo de 16 años, en compañía de algunos compañeros de colegio a quienes ella también conoce. «Mi bebé», como mi colega llama a su vástago de un metro ochenta de altura, como tantos otros «bebés», no sabe a qué se dedica su santa madre. «Mi bebé», sin embargo, sí sabe disfrutar del dinero que su madre le proporciona cada semana, el mismo dinero que pagó la pérdida de su virginidad en las sabias manos de la misma que en este momento empuña la lapicera con la derecha y sostiene el cuaderno con la izquierda.

Ni les cuento la que se armó cuando la santa madre volvió en sí y preguntó quién había sido... Yo me enteré cuando ya lo peor había pasado. Mi colega finalmente consiguió serenarse y decidió intentar colgar los botines, quiero decir, el *baby-doll*, no sea cosa que a su bebé se le dé por frecuentar las casas y de verdad termine descubriendo a su madre con las manos en la masa. Y yo, en un pálido intento de reparar el daño causado, le sugerí que fuera a ver a mi compatriota Gabi Goldman para que la ayude a darle un nuevo curso a su vida. De hecho, parece que la institución donde trabaja Gabriela está poniendo en funcionamiento un nuevo programa de apoyo para «bajarse» de la prostitución (así lo tradujo Gabriela), obviamente pensado para mujeres con papeles. A mí lamentablemente no me permiten «bajarme» sin antes deportarme. Una candidata ideal para este programa sería mi compañera, a cuyo marido, padre adoptivo del «bebé» desvirgado por mí hace algunas horas, también tuvo oportunidad de conocer entre estas cuatro paredes descascaradas.

Llegó el día. Esta vez no tuve tanta suerte como las anteriores. Pocas horas después de contar livianamente la historia del hijo de mi colega, mi vida dio un giro de 360 grados, como diría nuestro ex presidente... A propósito, me han dado la gran noticia de que a él también acaban de encarcelarlo, no sé si será un chiste o la más pura, para nada puta, de las verdades. Algún día tenía que pasar. Quiero decir, lo de la

razzia que llevó a mi encarcelamiento, el encarcelamiento de él ha sido una sorpresa para más de uno.

Entrar, sabiendo que debo resignarme a esperar salir cuando a ellos se les dé la gana, fue sin duda la primera sensación extraña al cruzar el portón de acceso a la prisión. Luego vinieron las impresiones visuales: las rejas, las puertas de metal, las llaves inmensas que abren y cierran (más lo segundo que lo primero), los alambres de púas, las cámaras de video, los uniformes, las armas. Al llegar a la cárcel, pasamos a un recinto cerrado donde nos solicitaron quitarnos la ropa. El acto de desnudarse frente a una mujer desconocida fue la primera experiencia de humillación vivida al llegar a este mundo de reglas rígidas en el que no se puede levantar la voz. Nos revisaron sin tocarnos, dicen que en otras épocas también se inspeccionaban los orificios corporales. Si alguna mujer tiene un tatuaje u otra seña particular grabada en el cuerpo, la guardia toma debida nota, para facilitar el reconocimiento en caso de fuga. Si se dispone de objetos de valor, por ejemplo joyas o relojes caros, éstos quedan en poder de las autoridades carcelarias, previo registro fotográfico. A la salida, se supone que se recupera todo.

Al terminar la inspección, cuando ya estábamos vestidas nuevamente, nos entregaron ropa de cama y vajilla, para luego acompañarnos a la celda donde permaneceremos hasta ser deportadas.

Entré con miedo, para qué voy a mentir. Quería hacerme a la idea de que estaba preparada para pasar por la cárcel antes de ser deportada, pero no hay cárcel sin miedo. No hay cárcel sin violencia. No hay cárcel sin sufrimiento. Por suerte no estoy sola. Varias latinas cayeron conmigo y fueron ubicadas en el mismo piso, «estación», como le dicen acá.

Con todo, esta cárcel parece ser bastante decente, aunque no sé cómo me sentiría si tuviera que permanecer aquí los próximos años de mi vida. No nos tratan mal y la comida no es de hotel cinco estrellas, aunque nunca estuve en ninguno, pero se puede comer.

Comparto la habitación... así llaman las chicas a la celda (la cárcel como el burdel –la casa– es territorio fructífero para la producción de eufemismos: las chicas también dicen «vivo con...» en lugar de «comparto la celda con»). Yo «vivo con» una brasileña que fue detenida en el aeropuerto llevando un kilo de cocaína en la panza, dividida en no sé cuántas cápsulas que, según le habían asegurado, no saldrían retratadas en la radiografía que se les saca a los sospechosos de portar droga adentro del cuerpo, «*body-packers*» les llaman acá. Pues a ella sí que le salieron, bien claritas las vio en la placa radiográfica. Parece que primero, cuando hay alguna sospecha de que la persona traiga droga en el cuerpo, las autoridades le piden que orine. Si no puede, por la presión de las cápsulas o preservativos llenos de cocaína que lleva en el estómago, o vaya a saber uno dónde a esta altura del partido, después de un viaje de tantas horas, la invitan a pasar delante de la máquina de rayos x. Y de ahí, una vez confirmada la sospecha, derecho a preventiva. Eso le ocu-

rrió a mi compañera de celda, que ahora está esperando que termine el proceso para pasar de prisión preventiva, donde estamos las dos ahora, a «condenadas», donde ella deberá permanecer los próximos dos o tres años de su vida.

Las celdas tienen una superficie de ocho metros cuadrados y deberían estar ocupadas por una sola persona, pero como falta espacio, hay varias celdas con camas marineras, entre ellas la mía. En cada celda hay un lavatorio, un pequeño armario colgante, un par de estantes, una mesa, una silla. Excepto la silla, los otros muebles están generalmente empotrados, lo que significa que determinan la disposición de los objetos que pueden moverse en ese espacio restringido: la cama y el ropero. Algunas presas rompen la tabla que hace las veces de mesa, sentándose en una de sus esquinas hasta que el peso del cuerpo las hace ceder, con el objeto de recibir una mesa normal, con cuatro patas, y así poder reordenar el espacio mínimo de su hábitat. Este hecho, aunque puede parecer banal, es de gran importancia para las presas: poder ordenar libremente los pocos muebles de que disponen, colocando, por ejemplo, la mesa debajo de la ventana, aunque las ventanas son tan altas que para mirar hacia afuera hay que subirse a la silla. En el curso de la condena, generalmente las presas invierten mucho tiempo y energía en conseguir que la celda parezca una habitación, como ellas suelen llamarla, decorada dentro de lo posible a gusto

personal, con colchas, alfombras, almohadones o cortinas que le den un aire individual, único, «casero».

En cada celda hay un inodoro, ubicado detrás de la puerta. Como la puerta abre hacia adentro de la celda, hay una cierta privacidad en el caso de que los guardias entren sin golpear. Los guardias también pueden mirar a través de la mirilla de la puerta sin avisar previamente. Pero a menudo las presas cubren las mirillas con pasta dentífrica o el rectángulo de plástico rojo que cierra los sobres de pañuelitos de papel que entrega gratuitamente la cárcel para secarse las lágrimas o limpiarse la nariz. En general nadie se opone a que las mirillas permanezcan cubiertas.

Por supuesto es muy difícil, si no, imposible, tener privacidad si hay que compartir la celda. De hecho, lo más molesto sobre todo los primeros tiempos, es sentarse en el trono delante de la compañera. Para mí fue terrible. Por eso, las mujeres suelen intentar acostumbrarse a mover los intestinos en el horario en que la compañera de celda puede salir a los espacios comunes. A partir de las ocho y cuarto de la noche, en cambio, el inodoro sólo se utiliza en casos de absoluta emergencia. Me contaron que hasta no hace tantos años no había inodoro en las celdas. Las mujeres hacían sus necesidades en baldes y cuando los guardias abrían las puertas por la mañana, salían todas, en fila, a vaciarlos.

Por la tarde, cuando las presas salen del trabajo, permanecen «libremente» en su celda, lo que significa que no están encerradas bajo

llave y entonces pueden salir al pasillo, a la cocina, a otras celdas o a la sala de televisión, que tiene más o menos la superficie de la celda triple, es decir, unos 16 metros cuadrados. Los días de semana, las celdas permanecen abiertas entre ocho y nueve horas para las mujeres que trabajan, las otras estamos más tiempo encerradas, y los fines de semana, aproximadamente medio día.

En general las presas dedican las primeras horas de la tarde a dormir la siesta, leer, escribir cartas o conversar con otras prisioneras hasta la hora de la telenovela. Las condenadas pueden salir al patio una hora cada tarde, a partir de las tres y media, después del trabajo. Las que no trabajamos tenemos salida al patio, también por una hora, por la mañana. Los fines del semana, en el verano, la salida es de dos horas, pero no son pocas las que prefieren permanecer en la estación porque es uno de los pocos momentos en los que se puede disfrutar de cierta tranquilidad. Me contaron que en el verano muchas mujeres se ponen la bikini y se recuestan sobre el césped al sol.

En todas las estaciones parece haber arreglos más o menos conflictivos sobre el uso de los espacios comunes, entre ellos el de la sala de la televisión: las latinas suelen quejarse de que las alemanas monopolizan el televisor. En mi estación las latinas podemos ver uno o dos programas todas las tardes.

Cada mujer cena en su celda o bien en pequeños grupos, según cuán sociable se sienta esa noche. Las presas preparan su cena en la pequeña cocina del piso, como una celda individual, de unos ocho metros cuadrados, lo cual también suele ser fuente de conflicto. Si bien la cárcel

organiza el personal de limpieza —y le paga—, en cada estación hay un organigrama donde se establece qué presa es responsable de que la cocina quede en buenas condiciones cada día. De no ser así, los guardias como castigo la cierran.

A las ocho y cuarto de la noche cierran las celdas bajo llave. Si las presas obligadas a compartir el espacio pueden comunicarse verbalmente y tienen tema de conversación, cosa que no siempre ocurre, suelen hablar hasta tarde. Después de un tiempo la charla se torna repetitiva o demasiado íntima y entonces muchas prefieren callar. Leen, escriben o lloran y en algún momento, por supuesto, también duermen. Unas cuantas deciden comprarse un televisor, a pesar de que en las habitaciones sólo pueden verse tres canales alemanes y ninguna de las latinas entiende el idioma. De todas maneras parece mejor mirar televisión sin entender nada que mirar el techo y hacerse mala sangre.

En general las mujeres coinciden en que este momento del día, el del encierro después de las 8, es el más difícil, porque allí es donde más obvio se hace el encarcelamiento. Sin embargo, una de las mujeres de mi piso me contó que una vez, por error, dejaron la puerta de su celda abierta: simplemente se olvidaron de cerrarla con llave después de las ocho, y ella, en lugar de alegrarse de tener la oportunidad de dormir sin estar encerrada bajo llave, se asustó muchísimo y llamó al guardia para hacerle ver el error.

Los fines de semana suelen hacerse largos, tediosos y deprimentes para la mayor parte de las presas, sobre todo para aquéllas que tienen franco y no saben o no pueden entretenerse con la lectura o la escritura. Los sábados la prisión ofrece una sesión de video en español especialmente para las presas latinas.

A pesar de que no son pocas las mujeres que afirman haber perdido la fe estando en la cárcel, cada tanto hay misa en castellano y la concurrencia no es pobre. Muchas mujeres aprovechan la ocasión para pasar el rato en compañía de internas de otras estaciones, condenadas o de preventiva, cuando no para protagonizar algún desbande, como aquel día en que un grupo de colombianas sedientas empuñaron el cáliz y bebieron alegremente su contenido.

Si bien el consumo de alcohol está prohibido, no faltan quienes se las ingenian para destilar una especie de agua ardiente que sabe a alcohol de quemar. Hablo por intuición más que por experiencia. El «fifí», como llaman a esta bebida que tendrá un gusto horrible pero tiene la virtud de subirse rápidamente a la cabeza, se prepara con jugos de manzana o de uva, pan, frutas y harina leudante. Al fermentar da un olor muy fuerte, de manera que hay que consumirlo sin demoras para evitar que los guardias lo descubran: Cuando tienen sospechas de que alguna mujer está guardando algo prohibido en su celda, por ejemplo fifí, se efectúa inmediatamente un allanamiento.

En esta cárcel, los castigos, por ejemplo por golpearse con otra presa o agredir a un guardia, se cumplen en el búnker: una celda desnuda, con un hoyo en el piso para orinar y evacuar el vientre, controlada perma-

nente con cámaras de video. Allí la presa castigada debe vestirse con prendas descartables, hechas de una especie de papel finito y moldeable al cuerpo. La comida también se sirve en vajilla desechable con cubiertos de plástico. Supuestamente estas medidas tienen el objeto de proteger al preso de sí mismo.

Lo peor en este lugar es que hay muy poco que hacer, sobre todo si no hay trabajo. La mayor parte de las presas trabajan preparando desayuno y almuerzo para todas las presas o limpiando la cárcel. Otras trabajan en los distintos talleres con los que cuenta esta prisión o bien en la lavandería, lavando y planchando ropa para la cárcel y para afuera. Algunos restaurantes y hoteles envían su ropa blanca a la cárcel porque el servicio es más económico que en cualquier tintorería. Las presas empleadas cobran poco, pero las extranjeras igual giran a sus familias casi todo lo que ganan. Sin querer, la cárcel proporciona otra forma de ayuda para el desarrollo.

Por cualquier cosa, y como para que se me pase más rápido la espera hasta la deportación, pedí trabajo en la lavandería o en la cocina. Creo que mi sueldo llegaría a unos 350 dólares por mes, lo que es una bagatela comparado con lo que ganaba en el *Bahnhofsviertel*, pero en fin, es algo y tendría una ocupación, porque dentro de poco ya se me va a acabar lo que tenga para contar o me voy a aburrir de contárselo a las paredes. O al equivalente: mis cuadernos Rivadavia.

Espero que Estelita haya guardado cuidadosamente los cuadernos que fui entregándole. Todavía hay uno en Kelsterbach, que como una tonta me olvidé de darle a Estela cuando pasó por Frankfurt por última vez, siempre obsesionada por entregarle el fajo de billetes, me olvidé de ese fajo de hojas que en algún momento, con mucha suerte y viento a favor, se convertirá en un abundante fajo de billetes. Confío que la viejita de Kelsterbach, que debe de estar preguntándose que pasará con su «sobrina» argentina que no vuelve, no se haya deshecho de mis cosas, sobre todo por el cuaderno. Sería terrible perderlo.

En mi habitación del burdel también quedaron algunas cosas, pero poco y sin demasiada importancia, excepto el último de mis cuadernos Rivadavia, que no está completo pero tiene una buena cantidad de páginas escritas que tampoco querría extraviar. Espero que alguna de mis colegas con papeles haya reunido mis pertenencias y se haya puesto en contacto con Gabriela. Ahora, que tengo tanto tiempo libre en el encierro, me encantaría releer lo escrito, corregirlo, pulirlo. Es más, puesta a soñar, me gustaría tener una de esas computadoras portátiles donde transcribir mis manuscritos del burdel y de la cárcel. Una presa italiana me dice que ando como un tal Antonio Gramsci. Sería una buena manera de utilizar productivamente el tiempo muerto del encierro. Pero, en fin, no me quejo, no hay tantas acá que dispongan de un pasatiempo tan loable como el mío. Ser preso analfabeto debe ser aburridísimo. Aquí hay más de una que no sabe leer y escribir, pero algunas tienen vergüenza de reconocerlo. Yo, por lo menos, me entretengo con mis ficciones útiles.

El tiempo de permanencia de las presas «sin papeles» en la cárcel es variable, según el humor del juez, o si la mujer tiene controles policiales anteriores y expulsión, como en mi caso, o pasaporte falso. No es mi caso, pero ocurre más frecuentemente de lo que uno supone, sobre todo cuando la mujer intenta permanecer en Alemania con pasaporte europeo o compra otro pasaporte de su país porque ella ya ha sido expulsada o deportada de Alemania y su nombre verdadero figura, entonces, en las computadoras. En este momento, las condenas de las ilegales parecen ser algo más largas que hace unos meses, probablemente porque vamos quedando menos y hay más oportunidad (más lugar en la prisión) de «hacernos escarmentar como corresponde». Dicen que hay mujeres que permanecen detenidas hasta medio año en espera de ser deportadas. Pero acá se dicen muchas cosas, con frecuencia contradictorias: algunas dicen blanco, otras negro, todas se sienten llamadas a dar su opinión. Yo prácticamente no tengo chance de que me dejen en libertad, por la sencilla razón de que ya tengo un control anterior y en las computadoras consta que me habían dado «expulsión».

Espero que en mi caso la deportación no se demore demasiado, sólo lo suficiente como para permitirme explorar las complejidades del mundo carcelario, y así estar en condiciones de darle un golpe de efecto al tramo final de mi *bestseller*. Las latinas encerradas son invisibles. Muy pocos saben que existen. Sobre todo las «mulas» encarceladas. Las putas extranjeras hemos tenido bastante prensa en los últimos tiempos. Las mulas, en cambio, llegan al aeropuerto con droga en el estómago, en el equipaje, en los zapatos o alrededor del tronco o de las piernas, son

controladas, descubiertas, detenidas, procesadas, condenadas y luego deportadas, prácticamente sin dejar huella.

Como hay tan poco que hacer, tan poca variedad temática, una rutina tan opresiva, no queda otra que charlar de las mismas pavadas todo el tiempo.

De vez en cuando, sin embargo, se toca algún tema interesante. Así me entero de que las mafias de la droga colombianas solían funcionar como una suerte de estado de bienestar paralelo (en otras zonas de América Latina siguen funcionando de este modo), organizando programas de trabajo, construyendo viviendas, escuelas y hospitales, apoyando a familias enteras en caso de emergencia o necesidad. Al coartar esta función los propios colombianos, con la inestimable colaboración de los Estados Unidos, no consiguieron más que dejar a la deriva a cientos de miles de familias que de alguna manera deben reinventar cómo ganarse la vida. Y así tenemos las cárceles y los burdeles del primer mundo llenos de colombianas.

Según comentaba una compañera boliviana, la situación hoy en día en su país es bastante similar: al prohibir el cultivo de la coca, y controlar estrictamente el cumplimiento de la prohibición, hordas de campesinos no tienen cómo alimentar a sus familias. Por eso las embajadas y los consulados de los mismos países que tanto se esfuerzan en que su juventud no sea tentada por el demonio de la droga, están atestados de

pobres que buscan el sello de entrada al paraíso, el mismo «paraíso» que por otro lado les quita el pan de la boca. Y cuando esta vía no funciona, lo que ocurre en la mayor parte de los casos: yo misma soy un buen ejemplo, entonces sólo queda «meterse por el hueco», como dicen los colombianos que procuran entrar al paraíso americano desde México, sometiéndose al abuso, la violación, el robo, el asesinato en manos de los «coyotes».

En cualquier caso, me doy cuenta de que en ciertas regiones de América Latina las mafias de la droga tienen una presencia muy fuerte en la vida «normal» de la región. Los mafiosos son buenos vecinos y excelentes clientes. Quien más quien menos tiene un primo, un novio, un marido que directa o indirectamente aprovecha los negocios de la droga, no en pocos casos: el motor de la economía local.

El pasado, la historia personal antes de la cárcel, es tabú, no sólo porque allí quedaron los hijos, la herida más grande, lo que más nos duele a todas, sino porque hay bastante resquemor a abrir el mundo personal, por la envidia, la competencia y el chismorreó. Las mujeres compiten hasta por pequeñeces increíbles: cuántas cartas reciben, qué cosas compran, cuánto dinero mandan a la casa cada mes, cuántos años de condena les dieron según la cantidad de droga que traían, etcétera, etcétera. También se quejan frecuentemente de la existencia de favoritismos y de canales poco claros para obtener ciertos «beneficios»: lana, tela,

una máquina de coser, una celda individual, algún llamado telefónico extra, un monto equis de dinero para enviar a la familia de origen en caso de que se haya presentado alguna emergencia, o simplemente la inscripción a un curso muy demandado cuando hay otras que están en lista de espera desde hace más tiempo.

No son pocas las mujeres que al quejarse de la envidia, la competencia y el chismorreó, lo hacen como si ellas estuvieran afuera, como si sólo fueran víctimas y no actores: de ellas se habla (mal), a ellas se las envidia, con ellas se compite. Yo todavía no consigo darme cuenta si este medirse permanentemente con la de al lado es consecuencia de las privaciones que se viven en la cárcel, incluso en una cárcel «rica» como ésta, o si es siempre así y resulta que en la cárcel, un ambiente cerrado y opresivo en el que todo es más evidente, simplemente se nota más.

Aproximadamente la mitad de las presas en esta cárcel son latinoamericanas, aunque es difícil calcularlo porque la proporción de latinas varía en las distintas estaciones (o secciones) de la cárcel, y varía también en el tiempo, según entren a la prisión más o menos mujeres por tráfico de drogas o por falta de permiso de residencia. En estos últimos meses, por ejemplo, la proporción de latinas sin papeles en la cárcel ha aumentado notablemente, como consecuencia de las razzas en los burdeles y de los controles callejeros.

La amplia mayoría de las extranjeras encarceladas son colombianas, aunque al parecer esto también está cambiando porque ahora los colombianos necesitan visa de turista para entrar a Alemania, y no es nada fácil conseguirla. Paralelamente, está incrementándose el número de mujeres brasileñas que aterrizan en la cárcel por tráfico de drogas. Las mafias no pierden el tiempo: rápidamente se adaptan a las nuevas reglamentaciones restrictivas y buscan continuar el negocio por otro lado.

De hecho, casi todas las latinas han sido encarceladas por «mulas», es decir, por haber intentado entrar droga a Alemania. El resto de las latinas encarceladas somos «ilegales». Como en el burdel, acá también casi todas son/somos «jefas de hogar», vale decir, madres pobres de hijos de padres borrados. Muy pocas tienen pasado verdaderamente criminal. De hecho, de la población carcelaria total, sólo el cuatro por ciento son mujeres; el 96 por ciento de los presos en Alemania son hombres. Las presas rotan más rápidamente que los hombres encarcelados, porque en promedio cumplen condenas más cortas, como consecuencia de que en general los delitos cometidos por ellas son menos graves que los cometidos por los varones.

A diferencia de las extranjeras, la mayor parte de las mujeres europeas que cumplen condenas en esta prisión son drogadictas. En toda la cárcel, de un total de aproximadamente trescientas convictas, son contadas las mujeres condenadas por asesinato. La amplia mayoría de las condenadas por actos violentos cometieron lo que se denomina «delitos de relación», por ejemplo, matar al marido, con frecuencia golpeador, como es el caso de mi nueva vecina de celda, una Murciana, quien partió una

botella de vino en la cabeza del marido, un golpeador acostumbrado a que su mujer se dejara vapulear sin oponer resistencia. Él está ahora en el hospital y ella, en nuestra pensión de señoritas. También hay muchas mujeres condenadas por delitos menores como viajar en el transporte público sin pagar boleto o por robar pequeñeces en tiendas.

En general no se ven actos de violencia física entre las presas, pero, como en la cárcel de varones, hay ciertos delitos que se toleran mucho menos que otros. En la cárcel de mujeres los delitos contra los hijos parecen ser los que generan más rechazo entre las presas y pueden llegar a desencadenar situaciones de violencia física o emocional entre ellas.

En este momento, hay una presa latina por ejercicio ilegal de la prostitución, que está además acusada por otras latinas (yo no la conozco) de ser informante de la policía. Quizá sea la misma de la que había escuchado hablar cuando estaba afuera. Esta chica no la está pasando nada bien acá. Mis colegas, sin llegar a pegarle, consiguen hacerle la vida imposible. No sólo padece la indiferencia de sus compatriotas, sino que recibe amenazas de muerte permanentemente. Según se cuenta, la mujer le pasaba información a la policía sobre latinos ilegales en Frankfurt y a cambio recibía un sueldo y permisos de residencia renovables por tres meses. El arreglo, que según dicen ella consideraba perfectamente normal, se cortó contra su voluntad cuando una mujer la denunció por chantaje: parece que la chica pasaba la gorra por los burdeles para evitar o postergar la denuncia.

Si no fuera porque estamos encerradas y no podemos hablar con nadie que esté afuera, esto se parecería bastante a un *spa*. Es cierto, exagero un poco, si las otras se enteran que digo esto me linchan. Pero nos tratan bastante bien. Se ve que los guardias están controlados y no pueden abusar fácilmente del poder que les da tener las llaves. Cuando están acá adentro no llevan armas, por lo menos a la vista.

Hace un rato estuve conversando con una teóloga que habla castellano y se ocupa de nuestra salud espiritual. Ella fue en realidad quien respondió mis preguntas sobre la composición de la población carcelaria y se ofreció a comunicarse con Gabriela para que ella tramite un permiso de visita: de otro modo, no es posible, fuera del abogado, ponerse en contacto con nosotras, las que todavía no estamos condenadas. Obviamente acepté su ofrecimiento. Tal vez me haga bien charlar con mi compatriota. Como en el burdel, vuelvo a tener el dudoso honor de ser el único ejemplar auténticamente argentino en esta cárcel.

¿Cuánto hacía que no me tomaba vacaciones? Desde que descubrí una buena selección de libros en castellano en la biblioteca de la cárcel, leo mucho, todo lo que puedo. Me dio risa encontrar la versión en español de *El miedo a la libertad*. Me pareció una gran ironía, pero luego, al leerlo, no tanto. Después de todo Fromm era alemán.

Claudia Minoliti

Trato de descansar, aunque a veces se hace difícil porque somos muchas y el espacio es muy reducido, adentro y afuera de la celda. Uno de los rasgos esenciales de la cárcel, además del más obvio que es la privación de la libertad y en el que normalmente no se piensa cuando no se tiene la experiencia en carne propia, es que en la prisión no existe un territorio propio, del cual uno pueda disponer completamente, sobre el cual uno puede tener absoluto control. En la cárcel, cada rincón, cada centímetro cuadrado debe ser compartido con otros seres humanos, presos o guardias. En la cárcel todo se ve, todo se oye. La privación de la libertad no es simplemente no poder salir a la calle, es mucho más que eso.

Sólo espero que pronto me manden a Buenos Aires. Mientras tanto lo que me haría falta para mejorar sustancialmente mi calidad de vida es una celda individual, un cuarto propio, como diría Virginia Wolf. Encontré su libro en la biblioteca de la cárcel, y en castellano, en una edición de bolsillo uruguaya, con tapas azules y hojas amarillentas. Me haría falta un cuarto propio para poder escribir tranquila, sin tener que sentir que hay otra mujer tan cerca mío, mirando sobre mi hombro lo que escribo, interrumpiéndome con sus necesidades fisiológicas, sus olores, sus ronquidos, su deseo de oscuridad cuando yo necesito luz para seguir escribiendo.

Es extraño estar en un mundo de mujeres después de haber tenido frente a los ojos a tantos hombres de todos los tamaños y colores. En realidad, ahora que lo pienso, es ridículo que una persona como yo esté en la cárcel. La prisión cuesta mucho dinero, dinero tirado, porque nosotras, las sin papeles, no tenemos nada de qué escarmentar, ni tenemos víctimas que necesiten de nuestro escarmiento. Nadie sufrió por culpa nuestra, sino más bien todo lo contrario. Tampoco, estando afuera, le costamos un peso al estado. Por eso es absurdo que de esta manera tan poco productiva para ellos y para nosotras estén gastando tanto dinero. Aunque a mí, para ser sincera, lo que menos me interesa es defender las finanzas del estado que me da una patada en el trasero para mandarme lo más lejos posible.

Recién ahora estoy empezando a comprender con cierta claridad cómo es el funcionamiento de este mundo, que es un mundo cerrado dentro del mundo que todos conocemos, con sus propias reglas y su propia dinámica. Al principio me parecía un mundo rígido, pautado, fragmentado y oscuro. Sin embargo, ahora pienso que una cierta simpleza y una cierta transparencia son indispensables para ordenar y controlar la vida en la prisión. Al mismo tiempo, la presencia de tantas personas en un lugar tan reducido, las diferencias culturales con el personal carcelario y entre las presas, las dificultades propias del desconocimiento del idioma y las privaciones que se viven al estar encerrado y ser extranjero y estar solo y estar lejos, aumenta, supongo, la complejidad de este exilio

cercado e impuesto y la dificultad de ver a través de él. Por otra parte, las historias de la cárcel se presentan en versiones más o menos contradictorias entre sí. Se habla mucho y en todas las direcciones imaginables, siempre sobre los mismos acontecimientos, pero desde perspectivas diferentes, a menudo unidimensionales y simplistas.

Nos despiertan a las seis y media de la mañana. Algunas mujeres que trabajan en la cocina tienen que levantarse todavía más temprano. Aproximadamente a las siete y media se desayuna. Muchas a esa hora ya están trabajando. A las diez de la mañana, almuerzan las que trabajan en la cocina, y luego siguen los horarios de almuerzo de las demás presas, primero el resto de las condenadas y por último las que estamos en preventiva, con la ventaja de que podemos disponer de los restos de comida, comiendo doble ración o llevándonos una vianda a la celda.

El grueso de las mujeres que trabajan en la cocina, lo hace desde las siete de la mañana hasta la una de tarde, los siete días de la semana. Cada tanto tienen un franco y a veces dos seguidos. Las empleadas en la lavandería trabajan desde las siete de la mañana hasta las tres y pico de la tarde, de lunes a jueves y hasta las dos y media los viernes. Como las otras trabajadoras, ganan menos dinero del que ganarían afuera, en Alemania, pero como tienen pocos gastos pueden (y deben) ahorrar. El 50 por ciento del dinero ganado es automáticamente depositado en la cuenta

de ahorro forzoso que tiene cada presa, con el objeto de que dispongan de algún dinero al salir de la cárcel. Del resto del dinero es posible disponer «libremente», aunque acá todo se arregla con transferencias. Las presas nunca vemos billetes y monedas hasta el día que nos vamos. La mayor parte de las latinas envía parte de su dinero a la familia. Para las colombianas o las brasileñas el envío periódico de dinero suele ser superior al que ganarían en un trabajo normal en su país de origen, en caso, claro está, de que tuvieran trabajo, cosa que normalmente no ocurre, porque si no, no estarían aquí: nadie arriesga un puesto de trabajo, sobre todo un buen puesto de trabajo, transportando droga a Europa. Las mujeres que vienen de mulas, igual que las que venimos a trabajar en la prostitución, están subempleadas o directamente desempleadas. Una presa me contaba el otro día que en Colombia es rarísimo encontrar una familia en la que todos sus integrantes adultos tengan trabajo. Siempre hay por lo menos uno que está desempleado. También escuché comentar que con el dinero que una presa colombiana había mandado a su familia, habían pagado medio año de escuela para uno de sus hijos.

Además del trabajo, la cárcel organiza una serie de cursos y talleres de asistencia voluntaria. Hay clases de gimnasia, un coro, un curso de mecanografía y uno de fotografía muy demandado y al que acceden muy pocas. También se enseña alemán, inglés, costura y cocina, pero este último curso, el mejor de los aquí ofrecidos, no está abierto a las extranjeras. Dura entre dos y tres años y las mujeres salen «Chef»

pero de verdad, no como en los burdeles. Incluso hay un curso de alfabetización en español para las latinas que no saben leer ni escribir y hasta un taller literario en castellano, ofrecido nada menos que por Gabi Goldman, mi compatriota. Unas cuantas mujeres me han dicho que les da una cierta aprensión inscribirse en el taller de escritura (las que entienden de qué se trata, porque muchas no tienen ni la menor idea si eso es un curso de alfabetización o de gramática). Escribir les remueve recuerdos que prefieren mantener dormidos, anestesiados, como la lejanía de los hijos o la culpa que sienten por haberlos dejado. También hay mujeres a quienes no les interesa ponerse a recrear por escrito sus vivencias en la cárcel. Lo que estoy haciendo en este mismo instante, les resultaría una tortura. ¿Cuál es el sentido de ponerse a revivir en cada oración lo que debe padecerse a cada momento? Prefieren olvidar, hacer de cuenta de que están viviendo entre paréntesis, de que pronto va a pasar esto que no nombran, el tiempo muerto de la cárcel. Más de una presa también ha mencionado entre dientes el hecho de que puede llegar a ser muy peligroso escribir sobre cuestiones relacionadas con el acto delictivo (el tráfico de droga), por la sencilla razón de que a las mafias nos les conviene la propaganda en contra: no están interesadas en perder potenciales «correos» seducidos por el dinero fácil. Otras mujeres, en cambio, asocian la escritura con la privacidad, con un espacio propio y separado de las otras, que incluso están presentes cuando una se baña en las duchas colectivas o defeca frente a la compañera de celda. Escribo en tercera persona porque yo misma no puedo tolerar ser protagonista de semejante vejación. Por eso, la idea de escribir y leer en público no les

gusta nada. Escribir es uno de los pocos actos privados que se permiten en un microcosmos donde por definición se niega la privacidad.

En esta prisión, no sé si será el caso en todas la cárceles de Alemania, el servicio social carcelario también organiza un grupo de voluntarias en idioma original, sin subtítulos, que visitan regularmente a las presas extranjeras, alejadas de sus familias y normalmente sin conocidos o familiares en la zona, sobre todo las mulas, que van derecho del aeropuerto a la cárcel y de la cárcel al aeropuerto. Estas señoras, las voluntarias, vienen en horarios especiales a visitar cada una a su presa una vez por semana o cada quince días. En la entrada se les retiene el documento de identidad o el pasaporte si son extranjeras. Sus efectos personales deben permanecer en *lockers* fuera de la cárcel durante la visita. Los mismos guardias que las acompañan al sector de visitas, pasan a buscar a la presa solicitada. Los encuentros se producen en pequeñas habitaciones con una mesa y dos sillas destinadas a ese fin o bien en una sala amplia y bien iluminada, con una sucesión de mesas y sillas, como a veces se ve en las películas.

La prisión también ofrece un servicio de atención psicológica en español. La misma psicóloga organiza grupos de reflexión destinados a las presas latinoamericanas. Yo fui una vez, más que nada por curiosidad, pero como todas hablaban al mismo tiempo y no se entendía nada, no fui más.

Una vez por semana viene un señor que vende alimentos, cigarrillos, estampillas, café, artículos de librería, cosméticos. Esos días, entonces, las que tienen dinero en su cuenta, producto de su trabajo en la cárcel o proveniente de afuera, «hacen mercado», como dicen las colombianas. Los precios son bastante más altos que afuera, pero no hay alternativa donde comprar. Y a quién le importa defender los derechos de los consumidores encerrados. Cada presa puede gastar un máximo de cien marcos por semana, hasta que se le acaba el dinero que tiene en su cuenta para gastos, es decir, exceptuando el ahorro forzoso. Algunos elementos, como por ejemplo las tinturas para el pelo, las hojitas de afeitar, la acetona y el *mousse* para el cabello no pueden guardarse en la celda: los retienen los guardias y los entregan a su dueña cuando ella los reclama, seguramente por razones de seguridad. La prisión regala crema para las manos, jabón, cepillo de dientes y pasta dentífrica. También nos dan una vez por mes un frasquito de miel.

Las condenadas que el Estado desea «resocializar», cuando se acerca la fecha de su puesta en libertad pasan a lo que se denomina cárcel abierta. Las extranjeras permanecen en el área cerrada de la cárcel, porque de todas maneras una vez cumplida nuestra condena seremos casi inexorablemente deportadas, incluso aquéllas que han vivido legalmente en Alemania por muchos años o incluso han nacido aquí, pero siguen siendo «extranjeras» por no tener la ciudadanía.

nía alemana. Como vamos a parar a otro lado, no se invierte en «resocializar» a las de afuera.

Esta cárcel también dispone de un edificio donde las mujeres pueden vivir con sus hijos. En el área cerrada, los hijos pueden permanecer con su madre hasta los tres años. Como a partir de esa edad se considera que la existencia de paredones, puertas cerradas bajo llave, alambres de púa y demás elementos de seguridad pueden afectar el normal desarrollo del niño, los hijos deben ser «dejados en libertad». En el área abierta de la cárcel, la sección para madres e hijos es más «apta» para el desarrollo de los chicos, porque se parece más a una casa y menos a una cárcel, de manera que éstos pueden permanecer junto a su mamá hasta el ingreso a la escuela primaria. En esa sección de la cárcel, un edificio moderno y con muy buenas instalaciones, los hijos mayores de 6 años también tienen la opción de quedarse a dormir con la madre los fines de semana.

Vino Gabi a visitarme. Parece que no fue fácil convencerlo al juez de que la autorizara a venir. Tuvimos media hora para hablar a media lengua y utilizando todo el lunfardo que tuviera más o menos sentido en nuestra charla, que obviamente no fue a solas sino en presencia de un guardia que supo guardar debida distancia, pero igual podía escucharnos. Le pedí a Gabriela que recogiera mis escasas pertenencias de mi habitación «de civil», entre ellas el último de mis cuadernos Rivadavia completos, y también que intente comunicarse con Estela en

Claudia Minoliti

Buenos Aires. Estoy segura de que mi amiga estará muy preocupada por no poder ubicarme como normalmente lo hace: llamándome al celular. Su número, le expliqué, está escrito en cada uno de mis cuadernos Rivadavia.

Gabriela además va a intentar negociar con la policía de fronteras para que la dejen acompañarme hasta el avión. Me contó que ya lo ha hecho con algunas colombianas que visitaba en la cárcel. Es más, hasta le ofrecieron una vez acompañar a una de las deportadas hasta Bogotá. No es broma, parece que tienen tanto miedo de que el deportado haga lío en el avión o se lastime, que incluso ven con buenos ojos que haya alguien de confianza cerca que hable el mismo idioma que el que tiene que irse. Por eso, va a llevar su pasaporte y un bolsito con dos o tres mudas de ropa, no sea cosa que pueda darse una vuelta por la casa de sus padres.

El que no volvió a dar señales de vida es mi amante periodista. Su espíritu redentorio se ve que no le alcanzó para intentar sacarme de la cárcel.

Como en el burdel, aquí en la cárcel tampoco se habla del pasado, sino sobre el cotidiano, básicamente lo que no nos gusta, lo que nos enoja: que la comida es horrible, que las otras presas se la pasan intrigando, que no se le puede tener confianza a nadie, que las alemanas son las privilegiadas, que a las latinas nos discriminan, que nos dan la

peor ropa, las peores celdas, menos horas de televisión, menos videos, en fin, menos posibilidades de que esto no sea una tortura. Los abogados de oficio, pagados por el estado alemán, tampoco la sacan barata. No hay muchos que hablen español y se especialicen en derecho penal, de manera que hay pocas opciones y las mujeres terminan contratando al abogado que alguna otra les recomienda. Por supuesto ninguna (me refiero a las mulas) llega a Frankfurt pensando que va a necesitar los servicios de un abogado, pero todas terminan quejándose de que el abogado elegido no les lleva el apunte, que hace lo mínimo indispensable y cuando ya están condenadas, adiós, si te he visto no me acuerdo. Una presa me contó que su madre le había enviado por correo una encomienda al estudio del abogado que lleva su caso, pensando que el paquete iba a llegar a manos de la hija más rápido y con mayor seguridad que a través del correo normal dirigido a la cárcel. Esto ocurrió hace aproximadamente tres meses y la presa todavía no ha visto sus cosas. Le escribió al abogado unas cuantas veces y como no recibió respuesta, le pidió a otra presa que también es mandante de ese abogado que en la próxima visita le preguntara qué pasaba con la encomienda. La chica lo hizo y el tipo le contestó sin el menor dejo de vergüenza que él había abierto el paquete, revisado su contenido y concluido que eran porquerías. El hecho de que la presa esperara el envío ansiosamente, a él poco le importaba porque total «son nada más que *souvenirs*».

Las mujeres hablan una y otra vez de la bajísima estima que tienen de sí mismas desde que están en la cárcel. Se sienten poco escuchadas, poco registradas, muy poco tomadas en serio. Tal vez eso esté relacionado con un cierto prejuicio, que incluso las buenas conciencias no dejan de tener. Quizá en la cárcel ocurra lo mismo que afuera o que en el burdel, por lo menos desde la perspectiva alemana: las latinas «somos» alegres, joviales, dicharacheras, livianas, salvajes, primitivas, charlatanas, risueñas, divertidas, amorosas, cálidas, solidarias, y en el fondo madres ejemplares que dan todo por sus hijos. En pocas palabras: a pesar de todo sabemos pasarla muy bien. Como los alemanes se ríen tan poco, cuando ven a un grupo de alegres latinas enjauladas, tienden a suponer que estas criaturas no saben otra cosa que ser felices, por eso, si les pasa algo malo, nunca puede ser tan grave.

La soledad, el aislamiento, el vacío y la necesidad de tener una ilusión, supongo, llevan a muchas mujeres a cartearse con algún preso latino de las cárceles de la zona. Escriben larguísimas cartas que envían todas las semanas, y esperan luego ansiosamente la respuesta. Aunque no conocen personalmente al amigo epistolar, no son pocas las mujeres que fantasean incluso con casarse con «el novio» al salir de la cárcel y volver a su país.

Sin embargo, éste no parece ser el espíritu que anima a los presos a escribirse con las mujeres de esta cárcel. Una presa, cuyo marido –cóm-

plice del tráfico de droga— se encuentra cumpliendo su condena en la cárcel de hombres de Butzbach, me contó que muchos de los presos que reciben estas cartas de amor de la cárcel de mujeres, las comparten con sus compañeros. Las leen en voz alta en grandes rondas «de café», con alto contenido de testosterona, entre risotadas, festejando alegremente la ingenuidad romántica y las insinuaciones eróticas de las internas de la cárcel de mujeres. Las mujeres, en cambio, guardan celosamente las cartas del amante potencial que tanto les ayuda a soportar la soledad y el sin sentido del encierro.

Las alemanas afirman que a las adictas les dan bastante más condena que a las mulas, si se compara lo que llevan ellas para consumo personal, con lo que trasladan las mulas de continente a continente. Por ejemplo, a una adicta que está en mi estación le han dado dos años de condena por tener en su poder 40 gramos de heroína. Las latinas, en cambio, sostienen que, a igual carga, a ellas les dan más años de condena que a los varones latinoamericanos. Yo no conozco en detalle el caso de ningún latino en cárcel alemana, pero estoy segura de que ellos también tendrán algún otro grupo que consideren que recibe mejores condiciones que ellos en circunstancias delictivas semejantes. Los presos somos victimarios para los de afuera, y víctimas entre nosotros.

Por supuesto un tema de conversación muy apreciado por las presas es «los hombres y el sexo», a veces en un tono confesional y explícito que nos deja a nosotras, las putas de profesión, a la altura de un poroto. Incluso hay mujeres que, al contar sus historias reales o inventadas, no se contentan con utilizar una terminología tan vulgar como gráfica, y entonces adoptan complicadas posiciones para demostrar con mayor claridad algún aspecto del relato erótico que presentan sin pudor frente a las miradas entre divertidas y vergonzosas de un animado público femenino.

En esta cárcel no existe la «visita higiénica», de la que más de una vez he escuchado hablar en Buenos Aires. Si bien las mujeres pueden ser visitadas por sus parejas, incluso las extranjeras que vinieron con su novio o marido como cómplice, encerrados en otra cárcel de la zona, el encuentro tiene lugar en esta cárcel, pero nunca a solas sino en presencia de dos guardias, una mujer y un hombre. Las presas también pueden ser visitadas por su amigo epistolar de una cárcel cercana, si llevan carteándose con él por lo menos un año. El trámite es complicado, es decir, no funciona: «vieja, mañana me doy una vueltita, esperame con el mate», pero haciendo los pedidos correspondientes por escrito y esperando pacientemente el anuncio de la fecha, la visita a veces se concreta.

Yo no extraño ni al trabajo ni a los hombres, que en mi caso vienen juntos. A quien extraño tanto que prefiero no acordarme es a

mi hijo. El día se me está haciendo demasiado largo. No veo la hora de llegar a casa.

Un aspecto interesante, que escucho con mucha frecuencia, es que son precisamente los guardias dentro del personal carcelario los que gozan de mayor aceptación y popularidad entre las presas latinoamericanas: justamente los que tienen las llaves y el poder de utilizar la fuerza física son los menos rechazados. Las mujeres en general hablan muy bien de ellos. También cuentan que no son pocos los que se preocupan por ellas e incluso tratan de indagar sobre su estado de ánimo si las ven tristes o permaneciendo en la celda voluntariamente más tiempo del que se considera aconsejable. Los asistentes sociales, en cambio, aunque de hecho son los buenos de la película, nunca son tan buenos como querríamos. No pueden liberarnos, espejismos al margen, esto no es un *spa* sino una cárcel y a menudo se transforman en los depositarios de la rabia de las presas. Porque si hay algo que la cárcel produce, además de tedio, es rabia. Entrar a la cárcel es meterse en el túnel del tiempo: dejamos de ser adultas para transformarnos en niñas rebeldes que desafían la reglas y deben ser castigadas. En lugar de encerrarlas un rato en su habitación, se las encierra unos años en la cárcel, y en el ínterin se las reeduca, se les dice qué hacer, cómo, cuándo, de qué manera, se las acompaña de aquí para allá, se les impone reglas para casi todo y se les quita la posibilidad de decidir nada, con la esperanza de que a la salida hayan

Claudia Minoliti

aprendido a distinguir el buen camino del malo y estén en condiciones de encontrarlo solas.

Acaban de terminar de construir un nuevo edificio donde pronto irán a vivir las presas condenadas. En poco tiempo derribarán el edificio donde estamos ahora. Hace más de cien años, cuando fue construido este edificio dicen que era una cruz, con la cabina de control en el centro, desde donde podían controlarse todos los movimientos de las presas en cada una de las estaciones. Hace tiempo, mucho antes que yo ingresara, dos de las patas de la cruz fueron demolidas. Las dos restantes son las que ahora esperan su turno.

Comentan que el edificio nuevo parece un albergue de estudiantes. No hay rejas, por lo menos de largos barrotes grises como en el edificio viejo. Las estaciones son más pequeñas y completamente independientes entre sí, no es posible gritar de un piso a otro como en este edificio. Cada estación, es decir, cada piso, está compuesta por dos partes simétricas, unidas por la cabina donde se encuentra el guardia. En cada una de estas dos secciones, las celdas dan a un espacio común, una especie de moderna cocina americana. En la sala de la televisión hay sillones nuevos, ventanales y una mesa grande con varias sillas. Cada celda tiene baño privado con puerta.

Llegó el día del juicio: me llevaron esposada, y escoltada por dos guardias. Me sentí como un criminal de mucha monta. ¿Tendrían temor de que me escapara al distrito rojo? Sentada entre el abogado y la traductora, con el fiscal frente a mí y los jueces a mi izquierda, escuché una dramática versión de mi vida y el veredicto. Ya sé que van a deportarme en el curso del último tercio del mes de agosto. Septiembre es un lindo mes en Buenos Aires, el de la primavera.

Empieza, entonces, la recta final. Estoy nerviosa. Permaneceré en mi celda hasta que me vaya. Cuando las mujeres se acostumbran a un lugar, a una compañía, a una rutina, no quieren alterarla. A mí me da lo mismo. No hay nada que me retenga en ningún lugar de esta cárcel. Sólo quiero que el tiempo vuele, que pase lo más rápido posible. Cualquier cosa con tal de no pensar, de no anticipar, de que no me consuma la ansiedad. Es loco que uno a veces prefiera un presente malsano, a la incertidumbre, o al riesgo de que la alternativa sea peor. Yo sé que no lo será. Estar en libertad, lejos del burdel, muy lejos de Alemania, con mi hijo, con mis padres, no puede ser peor, nunca, jamás podría ser peor, y sin embargo, igual da miedo. Pánico al mundo exterior, miedo a enfrentar el afuera después de haber estado presa tanto tiempo, temor al reproche, a la incomprensión, a la indiferencia y por sobretodo a enfrentar a los hijos con la verdad: eso es lo que se escucha cuando las presas están por salir. ¿Cómo será la calle? ¿Sabré moverme sola, sin que me lleven y me traigan? ¿Podré asumir responsabilidades, resolver problemas, manejar dinero, pagar cuentas?

Una presa colombiana se enteró de que habían baleado a su hija en la calle e intentó quitarse la vida. Casi todas, como mi colegas colombianas del burdel, tienen algún miembro de la familia muerto por la violencia despiadada en ese país. Esta mujer, por ejemplo, se colgó en su celda y tuvo la suerte de ser descubierta a tiempo por una compañera que la sostuvo en vilo de los muslos o las pantorrillas, mientras gritaba como una loca que vinieran a ayudarla. Un guardia liberó a la suicida de su horca, le dio respiración boca a boca y masaje cardíaco, y consiguió revivirla.

Las mujeres también ríen, bailan, juegan, piensan, aprenden, planean el futuro. Hoy tuvimos la fiesta de verano organizada por la cárcel anualmente. Una banda tocó música en vivo. Las latinas estaban decepcionadas porque los músicos no sabían tocar salsa. Pero parece que sí sabían tocar otras cosas: según se comenta, uno de ellos, en una pausa del *show*, aprovechó para revolcarse con una de las chicas en unos escuálidos matorrales que adornan una esquina del patio.

Para la fiesta, la cárcel también preparó un *buffet* al aire libre e invitó a las personas que tienen algún tipo de vinculación institucional con las presas: curas, voluntarias, personal consular. Gabriela también vino y pasó bastante tiempo conversando conmigo, planeando mi salida, mi regreso.

Parece no más que mañana me deportan. Le pedí a la teóloga hispanoparlante que se comunicara con Gabriela urgentemente. Todo se acelera. Estoy nerviosa. No puedo dormir. Me falta el aire, como cuando Fede se me atravesaba en la panza y me aplastaba los pulmones o el diafragma. En poco más de 24 horas voy a estar en Buenos Aires y voy a volver a ver a mi hijo. ¿Cómo me recibirá? ¿Se acordará de mí? ¿Sabrá que soy su madre? ¿Me querrá? Era tan chiquito cuando me fui... Tengo miedo. Me gustaría salir corriendo, gritar, irme ya mismo. Debí haber pedido pastillas para dormir en la enfermería, o algún tranquilizante, cualquier cosa que me ayudara a calmarme. La celda se me viene encima, me resulta asfixiante. Si hoy no duermo, mañana voy a estar agotada y encima tengo que esperar muchas horas, casi una eternidad en estas circunstancias, porque el vuelo es de noche. Si fuera fumadora encendería un cigarrillo atrás de otro. Si no estuviera en la cárcel, tomaría algo bien fuerte. Si no estuviera en la cárcel, no estaría histérica esperando salir en libertad, de la cárcel y del burdel. ¿Cuánto tiempo entre los dos? No quiero acordarme. Ya me olvidé. Este es un diario antojadizo y anárquico, que no respeta los días, ni quiere respetarlos.

Finalmente se abrieron los portones metálicos. Me llevaron esposada en una camioneta de la policía hasta el aeropuerto. En el camino, debo decirlo, vi a Frankfurt con otros ojos.

Claudia Minoliti

Me sacaron las esposas en las habitaciones de la policía de fronteras donde los futuros deportados pasan sus últimas horas en suelo alemán. Vi a una mujer muy morena, con cuatro o cinco hijos menores de 10 años. Tal vez fueran hindúes. O quizá tameses. La expresión de tristeza y desolación de esos ojos inmensos partía el alma.

También me encontré con dos o tres colegas colombianas esperando pacientemente el vuelo a Bogotá, para viajar en *Deportation Class*, como le dicen algunos.

Por suerte al rato llegó Gabi con su bolso y con el mío. Ahora (hace un momento terminamos de cenar) ella lee *Plan de evasión*. Parece un chiste, pero es cierto, le encanta Bioy Casares. Está sentada junto al pasillo porque dice que necesita levantarse seguido para ir al baño. Yo ocupo el asiento de la ventanilla. Entre nosotras hay un lugar libre que nos permite estirar las piernas y desparramar libros, diarios, papeles y vasos con gaseosa. Hasta ese gusto podemos darnos.

Hay turbulencia. Debemos ajustarnos los cinturones de seguridad según me traduce Gabi. El avión vibra y cae en un pozo de aire. Siento lo mismo que si estuviera en la montaña rusa, como si el estómago se me fuera a salir por la boca, con la diferencia de que ahí abajo está el Atlántico. Cuando el avión se estabiliza, algunos de los pasajeros no hacen

más que vitorear al piloto. Yo sonrío. Sería una gran ironía morir justo ahora, habiendo pasado todo lo que pasé.

Está por comenzar la primera de las películas que darán durante la noche. No sé si verla, seguir escribiendo o dormir. Estoy tan exaltada que me cuesta concentrarme.

Una azafata pasa por el pasillo raudamente. Cuando la llamo, ella ya está casi en *business class*, descorriendo las cortinas que nos separan con una brusquedad tal que me hace pensar en las consecuencias de su gesto si alguien en ese instante intentara transitar el mismo camino que ella pero en dirección opuesta, queriendo ingresar a la clase turista. En el recorrido de vuelta, siempre bamboleando las caderas y con los brazos flexionados delante del pecho como intentando protegerse de potenciales codazos o empujones, le hago señas de que frene a mi altura. Parece que le resulto convincente porque lo hace y entonces me veo obligada a improvisar un pedido: jugo de tomate con sal y pimienta, por favor. En algún lugar leí que ésta es una bebida que se toma casi exclusivamente en el aire. Nadie se explica por qué tiene tanto éxito arriba y tan poco abajo. La azafata sonrío de compromiso, asiente y me mira con cara de «no me rompas las pelotas». Yo le agradezco y sigo sin saber en qué ocuparme.

Se apagan las luces y comienzan los títulos.

Enciendo la luz que corresponde a mi asiento y busco los auriculares. Esta vez los encuentro rápidamente, lo mismo que los agujeritos donde enchufarlos. Se ve que estoy hecha toda una mujer de mundo. Procuro concentrarme en la película. Hace tanto que no voy al cine. La azafata se acerca velozmente a mi asiento, no sé muy bien si con el objeto de pegarme o de ofrecerme el jugo de tomate. Como fue por esto último, vuelvo a agradecerle, aunque pienso que en realidad me vendría mejor un *Bloody Mary*, pero no se lo digo, no por cortesía, sino porque recuerdo que no me gusta el alcohol. Dejo que se vaya tan rápida y graciosamente como vino. Tomo sorbitos de ese líquido rojo y espeso mientras miro el inicio de la película. Al rato me doy cuenta de que estoy oyendo la versión en alemán y consecuentemente no entiendo ni una palabra (la historia no versa sobre cuestiones eróticas, por lo menos no por el momento). No tengo ni la menor idea de cómo descubrir si existe una versión en castellano. Gabi cabecea en la penumbra sobre su libro, todavía abierto. No quiero molestarla. Decido ir al baño antes de que se quede dormida. He tomado demasiado líquido. El aburrimiento me da sed, hambre, inquietud.

En ese cubículo diminuto y maloliente procuro tocar lo menos posible, porque todo me da asco. Creía que me había acostumbrado a cualquier cosa, pero se ve que no. No se tarda casi nada en volver a las viejas costumbres. Me lavo las manos y la cara. Estoy cansada

pero no tengo mal aspecto. Quién iba a decirlo, después de las que pasé. Encuentro una crema para manos junto al lavatorio lleno de agua sucia y me quito los restos de maquillaje que me quedan alrededor de los ojos. Procuro infructuosamente desenredarme el pelo. La electricidad estática no me lo permite. Como puedo, me lo recojo en una trenza llena de nudos, con suerte bien disimulados. Me pongo unas gotas de perfume en el cuello. A la salida de la cárcel me devolvieron mis objetos personales, entre ellos una botella de 50 mililitros de *Allure* —justamente lo que en este momento no me sobra—. Así me siento más fresca y despejada. Le sonrío complacida a mi imagen en el espejo. Luego paso por la cocina y descubro unos apetitosos canapés, alfajores de maicena y agua mineral sin gas (me cae mejor que las bebidas gaseosas o los jugos). Me sirvo generosamente todo lo que encuentro. Quizá Gabriela tenga hambre.

Vuelvo a mi lugar. Gabriela duerme. Respira pesadamente por la boca. Paso sobre sus piernas extendidas procurando no derramar el líquido que llevo en una mano. En la otra balanceo los canapés y los alfajorcitos de maicena. Me dejo caer sobre mi asiento y bajo la mesita del medio. Dejo los víveres allí y descubro el último de mis cuadernos Rivadavia donde escribo ahora, el que había quedado en el burdel, cubriendo el cuaderno anterior, el que había dejado en Kelsterbach, apoyado sobre el respaldo del asiento.

Abro los cuadernos con miedo, pero enseguida compruebo que sus páginas están exactamente como las dejé. Una notita escrita en un *Post-it* amarillo dice: «El que estaba en Kelsterbach había sido prolijamente guardado con el resto de tus cosas por la viejita que supuso que en algún momento volverías a recogerlas (te desea mucha suerte en tus nuevos emprendimientos). El otro no fue fácil encontrarlo, lo tenía una brasileña amiga de una dominicana colega de una colombiana vecina tuya en el *Bahnhofsviertel* (y clienta mía en la oficina), controlada y deportada un par de días después de la razzia que te llevó a la cárcel. Tuve que obligarme a no abrirlos y como lo conseguí, entonces puedo confesártelo». Sonrío satisfecha. Gabriela ronca.

Mañana, hacia la medianoche, vamos a encontrarnos a tomar un café de bienvenida en Rodríguez Peña y Sarmiento, en el Bar Celta. Yo no lo conozco, pero Gabi dice que a ella le gusta mucho porque le trae buenos recuerdos. Quise saber cuáles y me dijo que es una larga historia y que tal vez mañana, después de haber festejado el regreso con mis familiares y de haber llenado de besos a mi hijo, cuando él ya esté durmiendo y mis padres no puedan conciliar el sueño de la alegría de volver a verme, quizá se anime a contármela. Su familia no sabe que está volando a Buenos Aires. La mía, tampoco. Llegaremos por sorpresa. Estoy feliz.

